

César y Pablo

En la



Patagonia

Preludio

Treinta kilómetros en que no se pisan los pedales más que para apoyar los pies, que el viento nos lleva en volandas. Nos arrastra un torbellino urgente, veloz como el tiempo e igual de implacable, favorable en este primer trayecto por un capricho de la geografía... Volamos sobre el asfalto, dos exhalaciones, dos alienígenas en la carretera, único trazo humano en medio de la desolación, a la derecha las estribaciones de la meseta, a la izquierda las aguas vespertinas y rutilantes del lago Argentino, que hace honor a su nombre. Durante treinta kilómetros cabalgamos a lomos del Poniente, embriagados por la velocidad, desbordados por la dicha y el vértigo. Apenas conseguimos soltar algún grito en un instantáneo cambio de rasante que nos cosquillea los bajos, o una carcajada...

*que inmediatamente se pierde
en el cielo más inmenso
del planeta.*

Precedo la marcha cuando llegamos al cruce, donde abandonamos la carretera asfaltada para proseguir por camino de ripio hacia el noroeste. En cuanto enfilo el camino de polvo y piedras, el viento se me viene encima y me arrolla como si fuera un muñeco de paja. Mientras la bicicleta se volatiliza, queda atrás tendida en la polvareda, y yo inicio un breve vuelo que acabará en un aterrizaje poco elegante aunque no desprovisto de cierta belleza triste, el pasado más reciente pasa con rapidez ante mi mirada interior...

Octubre y noviembre de 2001. Preparativos.

Todo empieza una apacible tarde de otoño en Barcelona, con un grupo de amigos: “César se va a la Patagonia. ¿Te animas?” me suelta Judit, como si me propusiera ir a comer un helado. César ya tiene la mirada llena de Patagonia, le acompañe o no, él irá allí, al sur más lejano. Digo que no la primera vez, y también la segunda. Aún me sobran días de vacaciones, y en estos momentos gozo de buena salud y estoy suficientemente en forma como para que pedalear un promedio de 70 km diarios con los vientos patagónicos en contra sea una locura pero no un suicidio. A pesar de ello, creo tener una razón para negarme a ir, y es que a finales de enero tengo unas oposiciones muy importantes para mi carrera profesional, y todavía no he preparado nada en absoluto. Llevo semanas luchando con el ordenador para que vomite de una vez los resultados que necesito para unos artículos que apoyen mi candidatura, me quedo hasta altas horas de la noche trabajando, y después, cuando me acuesto, no me es posible conciliar el sueño, doy vueltas y más vueltas en la cama, como si todo mi cuerpo fuera presa del bucle sin solución que me hace girar la mente en un estéril y obsesivo remolino. De cuando en cuando me cruza por la cabeza, con la claridad devastadora del relámpago, la idea de todo lo que aún debo preparar para el concurso-oposición, y entonces el corazón se me pone a galopar, tirando furioso de la aorta, como si fuera a soltarse en cualquier momento. Hasta que Antonio me

hace ver lo absurdo de la situación, de que teniendo en mis manos el tesoro luminoso de unos días de vacaciones fuera a lanzarlo en el cieno de la indecisión y de las miserables obsesiones cotidianas. Naturalmente tiene razón, hay ocasiones que no es de menester desaprovechar, el momento pasa y el tiempo es inexorable, el recuerdo más amargo es el de los trenes perdidos. Así que finalmente digo que sí, y mi decisión es aplaudida por unos, aprobada por otros, y aquellos que llegan a criticarla aún me afianzan en ella. Envío un mensaje a César comunicándole que puede contar conmigo. En su e-mail de respuesta creo percibir un suspiro de alivio, no había encontrado aún compañero de viaje, y aunque seguía decidido a ir, empezaba a no ver tan claro cómo llevar todo el equipaje necesario en una sola bicicleta.

Nos reunimos en varias ocasiones para planear el viaje, aunque de hecho César lleva preparándolo durante meses, ha meditado y madurado mucho las rutas más adecuadas para las tres semanas de que disponemos, combinando bicicleta con autobús y trekking, y yo no puedo más que estar de acuerdo. La propuesta cesárea es un compromiso perfecto entre el tiempo y la diversidad, la aventura y la sensatez, el pragmatismo y la poesía. César y Judit tienen una extensa experiencia en excursiones y viajes ciclistas por todo el mundo a sus espaldas (debería decir quizá en las fibras musculares de sus apolíneas piernas) y César llevaba acariciando con reverente timidez el sueño patagónico desde su más tierna infancia. Para mí, en estos momentos, sólo es un concepto, un sinónimo de lejanía y espacios abiertos, de pampa y etnias exterminadas, de frío seco y suelo árido, de distancias infinitas y cielos transparentes, uno de aquellos lugares de la Tierra donde las estrellas están más cercanas. La referencia más próxima que tengo es la del viaje de novios de Alfredo y Almudena, a principios de año, aunque ellos se han concentrado más en otras áreas de esta vasta región que las que tenemos previsto visitar. La Patagonia evoca la imagen de desiertos parajes, un terreno algo ondulado donde apenas crecen pequeños matorrales y por los que antaño corría una hilera de indios envueltos en pieles y con los pies grandes. Así pues, no deja de sorprenderme oír hablar del Chaltén y el macizo del Paine, de montañas afiladas, de glaciares, de gauchos y confiterías. Y que hace mucho viento, a todas horas, todos los días. En definitiva, no tengo nada que objetar al plan propuesto por César, que acojo con una gran sonrisa, pues la ilusión del viaje ha hecho presa en mí y se va acentuando día a día. La previsible dureza del viaje no me espanta, y en cambio sí noto como la inmensidad del mundo que se despliega ante mí me hincha el pecho, como el viento atlántico infla y hace retumbar el velamen de los grandes navíos oceánicos.

En las últimas reuniones acabamos de perfilar el equipaje que llevaremos, buscando como siempre el equilibrio difícil entre no dejarnos nada que en algún momento lamentemos no haber traído, y el peso mínimo para que la carga a transportar sea llevadera. Tienda de campaña, sacos de dormir, botiquín, cámaras fotográficas y herramientas y repuestos básicos constituyen el bagaje imprescindible, amén de los mapas y guías, un mínimo avituallamiento –contando con que de tarde en tarde algunos víveres podrán ser adquiridos in situ, en los breves contactos que tengamos con la civilización-, y una muda reducida a la mínima expresión (por ejemplo, los mismos pantalones durante las tres semanas, por suerte somos buenos amigos). Todo eso ya hace

que las bicicletas se encabriten con facilidad, levantándose sobre la rueda trasera y soltando un relincho enojado. ¡Ay!

Un par de días antes de partir cumplimos el nimio trámite de comprar los billetes en la agencia de viajes Orixà, vinculada –al menos domiciliariamente- a la librería Altair. Sandra ya es una vieja conocida de César y Judit, nos ha arreglado el vuelo y las conexiones con su habitual eficacia.

En algún momento, en vísperas de la partida, los compromisos que tenemos con nuestros trabajos respectivos van resolviéndose, o quizá sólo sea nuestra deseada apreciación, pues el sentido de la responsabilidad se halla demasiado arraigado como para que resulte fácil largarse impunemente durante semanas en la época más laboral del año. En cierto modo ayuda la sensación de haber sido responsable y sensato durante demasiados años, haciendo siempre lo que se debía hacer: hay momentos en que la trasgresión, aunque mínima como en este caso, es necesaria y médicamente recomendable.

He aquí que de pronto estamos en el aeropuerto del Prat, Daniel se ha ofrecido acompañarme, y a César van a despedirle Judit, sus padres y la madre de ella. Con su innato don de gentes, Daniel enseguida se mete en el bolsillo a unos y a otros, autoparodiándose en el papel de urbanita que no acaba de comprender los afanes aventureros de su excéntrico hermano. La conversación discurre por cauces intrascendentes, mezclándose con las gestiones del check-in y las felicitaciones a la madre de César, que cumple años, y antes de que nos demos cuenta estamos intercambiando abrazos y buenos deseos, y los que se permanecen en tierra quedan tras los vidrios de la aduana y se van perdiendo al final de los pasillos del Prat.

22 y 23 de noviembre. Vuelo atlántico

Una parte nada despreciable del viaje transcurre recorriendo los pasillos del aeropuerto de Madrid – Barajas, al que llegamos de un salto de bailarina. Kilómetros de pasadizos desiertos, que en parte pueden recorrerse a velocidad onírica, con paso elástico sobre la cinta transportadora, oficinas de embarque vacías o –aún peor- con pálidos espectros de mirada hueca y corbata corporativa, máquinas expendedoras de caprichos y amenazas mortales, y algún ocasional viajero que circula en sentido contrario, que nos lanza una breve mirada de desamparo mientras se aleja secuestrado por su *tapis roulant* ... Cuando finalmente aparece el mostrador de LAN – Chile, César hace valer sus influencias para conseguirnos unos asientos junto a la salida de emergencia, es el único sitio de la clase turista donde hay suficiente espacio para estirar las piernas y lograr que la sangre circule por ellas con normalidad.

Las horas se van sucediendo en el confort aletargado del avión, único lugar habitable en muchos kilómetros cúbicos a la redonda, pequeño refugio para unos centenares de viajeros sentados en el aire en hileras, que surca la engañosa placidez del paisaje aéreo. Con un ininterrumpido y tranquilizador zumbido de fondo. Este zumbido que no deja de estar presente en ningún instante, mientras lees la guía para averiguar dónde carajo vas

realmente, ves películas en pantallas individuales (sobre rubias absolutamente legales o animados anticuerpos), cenas sorprendentemente bien -primer contacto con el vino chileno-, vas al lavabo donde averiguas que el agua no es *bebestible*, e incluso mientras duermes ese extraño sueño de sillón, sueño dentro de sueño, envuelto en una leve manta con antirrobo.

Al cabo de trece horas –ya entrado el nuevo día- aparecen los Andes. La mirada se dispersa en tan accidentado paisaje, se fragmenta sobre las interminables cumbres desoladas, los valles negros, las salpicaduras de nieve que subrayan torrenteras y hondonadas, al igual que la luz del sol se rompe sobre tantas y tantas peñas: la marea de fotones hendida por todos los filos de un relieve implacable, que deja en ella heridas de la más profunda sombra. En la lejanía se intuye la presencia sosegada de cumbres míticas. Poco después aterrizamos en Santiago. Aunque no he visto la ciudad por ningún lado, únicamente una curiosa barriada de calles reticuladas.

Debemos recoger nuestro equipaje, y volver a facturarlos para el viaje interior hasta Punta Arenas. El problema es que debemos pasar la aduana, y hemos advertido ya en el avión, por la tarjeta que nos han entregado y que debemos rellenar, que hay que declarar los productos alimentarios. El caso es que en las cajas en las que transportamos nuestras bicicletas y donde con gran arte hemos colocado nuestro equipaje, aprovechando cada hueco para embutir los sacos de dormir, la tienda, el botiquín, las herramientas, calzado e incluso ropa, en fin, todo menos lo que llevamos en las bolsas de mano, también está nuestro avituallamiento: sobres de sopas y pastas, dulces, frutos secos, y los vetadísimos artículos de origen vacuno-porcino, leche condensada, quesos y fuet. Naturalmente son artículos que han pasado controles de calidad, herméticamente envasados y limpios de cualquier microorganismo nocivo para la virginal cabaña pecuaria chilena, pero ¿cómo demostrarlo? Nos exponemos a que nos confisquen el alimento con el que pretendíamos sobrevivir unos cuantos días en los páramos patagónicos, con el maná que nos iba a dar fuerzas para afrontar la dureza del pedaleo, solidez para no ser barridos por el viento, espíritu para no sucumbir al frío. César es partidario de pasar directamente por la puerta de los que nada tienen que declarar. Yo no lo veo tan claro, nuestras cajas llaman demasiado la atención, y si nos pillan entrando tan peligrosas sustancias de estranquis, me veo en los sótanos de la prefectura con electrodos aplicados sobre los genitales. Por otro lado tememos que nos hagan perder el enlace a Punta Arenas si empiezan a revisar nuestro equipaje. Así que resolvemos ir de legales de buena fe y un poco tontos (por si acaso). El funcionario que nos intercepta pregunta qué llevamos, y nosotros respondemos que “algunos dulces para ir en bicicleta, frutos secos, sopas, y cosas así...”. El aduanero nos dice que tiene que verlo con sus propios ojos. Respondemos que hemos pasado toda una noche componiendo el equipaje, que está todo ajustado al milímetro y cerrado con cinta adhesiva, que luego no podríamos volver a cerrar, y que perderíamos nuestro vuelo de conexión. El aduanero se muestra comprensivo, pero es que él tiene que ver el contenido. Entonces César se aplica con todas sus dotes de convicción, su expresión de sincera honestidad, enarcando las cejas cuya limpia curvatura pone de manifiesto la transparencia de nuestras intenciones, comienza a ablandar al concienzudo funcionario.

“Pero así, ¿seguro que sólo llevan unos dulces?”

“Sí, y frutos secos, y similares...”

“¿Y de verdad que no llevan nada de jamón?”

“¡Nooo!” y las cejas se enarcan aún más si cabe ante la monstruosa insinuación, los ojos dos ventanas abiertas sobre una conciencia pura (efectivamente, lo que es jamón, no llevamos), el círculo de la boca, que exhala la vocal cuarta, una redonda expresión de honestidad.

“Está bien, pasen.”

Aliviados por que aún existan personas que confían en la palabra y en la honradez, nuestra mala conciencia aliviada en parte por nuestra confianza total en la inocuidad de los alimentos que acabamos de introducir, en parte por el hecho de no haber mentido en ningún momento, aún sorteamos a otros dos funcionarios que se dirigen a nosotros al pasar a su lado “¿Ya les han mirado?” con un ademán afirmativo y cierta decisión empujando el carrito sobre el que van las cajas.

Después de haber facturado el equipaje y retirado las tarjetas de embarque, sacamos algo de dinero chileno de un cajero automático, y no tenemos que esperar mucho al avión que en cuatro horas nos llevará al sur del país.

En el ecuador de este vuelo aterrizamos brevemente en Puerto Montt. El paisaje que se divisaba desde el avión era verde y apacible, con numerosas ensenadas y pequeños bosquesillos, uno de aquellos lugares a los que la lluvia mansa confiere cierto grado de sensata melancolía y prudente civilización. El aeródromo cuenta con una pista por la que despegan y aterrizan indistintamente aviones civiles y militares.

Los Andes, ciertamente más bajos por estas latitudes, hacen presa de nuestra mirada al mostrarnos algunas de sus joyas más agrestes, que tendremos ocasión de ver más de cerca: los colmillos del macizo de El Chaltén, y el Campo de Hielo Sur, que se desborda mansamente a través del glaciar Viedma en el lago homónimo. Vemos una carretera o camino, y especulamos acerca de la posibilidad de que sea ésta la ruta que en pocos días estaremos recorriendo sobre nuestras bicicletas. No parece tan terrible desde aquí arriba.

Finalmente llegamos a Punta Arenas. El aeropuerto está a cierta distancia de la ciudad, en un paraje llano y bastante desolado. Mientras aterrizamos vemos las instalaciones de una mina de carbón a cielo abierto, vemos una torre con una llama perenne en su cúspide, vemos el estrecho de Magallanes y, más allá, Tierra de Fuego.

Al salir del avión experimentamos por primera vez lo que será nuestro peor azote durante los días venideros: el viento. Pero en este momento nada empaña nuestra emoción: estamos en Patagonia.

23 y 24 de noviembre. Desde que se llega hasta que se ensilla...

Un minibús lleno de trabajadores de manos grandes y talante silencioso nos lleva a la ciudad. La carretera, que atraviesa una desangelada zona semiindustrial, se convierte en la vía principal de la población, con ocasionales grupos escultóricos patrióticos y pintadas de poesía revolucionaria. El vehículo se para un par de veces para dejar a grupitos de trabajadores frente a una u otra pensión. Finalmente llega a una pequeña estación de autobuses. Desde allí parten algunos hacia Puerto Natales, pero salen un poco tarde para nuestro gusto. El joven propietario de un albergue, Christian, que pulula por ahí repartiendo propaganda del mismo, nos indica que hay otra línea de autocares unas cuadras más allá. Me destaco en misión exploratoria y efectivamente averiguo que los horarios y precios nos convienen, y regreso con esta información. El problema es llevar nuestro equipaje hasta la otra estación. Resolvemos poner una caja sobre la otra (son cajas de embalaje de bicicletas, así que una dimensión es bastante más pequeña que las otras dos) y llevarlas entre los dos. Tenemos que hacer más de una parada, más frecuentes conforme más trecho llevamos recorrido, pues las cajas no pueden asirse bien y se nos escapan, como si transportáramos un cadáver engrasado y poco cooperativo entre los jardincillos de la zona residencial. Compramos los billetes y conseguimos llamar por teléfono y reservar habitación en la Fonda Don Bosco, de Puerto Natales, que nos ha recomendado Christian.

Poco después estamos circulando hacia el norte, atravesando tierras magallánicas, poco accidentadas y de vegetación escasa, seca y baja. Estamos en primera fila de pasajeros, así que tenemos una buena vista sobre el paisaje a través del parabrisas delantero, rajado como en la mayoría de autocares patagónicos, debido a las piedras saltarinas, que con frecuencia vuelan por estos caminos (no aquí, en la única carretera asfaltada). Pedro, el copiloto y cobrador, se interesa por nosotros, nos pregunta de dónde venimos, y se sorprende con nuestras pretensiones ciclísticas. Nos ilustra sobre la fauna local, con comentarios espaciados sobre tal o cual especie, e invariablemente concluye: “A veces se les ve cruzar la carretera”. También nos cuenta de cómo coleccionaba fósiles mientras estaba en el servicio militar, en un destacamento montañero cerca de Puerto Natales, que le valió el apodo de “el arqueólogo” y una patada en el culo por el teniente, que estaba hasta el gorro de sus desapariciones expedicionarias. Ahora coleccionaba monedas, estaba al caso de la pronta sustitución de muchas monedas nacionales europeas por la introducción del euro, y ni corto ni perezoso le doy una moneda de cinco duros, que por su orificio en el centro me he imaginado serían de interés y un buen recuerdo para los lugareños. Se la mira, se va adelante a enseñársela al conductor, y nos deja tranquilos durante un rato. César aprovecha para descabezar un sueñecito, lo cual parece inquietar a Pedro, cuando regresa, que le despierta sin piedad. “Ñandúes” señala a un grupito de plumeros que se evaden entre los matojos, “a veces se les ve cruzando la carretera”. Y sigue alternando esporádicas descripciones zoológicas con prolongados silencios, y cada vez que César da una cabezada me espeta “¡Eh! ¡Que tu compañero se duerme!”, mientras se ríe sorprendido por semejante desfachatez.

Llegamos a Puerto Natales al atardecer. Es un pueblo no muy grande, con casas de una planta, a lo sumo dos, y tejados de cinc. En la parada nos espera la hija de la propietaria de la fonda, pero su coche no lleva baca para las cajas, por lo que debemos tomar un taxi hasta la periferia, donde se encuentra el albergue. Nos recibe Doña María, redonda y afable, como su nombre indica, que nos hace pasar. Nos instalamos, duchamos y cambiamos de ropa, desembalamos y montamos las bicis, repartimos el equipaje en las alforjas y mochilas, que dejamos en la habitación. Preguntamos a Doña María sobre autobuses que vayan a El Calafate, para tomar uno a la mañana siguiente. Doña María tarda en reaccionar, como si no entendiera nuestras preguntas, pero cuando actúa lo hace con efectividad. Hace unas llamadas y nos enteramos que los autobuses Zaach parten por la mañana con este destino. Doña María es tan amable como curioso es su aspecto: las proporciones de su cuerpo recuerdan a las matriushkas rusas –estas muñecas de madera que se meten unas dentro de otras- aunque con la cabeza más pequeña, y sus rasgos atípicos delatan una posible herencia aborigen, quizás fueguina, ciertamente diferente de la característica fisonomía de los mestizos andinos del norte.

Montamos sobre nuestras bicicletas, por primera vez en Patagonia, y nos dirigimos al centro, en primer lugar para localizar los autobuses (nos cuesta un poco, porque habíamos entendido “Isaac”, y sólo la casualidad y una oportuna inspiración lingüística nos hacen dar con la compañía). Luego pretendemos llamar a casa, tarea en la que invertimos una hora aproximadamente, entre los fallidos intentos de utilizar una tarjeta telefónica que habíamos comprado en Punta Arenas (durante el interminable proceso de marcar el código hay la posibilidad de tomar parte en un sorteo de un lavavajillas, pero invariablemente llega un punto donde no nos permite seguir marcando, hasta que un alma caritativa nos explica que parte del código a marcar no es el asterisco del teclado sino un número de cuatro dígitos que aparece en todas las cabinas de la compañía, pero lo que resta en la tarjeta apenas nos llega para decir “¡Hola!”), y la localización del locutorio, desde donde finalmente hacemos las llamadas. Finalmente –ya son las 23:00 h- nos acercamos al restaurante “Don Chicho 2” para cenar. César lleva una foto de un conocido que estuvo anteriormente por esta zona, para dársela a Don Chicho, renombrado propietario de un “quincho”, restaurante-asador, pero hoy sólo hemos localizado el restaurante que lleva su mujer. Quizá haya otra oportunidad a la vuelta. Hay una gran mesa ocupada por jóvenes mochileros anglosajones, quizá americanos, que engullen ingentes cantidades de ensalada, y platos de carne que superan todas sus expectativas. También nosotros cenamos, de forma más discreta pero no por ello disfrutando menos de los sabrosos platos que depositan ante nosotros. Con los estómagos llenos y cansados por el largo viaje, nos retiramos a la fonda, donde dormimos un sueño profundo, sepultados bajo varias capas de mantas que pesan como una losa, las paredes metálicas de la casita sacudidas por el viento que baja de las montañas.

El autobús bordea la orilla del seno Ultima Esperanza, alentador nombre para un brazo de mar entre montañas bajas, antes de enfilarse el camino de ripio que lleva hacia el norte, hacia Argentina. Hemos desayunado hace poco, el traqueteo del autocar hace el resto: de vez en cuando nos vence el sopor. El camino va remontando por un terreno boscoso, hacia la meseta. A ambos lados de la carretera se extiende la cerca baja de un latifundio. Los palos de la misma llevan una numeración correlativa: 26297, 26298, 26299... Los

palos múltiples de cinco son ligeramente más altos. En un paraje particularmente idílico, con un pequeño estanque, la cerca está reforzada, y cuelgan de ella carteles que advierten que el terreno está minado: herencia de las tensiones fronterizas entre Chile y Argentina. Llegamos a la frontera y debemos bajar del autocar para los trámites de la aduana. El viaje prosigue por tierra de nadie, una desolada zona mesetaria que efectivamente nadie parece querer llamar suya. En los asientos delante de los nuestros se sientan dos chicas, una de ellas es española y nos la encontraremos más veces en nuestro viaje.

En medio de la desolación aparece el puesto fronterizo argentino, debemos volver a bajar para que los gendarmes nos sellen la entrada en el país en nuestros pasaportes. A lo lejos vuela un cóndor, anuncia la relativa proximidad de la cordillera, como las gaviotas indican la proximidad de tierra firme a los marineros. La carretera sube aún más si cabe, estamos en plena meseta pampera, durante varias horas nos acompaña el macizo del Paine orillando el páramo en la lejanía, a nuestra izquierda, una pálida promesa de belleza orogénica. El paisaje es ciertamente uniforme, pero no monótono, no me canso de mirar por la ventana, es como mirar el mar inclinado sobre la borda, cuando se navega. De vez en cuando aparece alguna roca enorme y uno no puede dejar de preguntarse cómo ha hecho este peñasco para llegar hasta aquí, si es un viejo nómada de la glaciación, abandonado cuando se replegaron los hielos, o si su historia es aún más antigua y difícil de creer.

Nevadas recientes y ya prácticamente fundidas han convertido el camino en un barrizal difícil de transitar. Pero el conductor, habituado a que el trayecto diario sea cada vez una pequeña aventura, supera los pasos más difíciles y poco después nos hallamos sobre una carretera que lleva hacia el valle de lago Argentino. En cuanto la carretera inicia el descenso, ya faltan pocas decenas de kilómetros para llegar a El Calafate. No es muy tarde cuando llegamos, aún habrá luz de día durante horas, así que decidimos avanzar ya hoy unos cuantos kilómetros sobre nuestras bicicletas.

Los lavabos de la estación de autobuses nos sirven de improvisado vestuario. Hablamos con un joven matrimonio suizo que nos ponen los dientes largos sobre lo que veremos al término de la primera etapa, si tenemos la misma suerte con el tiempo que ellos, lo que en Patagonia es una auténtica lotería. Enfundados en lo que será nuestra vestimenta durante los próximos días, cargamos las bicicletas con las alforjas y mochilas en el mirador de la estación (poco hay que mirar: las copas de los árboles impiden la vista sobre el lago). Luego bajamos a la calle principal de la población, César saca algo de dinero, en cambio a mí el cajero automático se me rebota. No importa, tenemos bastante en efectivo, entre pesos y dólares, para ir tirando, y en los próximos dos días tampoco tendremos ocasión de hacer mucho gasto... Nuestras miradas se cruzan y nuestras sonrisas, ¡ahora empezamos en serio!

Tenemos que retroceder unos treinta kilómetros por la carretera por la que hemos venido con el autobús. Un *sinuoso en ascenso* nos saca de la población, es el único momento en que tenemos que pedalear, a partir de este instante el viento nos secuestra y muy pronto la pequeña ciudad desaparece a nuestras espaldas.

Cabalgamos a lomos del huracán, sobre nuestras bicicletas que lanzan destellos vespertinos, reflejos del sol argentino. Atrás, en el oeste, la marea oscura de una titánica tormenta que en algún momento sepultará al sol. Nada importa salvo esta dicha que nos embriaga y desborda, que casi nos ahoga como el mismo viento, inmensa como el paisaje que se extiende ante nosotros y más allá.

24 de noviembre. El Calafate – Un torrentera seca al lado de la carretera 41

El vuelo que había quedado en suspenso sigue su curso: la tierra acude a mí con demasiada velocidad y nos fundimos en un polvoriento abrazo. César no quiere seguir mi ejemplo y frena cuidadosamente. Si el viento no soplara tan fuerte, el autostopista que aguarda al borde del camino habría quedado envuelto en la nube de polvo que he levantado y que ya está varios kilómetros más hacia el este. Tras cruzar unas palabras de circunstancias le deseamos pronta recogida – venía en el mismo autobús calafatero que nosotros y alguien le había traído hasta el cruce – y empezamos a pedalear a contraviento y marea. De hecho, empezamos a arrancar una y otra vez, pero una y otra vez el viento nos para. Uno empieza a tener la onírica sensación de que la clave está en conseguir arrancar a pedalear realmente, lograr hacer unos cuantos metros sin tener que volver a posar pie en tierra, a partir de lo cual todo será más fácil. Obviamente no es así, no será así durante los próximos días, pero lo que sí es cierto es que aunque el cansancio irá lastrando las piernas y anegando el fondo de los pulmones, también habrá un cierto acostumbrarse a estar constantemente batido por el viento.

El plan para lo que queda del día es ir haciendo kilómetros: adelantar lo que se pueda. Pero en realidad no contamos con avanzar mucho esta jornada. Cuando empezamos a lograr pedalear unos centenares de metros seguidos, e incluso que el cuentakilómetros de César comience a anotar los primeros dígitos en el marcador, nos detenemos para la foto obligada: el Río Santa Cruz se derrama con pereza en el yermo, pequeñas olas encrespan su superficie a millares. No hay incremento de vegetación que señale la presencia de las aguas, como tampoco existe en las orillas del Lago Argentino de donde proviene el río. Es simplemente agua que lava las piedras.

Cruzamos el puente y seguimos hacia el noroeste. A nuestra izquierda se extiende el Lago Argentino, oculto a veces por una pequeña elevación, y más allá, hacia los Andes, el cielo se condensa en nubarrones que no presagian nada agradable, nos parece incluso distinguir alguna cortina de agua barriando las estribaciones de las montañas. Hacia la derecha y delante, un territorio llano aunque no liso: cordilleras interminables de colinas bajas, pequeñas mesetas quebradas, un paisaje en suma que es un reflejo del cielo surcado por cicatrices deshinchadas. Cielo y tierra parecen participar de un desgarramiento común, lánguido, dilatado hasta más allá de los horizontes por el viento que aquí es tan enorme, una fuerza planetaria. Nosotros dos, pequeñísimos ciclistas, que nos atrevemos a mostrarle nuestras frentes, seguimos pisando uvas, y vamos dejando una estela cada vez más kilométrica a nuestras espaldas.

En esta etapa tan inicial del viaje ya podemos identificar las peculiaridades del camino sobre el que rodaremos durante los siguientes días. Es lo que aquí se denomina “ripio”, un camino de tierra con piedras, que de por sí no es malo, incluso sería bastante apropiado, si no fuera por los largos tramos (a veces incluso durante decenas de kilómetros) de “serrucho”: nombre bastante descriptivo de la calidad ondulatoria del firme, que poco a poco va serrando nuestra voluntad. En ocasiones es como circular sobre un interminable tejado de uralita. Nos preguntamos cómo se formará semejante relieve. Tenemos tiempo de sobra para comentar las más variopintas teorías que se nos ocurren, no hay ningún geólogo entre nosotros para contradecir o corroborar nuestras elucubraciones.

En cambio un pequeño animal acorazado sí es capaz de interrumpir tales divagaciones orogénicas: un armadillo, un “piche” como se llama aquí, corretea sin excesiva prisa a pocos metros del borde del camino. El animalito logra detenernos, lo que el viento llevaba intentando desde hace un par de horas sin conseguirlo. César desmonta y desenvaina su cámara, de un par de saltos ejecutados con la debida discreción se planta junto al armadillo y aprieta el disparador justo antes de que el animal desaparezca en un hoyo, presumiblemente la entrada de su casa.

El pedaleo prosigue y poco después nos cruzamos con tres gauchos a caballo que conducen un rebaño de vacas por el cauce de un río seco. Por primera vez tenemos a pocos metros a estos míticos nómadas de la Pampa (evitaré cuidadosamente evocar el tópico cuadrúpedo del centauro), que guían a sus caballos con el pensamiento, y que en algún momento de la noche que se avecina se detendrán y serán capaces de encender fuego a pesar del viento, para calentar el agua del mate. Nos saludamos desde nuestras respectivas monturas pero no llegamos a pararnos.

El camino pasa cerca del lago. El viento levanta ráfagas de arena que nos salen al encuentro. Las efusiones de estos espectros arenosos resultan un tanto desagradables, durante un buen rato nos crujen los dientes y nos tenemos que sacar arena de las orejas.

Aparece otro puente, esta vez sobre el río La Leona, que une el lago Viedma con el lago Argentino. Aunque vamos muy sobrados de fuerzas y podríamos seguir pedaleando hasta el desprendimiento de nuestras extremidades inferiores, nos imponemos un descanso nada más cruzar el puente, más que nada para estrenar nuestras provisiones de frutos secos. Una hilera de árboles brinda cierta protección contra el viento que pasa por encima como un tsunami eterno. Detrás de unos árboles ribereños (los únicos que hemos visto hasta el momento), unos pájaros de diverso tamaño mantienen una discusión enconada, sin duda por motivos territoriales. No deja de sorprender, cuando si hay algo que sobra por aquí es territorio. Debe ser uno de los lugares del planeta donde hay más exceso de territorio. Quizá el de estos pájaros sea un caso parecido al del espectador que viene a sentarse justo delante de ti en un cine vacío.

Breve nota sobre el topónimo del río junto a cuya orilla nos encontramos: “La Leona” alude a una devoradora de hombres muy famosa por estos lares (es decir, conocida por unas veinte personas). Hija de un guerrero aónikenk y de la galesa Sarah Gwallhygwn,

fruto de la violación que ambos se perpetraron mutuamente, inflamados de un amor inmediato tan despiadado como duradero, antes de que estos romeo y julieta patagónicos tuvieran que huir durante años de sus respectivas familias, heredó la intrepidez de su madre y la fogosidad paterna (se dice que al nacer fundió la nieve sobre la que su madre tuvo que dar a luz). A los seis años le robó a un hacendado alemán el caballo más rápido de Patagonia, y los caballos que tuvo sucesivamente fueron descendientes de éste y otros animales asilvestrados. La leyenda cuenta que había hecho un pacto con Huuv, el peligroso eolo patagón, y el viento siempre soplaba a su favor: bien la ayudaba a cruzar extraordinarias distancias en breve tiempo, bien la ocultaba a oídos y olfato de los perros, y por tanto de los hombres que la perseguían inútilmente, hasta estar bien cerca de sus campamentos ocasionales. En este momento, cuando aparecía súbitamente junto a ellos, podían darse por perdidos: el viento les envolvía con su fragante perfume, una mezcal turbulenta de la efímera rosa llanera y lavanda, de té pampa y la canela de lengas y ñires, al tiempo que ahuecaba su poderosa melena y jugaba con sus vestidos del modo más seductor. Los hombres se incorporaban de un salto, las calabazas de mate rodaban por el suelo, el más templado intentaba alcanzar el revólver o el cuchillo, en vano: ella apartaba un mechón de cabello de la cara, desvelaba así sus ojos, de corte aindiado y claros como la luz, sus labios generosos se entreabrían y entonces las voluntades se extinguían como en un suspiro, los brazos caían laxos y las piernas dejaban de sostener. Mientras ella hundía los dedos en las cabelleras ofrecidas y apretaba las frentes sobre su vientre.

Alguno había que llegaba a ver el alba del día siguiente, pero en sus ojos brillaba la demencia, irremediablemente y de por vida. En cuanto a los muertos, todos mostraban una estupefacta expresión de felicidad.

Por lo que se refiere a la versión de que el topónimo alude a la presencia de pumas en la región, es sencillamente aburrida y poco creíble.

El sol vespertino logra colarse entre las nubes y dorar las colinas próximas, confiriéndoles un aspecto de piel suave y tropical. Según nuestra lectura del mapa, debemos encontrarnos en las proximidades de la Estancia La Irene. Suponemos su presencia en un valle próximo, pero no hay rastro de edificación alguna. La carretera discurre sinuosa entre las estribaciones de una baja cordillera, una pequeña meseta flanqueada a nuestra izquierda por una cremallera de colinas. Buscamos un lugar para montar la tienda, en la ladera en que nos encontramos parece soplar menos viento. La luz nos engaña, y ya es bastante tarde: de llevar un reloj convencional, las manecillas abarcarían el cuadrante superior izquierdo, pero como llevamos uno digital, éste marca las 21:00. Encontramos un lugar idóneo: cerca de la carretera, pero a resguardo de las miradas, horizontal y bastante liso, las pocas piedras que pueden convertirse en un tormento nocturno, cuando coinciden justamente con algún punto de la anatomía del durmiente, son rápidamente identificadas y apartadas. El único inconveniente del emplazamiento es que está en una torrentera, pero parece poco probable que justo esta noche baje una riada y acabemos en las procelosas aguas del río La Leona.

Montamos la tienda en un batir de párpados, a pesar de mi falta de práctica: César me dirige con precisión, y mis movimientos abortados a lo Chiquito de la Calzada se reducen a un mínimo. Después nos aseamos y cambiamos para cenar, como exigen los cánones de urbanidad. Empiezan a caer algunas gotas, a pesar de lo cual no consideramos necesario cambiar el emplazamiento de la tienda (es que nos da una pereza espantosa). Eso sí, nos recluimos en la tienda para preparar la cena. César enciende el fogoncillo a la entrada, bajo el faldón delantero de la sobretienda, que actúa a modo de porche, y en poco tiempo hierve el agua en la que echamos el contenido de un sobre de pasta. El calorcillo que desprende el hornillo, el vaporcillo preñado de efluvios italianos, y el ruidillo o rumorcillo del ingenio convierten el interior de la tienda en un lugar agradable, y cuando el contenido del pote pasa a rellenar nuestros estómagos acallando sus bostezos, nuestra satisfacción puede calificarse de razonable. Fuera ya es completamente oscuro. Salimos brevemente para limpiarnos los dientes y marcar el territorio: de este modo, los pumas merodeadores y los armadillos sabrán a qué atenerse. Contentos por haber recorrido 70.58 km en esta nuestra primera jornada sobre las bicicletas, cuando sólo pretendíamos calentar motores, nos embutimos en los sacos de dormir, y dejamos fuera la noche inmensa, el frío, los pumas y la llovizna episódica. Al cabo de pocos instantes, César está profundamente dormido. Yo tardo en conciliar el sueño tres minutos y medio más.

Jornada segunda: La torrentera sin nombre conocido – Estancia Punta del Lago

Nos despertamos entre las 5:30 y las 6:00. Amanece un día despejado, lleno de una luz rejuvenecida. El viento ha cesado. El hielo que cubre la tienda y las bicicletas da fe del frío que ha llegado a hacer durante la noche. Combinamos desayuno con el intento, en parte coronado por el éxito, de secar la tienda, que bastante carga llevamos como para trasegar aún con el peso inútil del agua instalada en los pliegues de la misma.

Una hora más tarde estamos remontando una pendiente suave que en un par de amplias curvas nos deposita en la cima de una pequeña meseta. Poco después divisamos la Estancia la Irene, a la izquierda, al pie de las colinas próximas.

Más adelante, nuestro primer guanaco (*lama guanicoe*): el animal, parecido a una llama, está lo suficientemente lejos y quieto para hacernos dudar al principio sobre su naturaleza, animal o vegetal, hasta que nos procuramos una visión más próxima gracias a los gemelos. Nos llama la atención el que se trate de un animal aislado, cuando los guanacos son más bien de naturaleza gregaria. Luego nos explicarán que probablemente se tratara de una especie de vigía, atento y presto a alertar en caso de peligro a la manada, que se encontraría algo más alejada, puede que yacente, y por eso invisible a nuestros ojos.

El camino desciende ahora de forma pronunciada hacia el valle de la Leona. Desde arriba, el panorama que se extiende ante nosotros tiene mucho de relieves sucesivos,

horizontes que no por accidentados dejan de contribuir, precisamente, a la horizontalidad. Inútil querer capturar una perspectiva tan apaisada con la cámara, aunque lo intentamos. César manifiesta su pesar por no encontrarse Judit con nosotros. “Este tipo de paisajes le encantan”.

Después, cuando pasados unos minutos de vuelo en picado nos encontramos abajo, la carretera es un triángulo isósceles cuyo vértice es un alejadísimo punto de fuga. Damos espuelas a nuestras bicicletas en el vano intento de alcanzarlo. El valle es muy abierto. A la diestra discurre el río, a siniestra una breve pared que alguna vez fue orilla escarpada.

Nos hemos detenido para hacer unas fotos, cuando un motorista alemán se para junto a nosotros (por que no estamos pedaleando, ¡sino de qué nos iba a alcanzar!). Recio y rubicundo como un lansquenete, se quita el casco pero mantiene el corazón de su montura latiendo al ralentí, no quiere apagarlo por algún problema mecánico. Nos intercambiamos los obligados “¿Dedónde vienes adónde vas?” y nos cuenta (bueno, de hecho a mí que soy el germanoparlante) de un par de ciclistas franceses que también vienen por esta carretera, muchas decenas de kilómetros más atrás. Nos deseamos suerte y proseguimos viaje. Que en nuestro caso vuelve a interrumpirse poco después: hemos llegado a la Estancia Luz Divina, y decidimos que nos merecemos un buen desayuno. Empieza a levantarse algo de viento, que quiere colarse con nosotros cuando entramos en la pequeña casa. Nos encontramos en un comedor con algunas mesas y las correspondientes sillas, una chimenea, y un mostrador hacia el que nos dirigimos atraídos por la repostería que allí se nos ofrece concupiscente. Escogemos sendos trozos de tarta y pedimos café con leche al hombre que aparece cuando nos ha oído entrar. Nos sentamos y admiramos la profusión de artículos que decoran la pared. Entre ellos, un huevo de avestruz o ñandú, y un Victrola (me hace gracia, pues recientemente había leído parte de la trilogía “Las brujas de Mayfair”, de Anne Rice, donde se hace repetida mención de esta especie de tocadiscos).

Charlamos con el hostelero, que no responde inmediatamente a cada pregunta, sino que deja transcurrir largos instantes durante los cuales no sabemos interpretar si es una pausa reflexiva o si no ha entendido la pregunta. Como si en un partido de tenis se quedara enganchada la pelota a su raqueta, se quedara mirándola, comprobara la tensión de las cuerdas y leyera la marca de la raqueta, antes de devolver el saque. Su oratoria se enriquece y acelera cuando intenta convencernos de que nos quedemos, que el viento ya sopla fuerte, y dónde íbamos a estar mejor que refugiados tras los amplios vidrios de la estancia. Pero no nos dejamos tentar, aunque los vidrios de las ventanas crujan amenazadores, hay que proseguir el viaje y ya hemos recuperado fuerzas tras el desayuno, que se ha visto inexplicablemente incrementado con sucesivas aportaciones procedentes del mostrador.

Salimos a que nos bata el viento. Apenas a un kilómetro de la estancia, en una bajada pierdo el control de la bicicleta, lo recupero, y lo vuelvo a perder: mi empeño es seguir recto al frente, pero la bicicleta se decanta por una descocada oscilación de caderas, inicia un slalom que muerde con fiereza la grava, entra en resonancia con una senoide de elevada frecuencia, y a mi no me queda sino caer con estrépito y gran despliegue de

extremidades. La inercia me arrastra ignominiosamente por los cascajos durante largos metros y yo no tengo más remedio que saberme juguete de la física newtoniana. Cuando por fin me detengo, después de comprobar las propiedades abrasivas del ripio, me alzo y vuelvo a sentarme inmediatamente por la náusea que me invade. Tengo el costado derecho dolorido, pero no parece que haya nada roto, aparte de un agujero y el desgaste de la manga derecha de un goretex estrenado en este viaje. Por la noche, cuando me cambie de ropa tendré ocasión de ver las costras de sangre en cadera y codo del flanco derecho, pero de momento parece que sólo hay magulladuras. César me presta apoyo moral mientras se me pasa el mareo, entonando himnos patrióticos al tiempo que bate palmas (bueno, en realidad se limita a darme agua y a constatar para mutuo alivio que colores más saludables empiezan a reemplazar la palidez que se había instalado en mi demudada faz).

Tras este incidente, del que guardaré recuerdo durante algún tiempo en forma de dolorosas contusiones, y marcas aún a día de hoy, proseguimos nuestra singladura. El paisaje es terriblemente inmenso, llano con prolongadas ondulaciones, y el viento sopla con tanta fuerza que parece secuestrar el horizonte. A la derecha, a cierta distancia se divisa una cúpula que resplandece bajo el sol: es lo que queda de un observatorio astronómico, situado sin duda en lugar privilegiado por lo limpio de la atmósfera e inexistencia de cualquier tipo de contaminación lumínica, pero sin presupuesto y por tanto abandonado y esquilado, por lo que nos han contado.

Algunos kilómetros más adelante aparece la Estancia La Leona, dos casas bajas parcialmente ocultas por arbustos y unos pocos árboles esbeltos, que dejamos a la derecha junto al río del mismo nombre, y cruzamos el puente hacia el margen de levante. Desde el puente podemos ver a la izquierda el lago Viedma, de donde parte el río que estamos cruzando.

César me precede y de pronto le grito “¡Para, para!”, pues su equipaje se está desparramando sobre el ripio. No sé si el viento le permite oírme, pero igualmente se ha dado cuenta de que está arrastrando el equipaje por el suelo como un fiero jinete arrastra a su prisionero atado al caballo. Nos detenemos para examinar el desperfecto: el anclaje del portaequipajes al cuadro (al puente de freno, triángulo posterior, palmo y medio bajo el sillín) se ha roto, se ha partido. Problema de difícil solución: recurrir a las socorridas bridas de plástico no servirá de mucho, con el traqueteo y la carga no aguantarán muchos kilómetros. Entonces se nos ocurre adelantar el portaequipajes, unirlo al cuadro en el primer travesero de la parte superior. Ello supondrá tener que colocar las alforjas lo más retrasadas posible en el portaequipajes, y aún así César tendrá que prestar atención a no dar contra ellas mientras pedalea, pero lo importante es que el portaequipajes seguirá operativo durante las siguientes jornadas.

Al cabo de una hora de improvisado taller, en un puente por debajo del cual pasa un río de leche sucia y por encima el viento que no cesa, podemos continuar.

Así que continuamos.

Han pasado unas cuantas horas desde que nos cruzáramos con el último vehículo. El sol de media tarde es tranquilamente despedazado por el viento, los fragmentos incontables quedan prendidos de las hierbas que llamean, los más lejanos nos lanzan guiños desde los glaciares en la otra orilla, a kilómetros de distancia. Nos hacemos alguna foto donde nuestra silueta ciclista se recorta sobre el lago.

Estamos cruzando la pampa “El Podrido”. El mapa no asigna nombres a otras zonas pamperas del entorno. ¿Por qué esta región, que no se diferencia visiblemente de las otras que hemos atravesado, recibe tal distinción? La respuesta es clara, a la que se aplique un poco el sentido común: antaño había por aquí –para ser exactos, más adelante, en el cruce de la 40 con la 23- una posada, cuyo pesado letrero, constantemente mecido por el viento, mostraba en letras pseudogóticas justamente este poco apetitoso título. Que hacía alusión a la especialidad de la casa, el podrido de cordero, plato sabrosísimo de consistencia blandorra, que se obtenía por un paciente desmenuzado de la carne y una cocción prolongada. Las especies le daban un punto ácido, y los fideos blancos que asomaban temblorosos en la masa hacían el resto. El dueño, cocinero y camarero eran una misma persona, de nombre Zaltan, más propio de un domador de osos polares o de un mago que sierra señoras por la mitad, probablemente ni siquiera fuera su verdadero nombre. Zaltan era un magiar de procedencia tan oscura como sus ojos, vestido siempre con un manchado gabán gris y una barba azabache que tenía por costumbre mesar hacia delante. Los gauchos más curtidos y pendencieros no se atrevían a levantar la voz en la posada, y tenían unas maneras exquisitas cuando él estaba presente, porque si había algo que el húngaro no soportaba era la mala educación. Sirva de botón de muestra que durante los doce años en que regentó la posada no se rompió ni una sola de las 26 copas de cristal de bohemia que se había traído en una maleta como único equipaje. Tampoco toleraba que se dejara comida en el plato: le bastaba señalar con el dedo el resto que el comensal se había dejado, para que éste diera cuenta del mismo con diligencia rayana en la precipitación.

Muchos años han transcurrido desde entonces, y de la desaparición del barbudo Zaltan y su posada no hay noticia cierta, mas diferentes versiones a cual más fantástica. En alguna de estas historias se afirma que cuando la posada ya estaba desmoronándose, fueron apareciendo las copas bohemias en lugares muy distantes, desde el Cordón de Bosque, la Península Chacabuco o la meseta La Siberia, al norte, la laguna Pascale al oeste, o la sierra Contreras al sur. Siempre de pie, sobre una roca, y llenas de vino, desafiando al viento y a la lógica.

Durante unos cuantos kilómetros no tenemos el viento demasiado en contra. De hecho, el último tramo hasta el cruce con la carretera 23 lo tenemos incluso a favor, aunque la consistencia del terreno no nos permite correr. Podríamos haber atajado, el mapa muestra un par de caminos que salen a la izquierda, bordean el lago, y se unen más adelante a la carretera que debemos seguir. Pero no lo vemos demasiado claro, y por lo que nos contarán más tarde la decisión fue acertada: el camino atraviesa zonas arenosas, donde las bicicletas se habrían hundido hasta los ejes, y nosotros habríamos resultado rebozados hasta las cejas. Por si acaso, nos alegramos de no haberlo comprobado.

Abandonamos la carretera 40, que prosigue hacia el noreste, y enfilamos la 23, hacia el noroeste. Ahora sí tenemos el viento de cara, a plena potencia, así que nos lo tomamos con calma. Tomamos un pequeño refrigerio a base de frutos secos al hipotético abrigo de una loma, y aprovecho la parada para luchar una vez más, a base de abdominales en cuclillas, contra el estreñimiento típico de inicio de viaje, infructuosamente. Nos cuesta ponernos en marcha sabiendo lo que nos espera. Los primeros kilómetros están asfaltados, pero la alegría dura poco, el ripio -y con serrucho- hace su aparición. Seguimos la táctica, adoptada desde inicio del viaje a propuesta del experimentado César, de hacernos sombra eólica uno a otro, por turnos, cada pocos kilómetros. Pedaleando en fila india, a poca distancia del que va delante, se puede aprovechar la brecha que su cuerpo abre en la corriente de aire. El que va detrás puede descansar así un poco, recuperarse para cuando le llegue el turno de ponerse en cabeza. En condiciones como la presente, en la que cuesta tanto esfuerzo pedalear contra el viento, casi se tiene la sensación de que el que va delante tira de uno, como si se fuera a rebufo de un camión.

Aún así tenemos que parar cada pocos kilómetros para coger resuello. Alguna vez incluso nos tumbamos de puro agotamiento. Ahora es César quien busca un lugar tranquilo, mientras yo intento acomodarme entre afilados hierbajos que se me clavan en la espalda y las piernas. Es difícil descansar, porque incluso a ras del suelo pasa el viento como un tanque veloz, aunque el cielo de un color casi dulce permite que por lo menos mi mirada se hunda en sus profundidades en busca de un poco de reposo.

Debemos seguir adelante, nos hemos fijado como objetivo llegar a la Estancia Punta del Lago y buscar cobijo en ella o sus aledaños, que donde estamos es imposible pensar en montar la tienda: en menos de un segundo se inflaría como una vela y se escaparía hacia el este con un alegre batir de faldones. Hemos divisado la estancia con los gemelos, parece cercana, pero, como nos pasará más de una vez, las distancias que aprecia el ojo engañan, la atmósfera es tan limpia que todo parece siempre más cercano de lo que en realidad está.

La situación empieza a ser dramática. El viento es tan fuerte, que incluso en las escasas bajadas nos vemos obligados a pedalear con el plato pequeño. De vez en cuando el viento arrastra a un violento fantasma de polvo y piedrecillas, que nos obliga a apartar o esconder el rostro, so pena de verlo cruzado por un latigazo de arena. Las paradas son cada vez más frecuentes, las piernas empiezan a negarse a seguir pisando pedales, cuando por fin llegamos al cruce del camino que lleva hasta la estancia, a nuestra derecha. En el lado opuesto, una roca enorme brinda un momentáneo refugio contra el viento. Por un buen rato gozamos de la sensación de no tener la cabeza metida en la turbina de un avión.

Una vez recuperados mínimamente, hacemos un último esfuerzo para llegar hasta la estancia. El camino descende y luego vuelve a subir, en un par de curvas se planta en una cota que supera de largo a la de la carretera. El camino, lleno de piedras, no es fácil, pero la perspectiva de cobijo y descanso nos motiva a recorrer en poco tiempo los dos kilómetros que nos dejan ante una rudimentaria cancela de acceso al recinto de la estancia. Cruzamos lo que parece un camino de ovejas delimitado por un cercado de

alambre. No las tenemos todas con nosotros: estamos claramente en propiedad privada y no sabemos cómo seremos recibidos. En particular, tenemos poco tranquilizadoras referencias sobre las malas pulgas de los perros de los gauchos.

Dejamos a nuestra derecha lo que parece un gran cobertizo, detrás del cual hay un par de pequeñas edificaciones, y nos acercamos a la casa principal. Se trata de un edificio bajo, no muy grande, pero con buen aspecto: paredes blancas de madera, grandes ventanales con cortinas bordadas o de ganchillo. Llamamos a la entrada de servicio, y al no recibir respuesta, dejamos las bicicletas apoyadas en la valla, abrimos la cancela, y nos acercamos por un caminito hasta la puerta principal, donde tampoco responde nadie a nuestras llamadas. Estamos en un jardín luminoso y bien cuidado, macizos de plantas aromáticas que el viento agita pero no consigue despeinar, árboles rumorosos, una manguera que pierde y salpica el aire de centellas de agua.

Quizá en los otros edificios sí haya gente. Nos acercamos a pie hasta que nos oyen o huelen los perros, que acuden en turba rabiosa y feroz, ladrando y enseñando colmillos. Por suerte tras ellos aparecen enseguida dos puesteros que con un par de gritos los llaman al orden. Uno de ellos, alto, moreno, y de frondoso bigote, permanece en silencio, mientras que el otro, bajo y robusto, de cabello entrecano y bizarra expresión, nos devuelve el saludo, y tras escuchar nuestra demanda de refugio nos señala la parte delantera de su vivienda y nos dice “¡Claro! ¡Acá estarán a reparo, acá podés montar la carpa!”. Mientras regresan al interior, a preparar café, nosotros vamos a buscar las bicicletas. César, siempre precavido, no parece muy feliz con el aspecto de los gauchos, y a mí tampoco me parecen precisamente unas hermanitas de la caridad, pero los hechos demostrarán lo errada que puede resultar una primera impresión.

Dejamos las bicicletas ante su vivienda y entramos en una pequeña sala que hace las veces de cocina y comedor. El calor y el olor del café nos dan la bienvenida. Ni César ni yo somos bebedores de café, pero la verdad es que ahora apetece, y más con la buena carga de azúcar que ponemos para reponer pilas, y el pan recién hecho. Denís, el más bajo y vigoroso, lleva la voz cantante, mientras que Pedro está sumido en un apacible silencio, sorbiendo mate de tanto en tanto. Nos escuchan con curiosidad mientras explicamos de dónde venimos, y sacuden la cabeza con una sonrisa cuando les contamos nuestra lucha agotadora contra el viento y el ripio. Denís, a su vez, nos explica que ellos están de puesteros en esta estancia, cuidando las ovejas, que de vez en cuando viene la administradora de la finca, pero que están solos la mayor parte del tiempo. Charlamos de esto y aquello, hasta que llega la hora de ir a montar la tienda. Denís nos dice que no hace falta, que podemos instalarnos en una pequeña caseta que hay un poco más arriba. Nos acompaña hasta allí, y nos invita a cenar, un poco más tarde. Sinceramente agradecidos, desempaquetamos mientras él regresa a su vivienda, y empezamos el ritual de limpieza y cambio de ropa, contentos por no tener que montar la tienda con semejante ventolera, que no cesa de aullar. Extendemos las márfegas en el suelo y encima los sacos de dormir. Las toallitas húmedas que empleamos para limpiarnos se vuelven enseguida de color café con leche, con la cantidad de polvo que se nos ha incrustado en los poros.

Una vez adecentado nuestro aspecto, que tampoco debía resultar muy tranquilizador para nuestros anfitriones, nos dirigimos a su casa, mientras el atardecer se cierne sobre el lago Viedma y su desolado entorno. Llegamos cuando Denís está amasando pan y Pedro se ido ha buscar unas patatas en el huerto que cultiva tras la casa. César enseguida se anima y le pide a Denís que le deje amasar uno de los panes que luego serán introducidos en la panza gestatoria de una enorme cocina económica de leña. Regresa Pedro y tras lavarlas y pelarlas mete las patatas en el guiso carrero que está preparando Denís. Nosotros aportamos un poco de queso y fuet, por aquello del exotismo, y ellos prueban un poco por educación, pero nuestra contribución se verá totalmente eclipsada por el guiso de carne más bueno que en muchos años haya desfilado por nuestros paladares. En espera del gastronómico evento, seguimos intercambiando impresiones y curiosidades, mientras sorbemos el mate áspero en la cazuelilla que circula de uno a otro. Denís nos ilustra sobre aspectos vegetales y animales del entorno. Así nos enteramos que el armadillo también se llama piche, cascarudo o mulilla, y que en determinadas circunstancias puede convertirse en un buen aporte proteínico, cuando fallan otras fuentes de alimentación. También nos enteramos del nombre de una oruga de color naranja, que hemos encontrado en gran número por el camino –concuma- y que es indicativa de malos años desde el punto de vista pluviométrico. Y que el calafate, que da nombre a la población más importante de la zona, es la baya morada y comestible que crece en arbustos por doquier. Siguiendo con etimologías de topónimos, nos cuenta que el Chaltén, el cerro más conocido por Fitz Roy, como lo bautizó el perito Moreno, era el nombre de un jefe indio. Acerca de los nativos desaparecidos, Denís dice que pueden encontrarse puntas de flecha y también bolas de boleadoras, y nos muestra una que halló él tiempo atrás. La esfera de piedra pasa de mano en mano: un surco a lo largo de un meridiano servía para alojar la correa que se unía a las que sujetaban las otras dos, y todo el ingenio se volteaba sobre la cabeza a la manera de un vulgar helicóptero, se soltaba en el momento preciso, y con algo de fortuna iba a enredarse en las patas de la víctima causándole un tropiezo. Estas bolas se diferencian de las de los gauchos, que se fabrican tensando tiras sobre un núcleo duro mientras se salmodian en voz baja pasajes del “Martín Fierro”. Los indios empleaban las boleadoras para la caza del guanaco, su principal fuente de alimento y pieles.

Hablando de alimento, el *guiso carrero* parece estar en su punto, lleva rato borboteando alegremente sobre la cocina de gas, que está al lado de la cocina económica de hierro, donde se han cocido los panes. La tierna carne de un cordero capón es el ingrediente principal, también hay patatas, arroz, pimentón, cebolla, hierbas y ajo. Fuera ya es noche cerrada, el viento sigue azotando el yermo, un par de gatos de pelo largo –no son persas, no tienen la desagradable expresión canina de dicha raza- se apretujan junto a la ventana para participar siquiera a través del vidrio del calor que reina en el interior. También los perros han quedado fuera, y Denís nos cuenta de los enfrentamientos entre los canes y el puma. El felino tiene una uña más larga que las otras, la uña maestra, y cuando la usa las entrañas empiezan a brotar de las tripas que hiende. *¿Cómo comportarse ante un puma?* preguntamos. El gaucho lo tiene claro: hay que liquidarlo.

Mientras bebemos el té pampa que han preparado, a base de la hierba homónima que crece en la zona, parecida al tomillo, la conversación gira en torno a otros visitantes que tuvieron tiempo atrás, unos veterinarios suizos que hacían una travesía con sus propios

caballos, a los que al parecer sabían cuidar muy bien, y también se habla de la cabalgata más reciente de Denís, días a caballo en solitario por estos parajes desiertos, y sobre el antiguo propietario de la estancia, Casimiro Ferrari, empresario y escalador italiano, que había montado en 1974 una expedición para escalar la difícilísima pared oeste del Cerro Torre, con éxito, para conmemorar el centenario de la fundación del club alpinista de Lecco, Italia. Nos muestran y regalan un ejemplar del libro que se publicó explicando la gesta. El señor Ferrari había fallecido en septiembre, y el futuro de los puesteros de la estancia era ciertamente incierto. Su único nexos con la civilización eran las esporádicas visitas de la administradora, que traía víveres y noticias, y la radio.

El té pampa obra milagros en mi metabolismo, y salgo para ir a sentarme un rato en la caseta del excusado. A través de una rendija puedo divisar el estrellado cielo de la noche, y cuando enciendo el frontal puedo ver los restos de revistas que aquí hacen las veces de papel higiénico. En una de ellas se habla de la versión de Lindsay Kemp del “Sueño de una noche de verano”, que, si mal no recuerdo, debe datar por lo menos de hace un par de décadas. En el fondo de la letrina se divisa un titular de una revista y se distingue una única palabra: Mujer. Me veo tentado de asociar cierto simbolismo a la presencia de esta palabra en este lugar humilde, pero por lo que se desprende de la conversación a la que me reintegro de nuevo, un ratillo después, el concepto que estos gauchos tienen de la mujer no es ni mucho menos despectivo, sino más bien nostálgico. *Pues, ¿qué mujer se vendría a compartir semejante vida de soledad en esta estancia perdida?* reconoce Denís con una sonrisa triste.

Finalmente nos decidimos a abandonar el cálido refugio, no sin antes despedirnos de nuestros estupendos anfitriones: nuestro plan es salir de madrugada, apenas despunte el sol, que según la guía a esas horas el viento generalmente ha amainado. Camino a la casita donde dormiremos, tenemos ocasión de ver el cielo totalmente despejado sobre nuestras cabezas. La cruz del sur...

26 de noviembre: Estancia Punta del Lago – El Chaltén

Cuando despertamos hacia las 6:00 el viento no ha cesado, ni siquiera se ha aplacado un poco. Desde donde estamos se puede apreciar la inmensidad del lago Viedma: kilómetros y kilómetros por donde se puede deslizar el aire sin obstáculos, creciéndose como un dios o un demonio consentido, hasta llenar el espacio entero con su furor elemental.

Aún así recogemos y ensillamos, no queremos abusar más de la hospitalidad de los gauchos, de los que nos despedimos de nuevo al pasar con las bicicletas junto a su casa, y además queremos aprovechar que estamos descansados, animosos y llenos de energía, que nos da por lo menos para llegar hasta el cruce, donde un cartel reza el nombre de la estancia, y una caseta en miniatura hace las veces de buzón.

El camino sube y sube, el viento incordia e incordia, y hace bastante frío. El promontorio que tenemos a la izquierda nos impide ver el lago, pero cuando cesa y el camino empieza a descender se nos aparece la masa de agua en todo su frío esplendor. Paramos para

devorar unos frutos secos y masticar un poco de fuet. La intensa actividad mandibular no nos hace, sin embargo, entrar en calor.

Los kilómetros pasan muy despacio: cuando por el mapa creemos hallarnos cerca de determinada estancia, nos damos luego cuenta de que no es sino una que creíamos haber dejado atrás hace rato. Sorprende una vez más estar tan cerca de una masa de agua y que a pesar de ello la vegetación sea mínima, los sempiternos mechones de hierbajos amarillos peinados eternamente por el viento. Cerca del cauce de un arroyo que desemboca en el lago, un guanaco o similar está echando su última siesta. A pesar de su sonrisa dentífrica parece bastante desmejorado: sólo queda medio pellejo, las cuencas vacías indican que los ojos se fueron en busca de la otra mitad de su cuerpo.

Durante algún tramo el camino no está aserruchado: se avanza muchísimo más, a pesar del viento. Pero lo bueno suele ser de corta duración. Mientras tanto, las montañas, nuestro destino, se van acercando poco a poco. Su aparente cercanía ya no nos engaña, sabemos que todavía quedan muchos kilómetros por recorrer. Pero debemos reconocer que los osados perfiles que empiezan a acuchillar el horizonte actúan como un imán poderoso. Saber que vamos hacia allí nos enciende el corazón, nos infla los costillares, e inyecta los últimos restos de vigor en nuestras piernas.

El camino se extiende en una recta atroz. Sólo en un punto se halla flanqueada por una estancia más amplia que las vistas hasta ahora, seguida por otra diminuta unos pocos kilómetros más adelante. Es mediodía y nos detenemos a comer al borde del camino, junto a la diminuta Estancia San Lorenzo, saludando algún autocar o camioneta que de tarde en tarde pasan por ahí.

Es difícil decir en qué, pero el paisaje cambia ligeramente. Deja de ser lacustre, en la medida que pueda calificarse de tal la desolación en medio de la cual se extiende un charco que de lago sólo tiene sus descomunales proporciones, para adquirir una calidad más montañosa. No es que el terreno esté más ondulado, de hecho una hilera de colinas ya nos venía acompañando a la derecha desde hace decenas de kilómetros, ni que haya cambiado la vegetación, sino que se tiene la sensación de enfilear un valle de acceso a las puertas de un mundo andino.

En efecto, por el mapa sabemos que ya nos encontramos cerca de la entrada al parque nacional de *Los Glaciares*. Ahora sí que empiezan a sucederse cuestras y bajadas, decidimos que la cuestra que tenemos ante nosotros es la definitiva y la atacamos con los restos antes de caer desplomados en su cima, junto a montañas de grava y maquinaria de obreros camineros. A lo lejos, entre montañas de forma más convencional, se yergue un solitario mogote ennegrecido, un yunque solitario y austero, que no tenemos fuerzas ni de fotografiar. El lecho de rocas es bastante incómodo, pero sólo después de un rato hacemos acopio de fuerzas para incorporarnos, beber un poco de agua y meternos un puñado de frutos secos en la boca.

El camino desciende en curva árabe hacia el puente que cruza el Río de las Vueltas, en su confluencia con el Río Barrancas, y que marca el límite del Parque. Hay una caseta

abandonada, y lo que parece una báscula de tonelaje. Pensamos que a pesar de la carga que llevamos, el puente resistirá, así que pasamos de pesarnos. Los tablones que forman el piso del puente están sueltos, encajonados con mucha holgura en sendos perfiles de corchetes, y tabletean cuando pasamos por encima; bajo nuestras ruedas, entre las rendijas, rugen las aguas bravas unos metros más abajo.

Hay un empinado repecho que subimos con brío, creyendo que es meramente anecdótico. Pero después viene otro. Carteles con las siluetas de los especímenes animales que se encuentran por estos lares jalonan el camino. Después del quinto repecho empezamos a sospechar que debemos estar superando un importante desnivel. Lo peor no es la subida en sí, sino que a media altura de cada una de estas rampas de parking, como las califica un amigo mío ciclista, acecha el viento para empujarnos despiadadamente hacia la cuneta. Conmigo lo logra con cierta frecuencia, César se resiste algo más, va subiendo a ritmo constante, dientes apretados, y expresión de *¡A mí no me vas a joder tú!* En determinado momento pedaleamos ante una cámara, que dos tipos manipulan, con el coche aparcado a un lado, a saber en qué programa de qué canal televisivo argentino, o quizá video promocional turístico, o tal vez anuncio de tabaco, aparecerán nuestras esforzadas siluetas y expresiones demacradas. A nuestras espaldas, gracias a la altura que vamos ganando, empieza a haber una interesante perspectiva sobre el lago inmenso y la cordillera que lo bordea por el oeste, glaciar incluido, y algo más cerca una pequeña aglomeración de verdor, la Estancia San José.

La ascensión penosa prosigue, creo que pocos vientos en el planeta han sido tan ferozmente insultados como el Patagón durante esta subida. Que finalmente desemboca en una meseta. Paramos a dar cuenta de una bolsita de osos de goma, nos lo tenemos bien merecido. Los ositos rojos verdes anaranjados y amarillos desaparecen veloces en nuestras fauces ávidas. Seguimos adelante, que ya debemos estar bien cerca de nuestra meta. De vez en cuando el viento va súbitamente *in crescendo*, para luego irse apaciguando muy poco a poco, hasta su siguiente espasmo de demente. Entonces, sin más ceremonias, aparece un hermoso valle, salpicado de árboles aquí y allá, y en este valle un conjunto de casas.

El Chaltén.

Hemos llegado.

26 de noviembre (continuación, que el día no ha acabado). Un pueblo de pioneros

César y yo nos abrazamos a la vista del pueblo. Sólo una bajada, unos centenares de metros, y podremos gozar de un merecidísimo descanso. Dejamos que la gravedad nos guíe, en un periquete nos encontramos abajo, pedaleando junto al río, pero tras un recodo César parece pensárselo mejor y da media vuelta, ¿acaso el recorrido del día le ha sabido a poco? No, es el viento el que le ha obligado a ir girando hasta encontrarse mirando hacia el lugar de donde acabamos de venir, y el estupor pintado en su rostro. Bien pronto nos damos cuenta: en lugar de seguir la tendencia habitual en el ser humano de asentarse

en lugares que brindan cierto resguardo contra los elementos, El Chaltén está construido en el lugar más ventoso de nuestro querido planeta azul. Toda la ferocidad de los vientos patagónicos, que –recordémoslo- tienen su origen en los metavientos antárticos, parece encajonarse en este valle y recorrerlo de cabo a rabo, y los pobres humanos que deambulamos por aquí somos como hormigas asomadas a la boca de un secador de pelo en funcionamiento. Habrá que pelear hasta la última pedalada.

A la entrada del pueblo está el centro de información del Parque Nacional. El guardaparques de turno ha debido ausentarse un momento, como reza un cartel adherido a la puerta. Esperamos un momento, mientras dejamos que las bicicletas descansen un poco. Aparece el joven guardaparques, que tras arrancar de la puerta el cartel, desprovisto de veracidad desde este mismo instante, nos invita a pasar a una sala llena de mapas, fotografías, recomendaciones a los excursionistas, y diversas muestras de la flora y fauna locales, entre ella el imponente cráneo de un puma. Nos informa como es su cometido, con una amabilidad no oficial, y nos da la valiosísima información de que existe un camino transitable a lo largo de las lagunas Madre e Hija, que enlaza el campamento al pie del cerro Chaltén o Fitz Roy con el valle del Cerro Torre, que nos evita tener que bajar al pueblo entre una y otra cumbre.

Antes de despedirnos, le preguntamos cómo hay que comportarse si uno se cruza con un puma, señalando con cierta aprensión al cráneo de colmilluda sonrisa. El guardaparques sonrío a su vez, y nos da a entender que no es tan fácil cruzarse con uno, pero que si tenemos esa suerte lo que tenemos que hacer es fotografiarlo, y avisar del avistamiento a los guardaparques. Y que tranquilos, si no se siente amenazado no ataca a animales tan grandes como nosotros.

De nuevo en el exterior, empleamos lo que queda de nuestras fuerzas en llegar hasta un albergue-camping, de nombre “Lago del Desierto”, en el interior de un pueblo cuyas calles son tan amplias y las casas tan dispersas que se hace un poco difícil hablar de “interior” o “centro de la villa”. Tras desestimar la idea de montar la tienda en tan ventosas circunstancias, desempaquetamos, guardamos las bicis en una especie de almacén anexo, y ocupamos una habitación de dos literas.

Teniendo en cuenta la diferencia horaria respecto a Europa, nuestra prioridad es llamar por teléfono. Así que nos encaminamos sin más al locutorio “De la Morsa”, cuyo propietario, Orozco Fernando Rubén, luce en efecto un hermoso bigote del tipo que suele asociarse al pinnípedo ártico. Tras cruzar unas palabras con nuestros familiares a través de medio planeta (César cruza cinco veces más palabras que yo, a juzgar por las respectivas cuentas), y mientras pagamos, preguntamos a Morsa si el viento va a durar mucho, si despejará mañana, cuando hace menos viento... La respuesta se revela como la mejor regla de previsión meteorológica que puede hacerse en estas tierras: “Señores, esto es la Patagonia, aquí no hay reglas para el tiempo. Sólo puede decirse que hay mucho viento, y que el tiempo puede cambiar cinco veces en un día...”

Sí, hace muchísimo viento, que levanta polvaredas altas como un edificio de varios pisos, que hace flamear una bandera argentina a medida que la va desintegrando, que tumba a

los niños desprevenidos. Si uno saliera a pasear con un chihuahua de la correa, tendría el aspecto de estar haciendo volar una ridícula cometa.

Con las capuchas puestas, a fin de que el viento no nos zarandee las neuronas, nos llegamos hasta el supermercado-pulpería “La Senyera”. Catalanísimo nombre, y es que su dueño, Ivo Domènech, es paisano nuestro. Compramos postales, sellos, galletas y alfajores, que no llegarán a la noche, y regresamos al cercano albergue, a regalarnos con unas duchas no por ansiadas menos maravillosas. Redistribuimos el equipaje, a fin de dejar mañana todo lo posible en el albergue y hacer nuestras caminatas con poca carga.

De nuevo en La Senyera, nos hacemos traer enormes ensaladas (ganas ya teníamos de comer algo fresco), sendos asados de vacío, que a pesar del nombre nos llenan mucho y que no somos capaces de terminar, tarta de manzana que hace honor a la repostería patagónica que empezamos a apreciar en su justa medida, todo ello vehiculado hacia el interior de nuestras faringes mediante un caudal incesante de cerveza Isenbeck. Una vez en la adecuada disposición de ánimo nos ponemos a escribir postales (que efectivamente llegarán algún día a sus destinos) y a charlar un poco con Ivo, que lleva ya muchos años por aquí, aunque viaja de cuando en cuando a la tierra que le vio nacer. Preguntado si no le incomoda tanto viento, nos dice que el viento forma parte de todo esto, es consustancial a esta parte del mundo, y si vives aquí te has hecho a la idea. Le damos recuerdos de Denís. De pronto nos encontramos en nuestras camas del albergue, y en el instante siguiente dormimos con fruición. Tan profundamente que ya pueden crujir los vidrios con el aire que el viento ha traído de muy muy lejos.

27 de noviembre. El frondoso Lago del Desierto

Al alba los cerros están completamente ocultos por las nubes, y bastante más tarde, cuando despertamos, también. En vista (!) de lo cual, y puesto que vamos con una jornada de adelanto sobre el calendario previsto, decidimos ejercer de turistas y hacernos llevar en minibús al Lago del Desierto. Sale uno a las 10:30 h, fuera del horario habitual, 20 \$ cada uno, de la agencia Mermoz que está en la otra punta del pueblo. Tenemos tiempo de sobra, por lo que desayunamos con calma, conversando con dos montañeros catalanes, que este día se marchan de El Chaltén, después de dos semanas esperando infructuosamente a que despajara para subir al cerro homónimo. Parte de la espera en el campamento para alpinistas, perdón, andinistas (donde sólo se puede acampar con permiso especial) añadiendo el frío al aburrimiento e impotencia de la espera. Probarán suerte en el macizo del Paine, donde volveremos a vernos. Acto seguido, Luís, un empleado del albergue, muy amable y agradable, pone en marcha una vetusta lavadora para lavar nuestra ropa. Charlamos con él mientras el aparato cilíndrico tiembla sobre sus patas, borbotea y emite sonidos casi humanos. Después tendemos la ropa (aquí hay que usar un mínimo de cuatro pinzas por prenda), y mientras César compra unas provisiones me adelanto para sacar los billetes para la excursión.

Durante el camino me adelanta por un sendero una muchacha que sólo acierto a ver de espaldas, y hay algo en su forma de andar que encuentro muy atractivo, no sé, una manera como marinera de valerse del viento, o cómo se abraza los codos ensimismada, o la forma en que el aire juega con su pelo, convirtiéndolo en una llama negra que salta de un lado a otro pero que no se apaga, posiblemente cosquilleándole las mejillas y los párpados con algún mechón que se enrosca en el dedo cuando intenta sacárselo de la cara.

Poco después de haber comprado los billetes aparece César, y casi enseguida aparece la furgoneta que -¡oh casualidad!- conduce la joven que acabo de admirar, y que de cerca y de frente no desmerece en absoluto. Ser los primeros nos reporta la ventaja de poder viajar delante con Marcela, nuestra guía y conductora.

Comenzamos llenando el vehículo de excursionistas procedentes de otros albergues y hoteles. Han comprado billetes más viajeros de la cuenta, y para que nadie se quede en tierra y no poner en entredicho a Marcela, una de las excursionistas, una española que ya nos encontramos anteriormente, se ofrece a ir sentada en el pasillo.

El camino lleva a lo largo del valle de las Vueltas hacia el lago del Desierto, donde nace el río. El paisaje es radicalmente distinto a los que hemos estado viendo estos días. El río corretea sobre las piedras y a su vera crecen arbustos y árboles, pequeños y retorcidos al principio, luego cada vez más altos y derechos, que se enfilan por las laderas. En el cruce del Río de las Vueltas con el Río Eléctrico, que nace al pie del glaciar Marconi, emerge de las nubes la mole del cerro 30 Aniversario, como un acorazado decimonónico. Estos relieves que se perfilan azules y violeta en la mañana gris, que se alzan con brutalidad en los valles amplios y horizontales, tienen mucho de decorado teatral para un drama de pasiones desbordadas.

Marcela, sometida a un interrogatorio por mi parte, pues voy a su lado, mientras César va dando cabezazos contra la ventanilla, explica que así como en verano la población de El Chaltén puede ser de varios miles, entre turistas y personal contratado eventual, en invierno los auténticos habitantes del pueblo quedan reducidos a unos doscientos. No debería extrañar en un lugar donde la temperatura desciende hasta -40 °C, el viento sopla algunos días a más de un centenar de kilómetros por hora (aunque predomina la calma), y la altura de la nieve llega hasta dos metros... Pero para Marcela es una época ideal, se puede esquiar, patinar, hacer excursiones y montañismo en un paisaje onírico, pasar las largas horas de oscuridad con los amigos. Aunque lo mejor es el otoño, cuando todo el verde que vemos a nuestro alrededor se transforma en oro rojo. Algo debe tener, desde luego, este rincón, para atraer de este modo a la alegre porteña. La impresión que tenemos sobre el Chaltén es la de un pueblo de aventureros, colonos de lo remoto. A mi me llama la atención en particular su heterogéneo urbanismo, que me hace dudar si realmente se trata de un pueblo o más bien de un muestrario de viviendas extravagantes, y así se lo hago notar a nuestra guía. “¡En El Chaltén se construye muy bien!” es la airada respuesta, y no puedo menos que darle la razón: construcciones “normales” no resistirían las condiciones meteorológicas del lugar, serían barridas por el viento como las primeras dos casas de los cerditos del cuento.

Cumpliendo su cometido de guía, o quizá más bien como la mujer orgullosa de su territorio, que quiere hacer partícipe a los demás de las maravillas del mismo, Marcela nos indica de vez en cuando alguna peculiaridad paisajística o faunística: “¡Mira, un sobrepuesto!”, y señala un pajarillo negro con el lomo rojizo, que me recuerda a uno que vi en Berlín dos años atrás. Por ella averiguamos que aquella pareja de ocas son en realidad cauquenes o caiquenes (*choloephaga poliocephala*), parejas de por vida y sin estar sancionadas por sacerdote o hechicero alguno. Respecto a los pumas, no parecen hacerle mucha gracia. Es la tercera persona a la que preguntamos qué hay que hacer en caso de un encuentro. “¡Gritar y espantarlo, no dejar que se acerque!” es la prudente respuesta.

En algún momento se concentra, porque hay que superar un tramo especialmente complicado de la carretera que ya es difícil de por sí, y una vez vencido el obstáculo se autocalifica de conductora experta...

Hacemos una corta parada junto a una pequeña cascada, el Salto del Anillo. ¿Andará Gollum en las inmediaciones? ¿O acaso se trata del anillo de una novia o novio despechado, desilusionado, secreto, maldito, encantado, fiel como los cauquenes o inconstante como la meteorología patagónica?

Poco después llegamos al Lago del Desierto, y a todos sorprende el nombre, dado la exhuberancia del lugar. Marcela nos explica que “desierto” se utiliza en este caso en la acepción de “deshabitado”. El camino muere aquí mismo, un pequeño embarcadero proporciona cierta perspectiva sobre el lago alargado que se adentra entre las montañas. Podemos optar por pulular por la zona o bien subir por el bosque hasta el pequeño glaciar Huemul, nombre que recibe una especie de cérvido en vías de extinción, muy difícil de ver, porque además es muy tímido. Marcela se queda en la furgoneta escuchando música, mientras nos decidimos por la segunda opción, como la mayoría de los excursionistas. El sendero, bastante empinado en algunos tramos, asciende por el bosque encantado, con caras de musgo en algunos troncos. Tras un buen rato de ascensión, la vegetación ralea, los árboles se vuelven más achaparrados, y el sendero rodea alguna que otra roca de grandes dimensiones. Sin previo aviso nos encontramos ante el glaciar. Allá, muy abajo, se ve la silueta del lago, una joya apagada y extraña presentada sobre el terciopelo verde de las frondas del “desierto”. Las cumbres pedregosas de nuestro alrededor desaparecen en las nubes que de vez en cuando nos rocían con puñados de gotas diminutas. También el glaciar parece descender de una nube próxima, un estanque profundo de paredes verticales recoge el agua ordeñada al glaciar y alimenta un riachuelo que desaparece con un par de saltos en el bosque.

En el viaje de vuelta me toca escoger –guiado por mi ignorancia al respecto– entre las cintas de músicos actuales argentinos que Marcela guarda en la guantera y que coloca en el radiocasete de la furgoneta para amenizar el viaje. Lluve todo el tiempo, nos tememos una tarde de descanso forzoso. Más espaciada, sigue la conversación, y así nos enteramos que el 12 de octubre es la gran fiesta de El Chaltén, que hay grandes comilonas y competiciones de montar a caballo.

Al llegar a las inmediaciones del pueblo aclara el tiempo, y el viento parece haber cesado. Marcela va dejando a cada grupo de excursionistas en su hotel y al final nos lleva a nosotros al albergue. Pasa de largo, y ante nuestras expresiones de sorpresa dice que ahora nos enseñará qué es lo que hace de El Chaltén un lugar especial. Nos detenemos ante un edificio bajo, medio escondido entre las lengas. Marcela nos hace pasar a través de salas en cuya penumbra acechan figuras, cuadros, artesanía de inspiración aborigen, lo poco que vislumbramos nos llena de desazón y al mismo tiempo nos parece terriblemente atractivo, los restos del naufragio de toda una cultura, y justo cuando la vista empieza a acostumbrarse a la poca iluminación, tenemos que parpadear pues de pronto estamos rodeados de luz: nos encontramos en una suerte de invernadero, rodeados de plantas, de flores, mariposas y colibríes, frutas y libros derramados sobre muebles de estilo eduardiano, y Marcela, que se ha evaporado entre la vegetación lujuriosa, reaparece, algo más cómoda sin el grueso jersey que llevaba, y con un cachorro de puma en los brazos, y la madre del pequeño felino nos contempla indolente desde una repisa, su cola sacudida por regulares espasmos, y que en algún momento abre sus fauces desmesuradas para dejar escapar un bostezo.

Entonces llegamos ante el albergue, y Marcela no pasa de largo sino que frena, despertándome de mis ensoñaciones, y nos despedimos con un abrazo y sendos besos en las mejillas, amolocotonadas las suyas, llenas de cerdas las nuestras.

César y yo vamos a prepararnos para la caminata. Recogemos la ropa, que ya está seca, avisamos a la compañía de buses “Los Glaciares” que en nuestro equipaje para el viaje de vuelta dentro de un par de días hay bicicletas, prefieren facturarlas ya para El Calafate, pues hoy el autobús va bastante vacío, regreso un momento al albergue para avisar que las pasarán a recoger, y luego nos ponemos en marcha.

Vamos hacia el noreste, y en cuanto salimos del pueblo hay un sendero a la izquierda que inicia una empinada ascensión. Pero estamos bastante recuperados, y la belleza de la tarde y la alegría serena de estar caminando en un lugar tan extraordinario nos da fuerzas. Caminamos entre troncos más megalíticos que catedralicios, de árboles en cuyas copas parece rugir la luz más que el viento, que por cierto se ha calmado bastante. En poco tiempo hemos subido lo suficiente para tener una sensación aceptablemente aérea, con un risco vertical a la izquierda, sin duda una de las jambas de las puertas del cielo, que irrumpe hacia lo alto en una ladera suave en apariencia, pero que está recubierta de esféricos matojos de espinas (nos parece recordar que se llaman “cojines de suegra”, aunque quizá no sea exactamente esta planta). A la derecha, el valle vespertino que se extiende más allá de la vista en tan plácida hora.

Nos cruzamos con una señora con impermeable que nos pregunta si hemos visto a otra señora, cuya descripción nos facilita. Tenemos que responder negativamente, y la pobre mujer ha de seguir su camino, molesta con su compañera desaparecida, quizá algo inquietada. Poco después nos encontramos a la señora descrita, que tiene toda la apariencia de ser en efecto la despistada que siempre se pierde, y que siempre reaparece cuando sus compañeros preocupados están a punto de movilizar a helicópteros y caballerías. “¡Corra, corra!” la azuzamos en pos de su amiga.

Pasamos junto a un estanque diminuto de aguas violeta, con una pareja de cauquenes que no tienen frío.

El camino está francamente bien señalado. Atravesamos bosquecillos, el tiempo parece a ratos amenazador, incluso cae algún copo de nieve, pero se mantiene. César tropieza una y otra vez con las raíces, es una forma realmente curiosa de caminar: colisión puntera-raíz, dos o tres pisotones precipitados hacia delante, como si quisiera aplanar rápidamente el terreno, luego, tras recuperar el equilibrio, cinco, diez, o hasta veinte pasos normales, y vuelta a empezar. Pero no cae ni una sola vez. En cambio yo, la única vez que tropiezo, lo hago a conciencia: con el cuerpo rígido por la mochila, sin tiempo a sacar los pulgares de las cinchas, caigo durante un larguísimo instante, me abato como un abeto recién talado, justamente donde el sendero desciende un poco, y cuando por fin mi cuerpo se hunde en el muelle suelo forestal, mis piernas, llevadas por la inercia, ascienden como si acabaran de divisar a un viejo conocido. De algún modo me las arreglo para que la caída se prolongue en el suelo, sin acabar de rodar entre las hierbas y sin dejar de patear en el aire, hasta que con un gesto volatinero consigo incorporarme, resoplando y azorado por el esfuerzo, ante un César estupefacto ante semejante despliegue de torpeza casi circense.

Emergemos del bosque en un valle desde el que ya se divisan los cerros Chaltén y sus afilados vecinos. Algo más a la derecha un glaciar va derramando sin prisas toneladas y más toneladas de hielo en la laguna Piedras Blancas. Aún más a la derecha, al otro lado del pequeño altiplano en que nos encontramos, una cumbre luminosa.

El terreno es algo pantanoso, cruzado por arroyos sinuosos. Delgados troncos, algunos atados entre sí, ejercen de puentes, bien sobre los riachuelos, bien sobre alguna zona especialmente fangosa. Hay un curioso cruce de arroyos, uno de aguas transparentes, otro de aguas anaranjadas, ferruginosas como mínimo. Poco después llegamos al bosque que está al pie de la cordillera y donde se encuentra el campamento Poincenot, en la orilla de un claro desde el que se ven perfectamente los cerros a poca distancia. Entre los árboles enormes se han construido “reparos”: muretes de troncos que flanquean por tres lados un espacio liso y limpio donde erigir la tienda, y que deben ofrecer cierta protección para el viento. Escogemos uno justo en la frontera del bosque. No somos los únicos que se establecen en el campamento, hay más tiendas, pero no se oye ni se ve a nadie, salvo alguna sombra fugaz tocada de gorro de lana. Montamos la tienda con doble varilla, por si los vientos, aunque la tarde está resultando eólicamente tranquila.

Después de dar una vueltecita por los alrededores, nos hacemos la cena y recomfortamos nuestros estómagos. Hace bastante frío, como es de esperar dada la altura y la proximidad de las nieves. La luz de luna convierte las montañas en un paisaje selenita. Una nubecilla no acaba de desprenderse de la cumbre del Chaltén, con lo que la versión que nos han explicado, según la cual el cerro era sagrado para los aborígenes, que pensaban que era un volcán, parece algo menos difícil de creer. Nos acostamos con buenos augurios meteorológicos para el día siguiente.

28 de noviembre. De cerro a cerro

Hacia las 4:30 h nos despiertan dos maleducados americanos con su infame cuacuacuá. A las 5:15 h salgo para ver el panorama: el Chaltén está totalmente despejado, y el sol a punto de salir, y no a las 6:00 h como nos habían dicho. Aviso a César y salimos en desbandada: César tiene una muy comprensible (y compartida por mí) debilidad por las paredes sonrojadas por la caricia del sol primero. Nos perderemos el espectáculo desde el mirador de la Laguna de los Tres, como habíamos planeado. Algo podemos ver desde abajo, antes de iniciar el tramo más vertical del camino, donde las cumbres quedan ocultas durante un buen rato. Pronto me quedo sin resuello, y le digo a César que adelante él, que ya coincidiremos arriba, pero prefiere que sigamos juntos, ya que de todos modos no llegaremos con la primera luz del día. Viendo que él va más sobrado que yo, me coge la mochila donde habíamos metido agua y algo para desayunar, y seguimos subiendo, dejando atrás los últimos árboles y adentrándonos en un mundo mineral.

Cuando finalmente llegamos al mirador, el paisaje que se despliega ante nosotros nos corta la respiración. Bajo la luz de la mañana avanzada, el diorama salvaje que nos rodea a modo de anfiteatro es sobrecogedor, de una blancura casi cruel. Los cerros que tenemos ante nosotros le hincan el diente al azul apetitoso del cielo, y se reflejan en las aguas de la laguna. Durante largo rato somos incapaces de decir nada, sólo de mirarnos de vez en cuando y sonreír desbordados por tanta belleza y tan salvaje. El silencio sólo se ve roto de tarde en tarde por algún desprendimiento atronador, el eco rebota en las paredes y muere ahogado en la quietud de las alturas o rueda ladera abajo hacia los valles lejanos.

El mirador se encuentra a una altitud de unos 1150 m, el Chaltén o Fitz Roy, a unos cuatro km en línea recta desde donde estamos (parece que sólo está a unos centenares de metros) se yergue en todos y cada uno de sus 3405 m, así que las paredes que tenemos ante nosotros presentan tramos verticales que superan el kilómetro de desnivel. La mole de este cerro es sin duda impresionante, tiene un aire de dios telúrico que se asoma a la superficie desde las profundidades graníticas para ver qué diablos pasa. Pero encontramos más gracia en el esbelto cerro Poincenot, 400 m más bajo, está torneado con más musicalidad.

Nos pasamos un par de horas en los alrededores del mirador. Bajamos hasta la laguna, que muestra, transparente, el fondo azul lleno de piedras, allá donde no se reflejan las montañas. Metemos la mano en las aguas gélidas como navajas para llenar la botella de agua. Nos acercamos al acantilado en el fondo del cual está la Laguna Sucia, en la que de vez en cuando se precipita con gran estruendo un pequeño alud, una cascada blanca y efímera de hielo, estallando sobre las rocas, sublevando las aguas de la laguna. Alguna que otra vez tenemos que fijar la vista en lo inmediato, en una plantita que se abre camino en la grava, en una piedra con una veta artística.

El descenso se hace un poco largo, acabamos con dolor en las rodillas. Suben algunos excursionistas, que se han perdido lo mejor de la mañana, y que verán sin duda lo mejor de la tarde.

Llegados al campamento advertimos que algún animal silvestre ha visitado la tienda de nuestros vecinos estadounidenses y ha desparramado por doquier sus desperdicios. ¿O quizá fuera su comida? Difícil decirlo...

Intento fotografiar un pájaro saltarín, algo mayor que un mirlo, plumaje gris verdoso, y patas anaranjadas a juego, pero debo acercarme mucho por culpa de mi gran angular, y cada vez que estoy a punto de dar el último paso antes de hacer la foto, el muy pájaro se aleja unos metros con un vuelo corto de mofa y befa. César encuentra la situación muy cómica, sobre todo cuando suelto imprecaciones en alemán. Luego aparece un ave rapaz, un carancho, y ahora es César quien lo persigue cámara en ristre.

Guardamos la tienda, nos ponemos las mochilas a las espaldas respectivas, y emprendemos la marcha, flanqueando la cordillera, por un sendero que orillea las lagunas Madre e Hija. Al principio el terreno es puro pantano, hay tramos en los que no puede distinguirse el camino y hundimos las botas hasta los tobillos, un puro y porcino chapoteo. Durante todo el camino nos encontramos a un par de excursionistas, y a otro que va solo, vamos adelantándonos unos a otros todo el tiempo. En algún momento, la orilla de las lagunas se torna muy agradable, con el agua transparente y una playita en toda regla. Una isla diminuta asoma en el agua erizada. El viento, con sus caricias, le pone al agua la piel de gallina.

Atravesamos un paraje arenoso, con prados, y árboles titánicos, algunos de los cuales destrozados y derribados por las tormentas, que aquí deben ser terroríficas. En ocasiones estos naufragios de árboles, estos esqueletos monumentales forman toda una barrera que flanquea el bosque, como si con sus cuerpos descarnados protegieran todo el verde que tienen detrás. El bosque se va espesando, y poco después estamos caminando por un sendero elástico que culebrea por el fondo de una selva antigua, andina y aireada. Miramos a los lados, entre las columnas que se pierden ladera arriba y cuesta abajo, si nos hemos de encontrar al puma será sin duda en un paraje como éste.

El camino baja, baja y baja, tanta pérdida de cota sólo puede significar que luego nos tocará volver a subir, subir y subir. Entre las copas de los árboles aparece la cumbre piramidal del Cerro Solo. Poco después aparece un claro desde el que tenemos una perspectiva hermosa sobre el valle encantado del río Fitz Roy, con la silueta irreal del Cerro Torre al fondo y todas las agujas que lo acompañan, intentando contener la masa de nieve del Campo de Hielo Sur, que se les escapa entre los dedos. Nos quedamos un rato mirando, conscientes del milagro que supone poder ver el Cerro Torre sin que lo oculte la sempiterna nube que siempre está pinchada en la cumbre. El camino que seguimos enlaza con el que viene del pueblo de El Chaltén, y que tras un repecho desemboca en el valle alto (aunque de hecho va siguiendo el curso del río desde su desembocadura en el río de las Vueltas).

El camino es muy llano y fácil. Nos sorprende el olor a canela que nos envuelve, y que proviene de las lengas o de los ñires. Nos cruzamos con un numeroso grupo de jóvenes norteamericanos, vestidos predominantemente de negro, con sus gafas de sol, que están en la Patagonia pero que igualmente podrían estar en Disneylandia. En poco tiempo, apenas $\frac{3}{4}$ de hora desde que entramos en el valle, llegamos al campamento De Agostini, en un bosquecillo al pie de la morrena del glaciar Torre, un pequeño tsunami de piedras a punto de abatirse sobre el valle desde hará cientos de miles de años, desde los tiempos en que el glaciar Torre era grande (se da la circunstancia de que el glaciar vecino al Torre es precisamente el “Grande”).

Plantada la tienda, operación en la que invertimos cada vez menos tiempo, trepamos por la morrena para acercarnos a la laguna Torre, alimentada por el glaciar homónimo. La tarde es tan radiante que, a pesar de la proximidad del glaciar, nos descalzamos, nos descalcetinizamos, y permitimos a nuestros trabajados pies gozar un poco del sol y del aire. Los dedos de los pies celebran su libertad con un alegre bailoteo que no podemos reprimir. Nos hacemos una foto con las cumbres de fondo –la segunda del día- y después me acerco al mirador Maestri, en compañía de uno de los excursionistas que nos habíamos ido cruzando, que es muniqués y se llama Christof. En $\frac{3}{4}$ h de camino pedregoso llegamos hasta un mirador cuya vista es bastante similar a la que se veía desde la morrena. Hay un grupo de personas que el muniqués y yo tomamos por escandinavos, por su forma de hablar, y que luego resultan ser suizos... Los suizos emprenden el regreso, yo me quedo un rato y después también me pongo en marcha. Christof prefiere quedarse y explorar un poco más. En el camino de vuelta se me ocurre pensar que será mejor que no se despeñe, sino me veo en los tribunales argentinos defendiendo mi inocencia.

César está hablando con una chica cuando llego junto a la morrena. Es la española que ya nos hemos encontrado en varias ocasiones. Se llama Amparo y pretende viajar todavía hasta el mes de mayo o hasta que se le acabe el dinero. Claro que si mantiene el ritmo todavía podrá ver un montón de cosas: hoy ha recorrido el trayecto El Chaltén – Cerro Chaltén – Cerro Torre, y ahora (a las 18:00h) se disponía regresar al pueblo... Con un inicio de ampolla en el pie. César saca el botiquín –afortunadamente es un hombre preparado- y le hace una pequeña cura, lo suficiente para que pueda regresar. Nos despedimos, seguros de que nos volveremos a encontrar.

Anochece. Por fin reaparece Christof, su tienda está cerca de la nuestra. Cenamos fuet con pan, un poco hartos ya de esta dieta. Después vamos a lavarnos los dientes y a llenar botellas con las aguas lechosas del río Fitz Roy, que nace en la laguna. Nos acostamos relativamente temprano, el campamento, aunque concurrido, también duerme pronto.

29 de noviembre. El regreso a la civilización.

Cuando amanece, el Cerro Torre ha desaparecido. Secuestrado por una nube. Desayunamos galletas con leche condensada, plegamos la tienda, operación en la que invertimos cada vez menos tiempo, e iniciamos el descenso cuando las otras tiendas apenas empiezan a desperezarse. A nuestras espaldas nubes enormes crecen hacia la estratosfera, hinchadas y blancas: por su tamaño parecen terriblemente amenazadoras, pero por su aspecto algodónoso no suscitan mayor sensación de peligro que la de un gigantesco peluche. Atravesamos de nuevo el valle encantado, de ancho regazo, bosques que trepan hasta media ladera, dejando las cumbres al descubierto. Es allí, en el desierto de las cimas, saltando sobre una roca o guareciéndose en su sombra, donde imaginamos al puma, observando desde su atalaya el trajín de los humanos a la vera del Fitz Roy. Nos cruzamos con una recua de caballos, más numerosos que los tres jinetes que los guían, probablemente van a recoger a los *aventureros* que han pasado la noche en el mismo campamento que nosotros.

Nos vuelve a sorprender el culinario olor a canela que perfuma el paisaje. Sin duda proviene de los árboles, sin que podamos asegurar que se trate del ñire o de su pariente la lenga, en todo caso es la variedad con la hoja más lisa, y -¿a esta hora? ¿en esta época del año?- plegada con prudencia. Cuando miramos hacia atrás, aparte de no ver el Cerro Torre, sí vemos la punta del Cerro Chaltén y del Poincenot asomando tras la Loma de las Pizarras. El río opta por irse excavando camino hacia el fondo de un barranco.

Este entorno, de una belleza sosegada y afable, me hace pensar en una historia sin duda cierta. Alejandro Caratozzi, antiguo colaborador del insigne perito Don Francisco Pascasio Moreno, que le acompañó en numerosas expediciones, era un melómano impenitente y coleccionista de piedras horadadas por medios naturales. Tenía una tercera afición, que es la que da pie a esta historia: era un enamorado del teatro shakesperiano (aunque, como muchas personas bien informadas, era del parecer que las obras las había escrito realmente Bacon). El lugar, que conocía de una anterior excursión con el Perito Moreno, le pareció el escenario ideal para representar *La Tempestad* en un entorno natural. Tenía conocimiento de las famosas representaciones de J. Emand en el parisino Bois de Boulogne (aunque allí se tratara del *Sueño de una Noche de Verano*) pero su idea era mucho más imaginativa. El fantástico proyecto, del que se conservan algunas notas y borradores, consistía en que los espectadores se desplazaran de un Acto al siguiente, siguiendo una vereda señalada, atravesando Milán, cuna de la traición, experimentando el azaroso viaje por mar (la laguna Torre), viviendo la transformación de la desierta isla de Próspero en un vergel, asistiendo a la tormenta que hunde el barco del Rey de Nápoles (de nuevo la laguna), convirtiéndose en voyeurs del amor de Miranda y Fernando, soportando las pruebas por las que ha de pasar este amor, y aplaudiendo el final justo, compasivo y feliz. El emprendedor entusiasta del británico dramaturgo viajó varias veces entre Río Gallegos, Punta Arenas y Buenos Aires, buscando actores, escenógrafos, decoradores, y sobre todo financiación. La adaptación por supuesto corría a su cargo, así como la dirección de actores. El proyecto no se hallaba todavía muy avanzado cuando realizó una visita con un reducido grupo de actores al lugar, para tratar de entusiasmarles

por el proyecto, y reducir un poco su cacheé, que tampoco debía ser muy elevado pues no se trataba precisamente de primeras figuras de los escenarios, aunque a la vista de lo que pasó sí quedó claro que eran auténticos monstruos de escena. Concretando, lo que al parecer sucedió, según cuenta la única superviviente, es que los actores que iban a hacer de Ariel y de Calibán se picaron mutuamente, desafiándose a ver quién era capaz de invocar una tempestad más convincente. Recitaba Ariel Eugenio Vázquez “*Los relámpagos de Júpiter, precursores de los terribles estampidos del trueno, no se sucedían más momentáneos ni deslumbrantes. Los fuegos y estallidos de las detonaciones sulfúreas parecían sitiarse al poderoso Neptuno y herir de espanto a las audaces olas. ¡Hasta su terrorífico tridente tembló!*”, mientras que Calibán Carlos Fozzi clamaba con furia “*¡Que el maligno rocío que barría mi madre con una pluma de cuervo sobre el malsano aguazal os inunde a los dos! ¡Que un viento Sudoeste sople sobre vosotros y os cubra la piel de úlceras!*”. Era febrero, pleno verano austral, pero las sentidas, vibrantes e inspiradas declamaciones del correntino y del porteño conjuraron al parecer una urgente tempestad que se formó en algún remoto lugar del Campo de Hielo Sur, atravesó veloz las heladas extensiones, levantando un auténtico huracán de cristales de nieve, saltó por encima de los Cerros y se abatió con ferocidad sobre el valle, cubriéndolo todo de una gélida capa blanca en menos de veinte segundos. Los que no perecieron por el impacto brutal, arrastrados por los aires, murieron por hipotermia poco después, con sus trajes y vestidos de verano. Sólo se salvó la maquilladora (nadie sabe qué hacía allí en una fase tan temprana del proyecto teatral) porque era muy friolera y siempre iba con una chaqueta de lana. De doce expedicionarios sólo se encontraron dos cuerpos, por lo visto hubo avistamientos de pumas muy bien alimentados durante las siguientes semanas.

El camino desciende brevemente por el bosque, para elevarse a continuación hasta un paso, donde hacemos una pausa. Nuestras mandíbulas se ponen en acción para moler el contenido de una bolsita de frutos secos, y mientras deglutimos la papilla resultante con prolongados tragos de agua, contemplamos a los esforzados y resoplantes excursionistas que empiezan a llegar en grandes dosis desde el pueblo de El Chaltén. Llevamos dos horas de camino y aún nos queda otra, el descenso es bastante abrupto y prolongado. Nos ponemos en marcha, a seguir castigando nuestras rodillas doloridas.

“Pronto debería venir la bifurcación Chaltén Norte – Chaltén Centro”, se me ocurre decir, recordando el mapa, justo medio minuto antes de que dicha bifurcación se nos cruce efectivamente en el camino. Seguimos hacia el Centro. El sendero, estrecho y resultón, serpea entre los árboles, entre renoirianas salpicaduras de sombras y luz. Atrás queda todo el macizo, cada vez más irreal, mientras que a nuestra derecha rumorea el río encañonado, creciendo con las aportaciones de cascadas esbeltas que tienden sus hilos verticales en la pared de enfrente.

El último tramo del camino desciende en un zigzag vertiginoso, y de pronto aparecemos en el pedregoso lecho del río, y un viento tremendo nos acoge con demoledora efusividad. “Ya estamos en El Chaltén” sentencia César acertadamente.

En el albergue nos permiten, generosos una vez más, tomar una ducha reconfortante, y completamos nuestro restablecimiento media hora después en la pulpería “La Senyera”, con bife y ensalada, cerveza Isenbeck, y una tarta de chocolate que está a la altura de la consideración que ya nos merece la repostería patagónica. Ivo nos trae el libro de invitados, en el que escribimos una inspirada dedicatoria, no sin antes calificarle de “auténtico mito”, a lo que responde riendo “¡Vosotros sí que sois unos personajes!”. Un asiduo parroquiano, un maniquí sentado a una mesa, vestido a lo gaucho, con gafas y una boina, que apoya la mano en una lata de refresco, nos ve pasar sin inmutarse, despedirnos del catalán patagón, y marcharnos a dar una vuelta por el pueblo. Nos acercamos a los restos de un puente colgante, que cruzaba a la otra orilla del río de las Vueltas, antes de la última gran tormenta, y del que todavía cuelgan algunas tablas sueltas, que se mecen en el viento como un instrumento de oración tibetano. El viento nos sostiene aunque nos inclinemos hacia delante, pero introduce hábilmente pausas instantáneas justo cuando estamos a punto de hacernos la foto, por lo que en todas ellas aparecemos con un pie adelantado, como si estuviéramos a punto de despegar.

Nos acercamos al norte del pueblo, a una tienda de recuerdos, pero al final no compramos nada, y regresamos a paso ligero para recoger el equipaje, pagar el albergue y a esperar el autobús en el establecimiento “Pangea”. Poco después llega el autocar de Caltur, entregamos el *voucher* al conductor, y subimos. El autobús va bastante lleno. Entre los pasajeros están Amparo y también Christof, a quienes saludamos. Nos toca un asiento sobre rueda, lo que es sencillamente criminal para nuestras rodillas, puesto que no podemos estirar las piernas convenientemente. Así, a media tarde, empieza la tortura del viaje de regreso.

El paisaje cambia completamente en esta dirección, es casi irreconocible: un paisaje eternamente llano ante la vista, sin el aliciente de las montañas, sin el imán de los cerros de formas afiladas y fantásticas que a la ida nos había guiado y seducido con sus promesas de umbral a otros mundos más aéreos y mejores, que no nos ha defraudado en absoluto.

Aún así reconocemos sucesivamente uno y otro punto de referencia. Pasados pocos kilómetros del cruce con la carretera 40, el autocar se detiene en medio de la pampa: avería. El conductor abre una carcasa junto al cambio de marchas –que nos llama la atención por estar forrado por una hirsuta pelambreira rosácea, que nos recuerda a una película que hemos visto en el vuelo intercontinental- para examinar los intestinos del vehículo. El conducto del aceite se ha roto, y aunque pronto está arreglado –con alambre, que es con lo que se arregla casi todo en Argentina- el indicador no indica presión, y el conductor no se atreve a seguir sin indicación sobre la presión del circuito. Además no llevamos radio, por lo que esperamos a un autocar de la competencia, que ha de pasar poco después, para utilizar su radio. Los pasajeros, que han ido descendiendo, nos lo tomamos con filosofía, abundan los comentarios jocosos, aprovechamos para conocernos unos a otros. Aparece el otro autobús, nuestro conductor habla un buen rato a través de su radio, pero no saca nada en limpio. El otro autocar se va, sus pasajeros nos miran por la ventanilla con cierta conmiseración no exenta de sorna. Cuando César y yo estamos considerando la posibilidad de subastar plazas en nuestra tienda para pasar la noche, el

conductor decide continuar a pesar del riesgo. Así que nos apresuramos a volver a nuestros asientos y reemprendemos la marcha.

Hay una luz oblicua y vespertina que suaviza las ondulaciones del desierto. Detrás, inmerso en una sombra gris, el inmenso lago Viedma, que nos ha acompañado todo el rato. No ha transcurrido mucho rato y volvemos a hacer una parada, esta vez de programa: la Estancia la Leona atiende a los viajeros en sus necesidades fisiológicas y en pequeños caprichos gastronómicos. La tarta de banana supera todas las expectativas, y dudo mucho que la más renombrada confitería vienesa sea capaz alguna vez de proporcionarme un mayor placer de paladar. César y yo conversamos entre bocado y bocado con un suizo muy divertido que lleva el suficiente tiempo en Argentina como para haberse formado categóricas opiniones sobre los contrastes entre la mentalidad suiza y la argentina, que expresa con bastante contundencia.

Sigue el viaje, y poco después de la Ea. Luz Divina nos cruzamos con cuatro ciclistas, uno de ellos con una especie de remolque, que suscitan el interés y la admiración entre los pasajeros del autocar. César y yo nos preguntamos si nosotros despertábamos la misma reacción en el pasaje de los autobuses que nos habíamos cruzado a la ida.

Va anocheciendo. Reconozco al pasar el lugar donde habíamos acampado la primera noche. Por encima de la cordillera gravita una nube en forma de indio patagón. Aparece el lago Argentino, en la todavía lejana orilla opuesta brillan las luces de El Calafate, aún antes del puente sobre el río La Leona. Ahora veo todo con otra perspectiva geográfica, entiendo mejor la disposición del paisaje. Este pensamiento sin duda es muy tranquilizador, porque me sorprende dormitando (César, por supuesto, lleva un buen rato en los brazos de Morfeo). Finalmente llegamos, descargamos y bajamos las escaleras (cada escalón un ¡ay!) hasta la avenida principal, caminamos con los bártulos hasta el camping municipal (ya es tarde para recoger las bicicletas), al lado de la gasolinera, donde a cambio de 4 \$ por persona podemos montar la tienda, cenar unos cuantos alfajores que traíamos, e irnos a dormir sin más ceremonias.

30 de noviembre. El Calafate – Perito Moreno.

Llueve sobre la carpa. Una lluvia tenue, no demasiado molesta, pero que va calando el mundo con su perseverancia. Una lluvia de desarraigados, o quizá una lluvia de pescadores.

Nos vestimos y antes que nada vamos a hacer una gestión: en la gendarmería, sita en el otro extremo del pueblo, tienen que proporcionarnos los permisos para atravesar el fronterizo paso Zamora. Los gendarmes son una institución a caballo entre lo militar y la policía de fronteras. Puesto que no se trata de un paso habitual, y que a pesar de cierta normalización en las relaciones fronterizas entre Argentina y Chile, el luto de las disensiones entre los vecinos todavía es relativamente reciente (de hecho hay límites en la zona que todavía quedan por fijar definitivamente), se precisa un permiso especial para

pasar por este puesto fronterizo, que ni siquiera cuenta con una dotación permanente. La gestión dura hora y media, más que nada por la redacción de las actas, aunque en cuanto el Primer Alférez hace acto de presencia se acelera el proceso. Este oficial es un hombre joven, de ojos claros y bigote discreto, muy eficiente, que nos da información detallada sobre el paso, y nos explica que será utilizado en fecha indeterminada por el equipo de TVE del programa “Al filo de lo imposible”. Mientras, el subalterno termina de teclear las actas entre sorbo y sorbo de mate (que circula entre los gendarmes, y también nos es ofrecido). Después, el oficial nos lleva a la sala de mapas, a la zona no restringida al público, donde hay un gran mapa colgado de la pared, en el que podemos ver cuál es el camino más apropiado. Tras despedirnos del amable gendarme, intento sacar dinero de un cajero del Banco de Santa Cruz, pero la máquina se niega en redondo a soltar la pasta. Pensamos que tendremos suficiente con lo que César extrajo días atrás, así que no insistimos. En el trayecto de vuelta al camping nos entretenemos pasando por la Aldea de los Gnomos, de la que se volverá a hablar más adelante, haciendo alguna compra (la obligada cajita para la colección de Judit, confitura de Calafate y algunos víveres, más de capricho que nutricionales), y resolviendo otra gestión nada baladí, la de recuperar nuestras bicicletas. Para ello debemos pasar por la estación de autobuses, donde no nos pueden informar puesto que no hay nadie en la taquilla de la compañía de “Los Glaciares”. La menuda y parpadeante joven de información de la estación nos recomienda ir a la agencia, que resulta estar cerrada. Pero la compañía “Los Glaciares” también tiene un supermercado, donde nos indican que nuestras bicicletas se encuentran en un cercano almacén de material de construcción, donde, tras identificarnos debidamente, podemos efectivamente volver a acariciarle el cuello a nuestras monturas. De vuelta en el camping municipal podemos por fin desayunar (un poco a deshora: ¡son las 12:00h!) unas galletas con leche condensada (mientras pensamos con pesar en los excelentes dulces y chocolates locales) y después de recoger nuestras cosas podemos por fin ponernos en camino.

El tiempo ha mejorado, pero el viento vuelve a saludarnos demasiado efusivo, como siempre, como un montón de niños que se te suben a las piernas y no te dejan avanzar. El pueblo se extiende más de lo que nos parecía, con algunos complejos de cabañas para turistas de reciente construcción, pero finalmente dejamos atrás a las últimas casas, y enfilamos la carretera que bordea el Lago Argentino hacia el oeste. Nos vamos relevando a cada kilómetro, y la verdad es que la táctica da buen resultado, incluso a nivel psicológico. Además circulamos sobre asfalto, lo que facilita bastante las cosas. Con el territorio bastante llano, el reducido tráfico, la pluviosidad mínima, los paisajes diáfanos y espectaculares, la Patagonia reuniría las condiciones para convertirse en el paraíso de los cicloturistas, si no fuera por el viento. La primera parada prolongada es por un armadillo que acaba de cruzar la carretera. César intenta fotografiarlo, pero el muy animal se ha refugiado en un matorral espinoso, y nos da groseramente la espalda en el único ángulo en el que puede vislumbrarse a través de la maleza. Seguimos pedaleando, kilómetro tras kilómetro, por un terreno suavemente ondulado, y la yerma orilla del lago a nuestra diestra. Paramos de vez en cuando, para beber agua, o bien para fotografiar algún pájaro: una pequeña rapaz que devora una presa junto a la carretera (debíamos llegar a los postres, por que enseguida emprende el vuelo), o una pareja de cauquenes cuyo vuelo coincide durante medio minuto con nuestra trayectoria: es impresionante

verlos tan de cerca, pasando lentamente por encima de nuestras cabezas, remando al unísono, aleteando a nuestra altura, que casi podemos oír sus alas hendiendo el aire.

El último tramo asfaltado, una larga recta que parece estrellarse en las colinas, antes de la Ea. Cerro Buenos Aires, está jalonado de grupitos de árboles y matorrales, que ofrecen otros tantos ocasionales reparos del viento, lo que se nota muchísimo. A la izquierda se extiende una llanura de hierba alta, bordeada por una cordillera no muy elevada, a la derecha el terreno es más pantanoso, lleno de charcas con cauquenes y otras aves. Entre ellas, las curiosas bandurrias (*theristicus caudatus*), grandes, de pico largo y curvo, que con cada aleteo emiten el quejoso sonido de una trompeta infantil.

Empieza el camino de ripio, después de 40 km de asfalto. Nos queda un tercio del recorrido por camino pedregoso, y decidimos comernos unas manzanas para afrontarlo.

Aunque ahora nos dirigimos hacia el sur, el viento no deja de soplarnos de cara. Poco después de dejar atrás una bifurcación cuya rama izquierda lleva de vuelta a El Calafate así como al paso que pretendemos atravesar dentro de unos días, cruzamos la monumental entrada al parque nacional (una especie de pórtico hecho con troncos de árboles gigantescos, que recuerda un poco a un templo sintoísta). El camino va hacia el oeste, enfilando el Valle del Brazo Rico, lago cuyas aguas nos acompañan a nuestra izquierda, mientras que a la derecha se alza la cumbre del Cerro Buenos Aires. Nos sorprende que toda la orilla esté yerma hasta cierta altura por encima del nivel de las aguas, como si este nivel, al igual que en los pantanos artificiales, estuviera sujeto a variaciones. Más arriba, no obstante, hay bosquecillos y densos matorrales. Más adelante conoceríamos la explicación. El camino tiene cortas pero intensas pendientes ascendentes y descendentes, y a esta hora nos encontramos con bastantes vehículos de turistas que regresan del mirador del glaciar Perito Moreno. Bastantes kilómetros después de la entrada al parque nos encontramos con la garita de los guardaparques, donde debemos abonar los 4\$ cada uno que nos dan derecho a continuar adelante. La amenaza de lluvia que se perfilaba ante nosotros, en forma de enorme nube baja que asomaba entre las luces oblicuas del sol vespertino, emergiendo por el valle de la derecha como un buque descomunal, se concreta finalmente, nos remoja un poco, aunque tampoco acabamos calados. A pesar del cansancio pedaleamos con más brío, y poco después de pasar junto al campamento libre llegamos al de pago (de nuevo 4 \$ por cabeza de ciclista), al final de una fuerte pendiente a la izquierda. Antes que nada, bajamos hasta la bahía escondida, un paraje desangelado, para una primera toma de contacto visual con el glaciar, bajo la escasa luz que aún queda. Volvemos al campamento y plantamos la tienda bajo los árboles, en un prado húmedo de altas hierbas. Después perpetramos la proeza de ducharnos, a pesar del frío y de las condiciones del baño, que dejan bastante que desear, corremos a meternos en la tienda a hacer la cena, engullirla, y digerirla mientras el sueño nos sorprende bien metidos en las profundidades de nuestros sacos de dormir.

1 de diciembre. Paseando por el glaciar.

Amanece de forma acusadamente gris y silenciosa. Aunque la noche ha vertido ráfagas de lluvia sobre la tienda, en estos momentos no llueve. La bahía vuelve a atraernos de forma irresistible. Tropezamos camino abajo hacia el pedregal de la orilla. César se convierte en un duende huidizo y saltarín, en el apéndice necesario del ojo cilíndrico del teleobjetivo de su cámara. Que asoma repentinamente entre los helechos para abatir un pájaro de una mirada, o danza en pos de un ave para pincharle el alma en un parpadeo del obturador.

Mientras, yo me pierdo en la orilla y en su hechizo mineral. Hay una ola de piedra permanentemente a punto de lanzarse en el agua con gran estrépito, dispersando los témpanos que se atreven a acercarse hasta este margen. Sobre el glaciar pende una nube de fin del mundo, que no debe haber venido de muy lejos. Bajo la sombra de la nube, los hielos lanceolados del glaciar asemejan un ejército –terrible por lo gélido- venido de repente de una nada gris y horriblemente fecunda. Sin embargo hay una luz –una marea de miel- que viene de no se sabe dónde que enciende rocas y árboles y todo lo que toca, hasta la superficie del lago, que se consume en un millón de brasas blancas. En esta orilla pedregosa, en esta orilla joven, no puede hacerse más que saltar de roca en roca, sin pararse a pensar, no sea que nos aniquile la incongruencia de nuestra presencia en lugar tan remoto.

Poco después nos encontramos en un banco de piedra, desayunando, convidando involuntariamente a un colectivo de comesebos, unos pájaros del tamaño de un gorrión pero muy vistosos, que de forma bastante descarada picotean cuanta miga se les pone por delante. César no puede evitar coger la cámara una y otra vez para retratar a los insolentes comensales.

Ligeramente pertrechados, pedaleamos hacia el embarcadero de las excursiones al glaciar, a pocos kilómetros del campamento. Atrás hemos dejado la tienda, todavía montada, y las bolsas, sólo llevamos mi mochila, más pequeña que la de César, con galletas, chocolate, agua, prismáticos y el objetivo de la cámara de César. Vamos un poco justos de dinero en efectivo, por lo que nos lo pensamos un poco antes de embarcarnos en la excursión por el glaciar (son 73 \$ por cabeza). Paula, una de las guías, nos convence con su simpatía y argumentos en cuya solidez estamos más que dispuestos a creer. Charlamos durante un buen rato, lo que hace aflorar expresiones de lo más normal para nuestra interlocutora, pero que para nosotros están revestidas de la pátina tintineante de lo exótico: “relindo”, “de buena onda”, y sobre todo aquella en que el pesado de fulanito “es de los que te alquilan la oreja”... Aún falta para que zarpe el barco, por lo que damos una vuelta por la bahía, fotografiando aquellos témpanos que se dejan retratar. Estamos de vuelta cuando llegan los autocares con los turistas de viaje organizado, a los que debemos dejar pasar antes de poder pagar en la taquilla del embarcadero. Aún así encontramos un buen sitio en popa. Las miradas se orientan hacia babor, rebotan y se pierden entre la miriada de azules colmillos de hielo, mientras bordeamos el glaciar para acercarnos a la orilla opuesta.

La travesía es de corta duración, pronto nos hallamos desembarcando en la playa pedregosa y ascendiendo hacia una turística cabaña donde los organizados depositan la

merienda que los respectivos hoteles o agencias les han preparado. Luego nos dirigimos por un bosquecillo y a lo largo de la orilla hasta el pie del glaciar. El guía Flavio nos ilustra con una detallada explicación y a continuación debemos dejar que los guías nos pongan los grampones para poder pasear por el hielo sin tener que ejecutar saltarines *ballonnées*, garbosas *attitudes*, involuntarias *pirouettes croisées*, y acabar con un *spagat* de dispensario... César se resiste, se siente humillado por que no le dejan ponérselos él mismo, él que está acostumbrado como quien se ata los cordones de los zapatos. Pero los guías son inflexibles, prefieren cargar ellos con la responsabilidad de un grampón mal puesto. Naturalmente no desaprovecho la ocasión y fotografío a César ejerciendo de Cenicienta ante el emisario del Príncipe. Noto una fría mirada asesina detrás de las gafas de sol de la Cenicienta...

Empezamos a caminar sobre la masa de hielo. Ascendemos por una pendiente sorprendentemente fácil gracias a que nuestros pies se agarran como los de un gecko a un vidrio. Haciendo caso a los guías, todos caminamos con las piernas bien separadas, inclinándonos hacia atrás en las bajadas, lo que nos confiere un aspecto de cowboys que acaban de desmontar después de cabalgar durante tres días seguidos. César y yo procuramos mantenernos cerca del guía para no perdernos sus explicaciones. El grupo está formado casi exclusivamente por matrimonios catalanes de mediana edad. En ocasiones nos gustaría estrangular a nuestros compatriotas, cuando posan justo en el lugar que quisiéramos fotografiar por su singular belleza, sucediéndose unos tras otros para tener exactamente la misma foto con la única variación de la extravagante figura de atuendo chillón que estropea la imagen en cada caso. Pero hay que decir en justicia que también se ofrecen amablemente a sacarnos una foto de ambos con mi cámara, que pocas tenemos.

Tanto César como yo sucumbimos a la fiebre de querer fotografiar cuanto nos rodea, ese paisaje extraño y extraordinario, ese panorama lunar -si la luna fuese de hielo-, conscientes de que nuestras cámaras no podrán ni de lejos capturar la sensación que nos embarga de estar en un mundo fuera del mundo. Todo atrae nuestra mirada y nos hace pulsar el disparador: las minicordilleras heladas que convierten el glaciar en un campo de batalla, lleno de filos desenfundados y enhiestos, los almohadones gigantes de pliegues azucarados y esquinas de nata, los virajes de color desde el blanco más cruel a un azul más marino que celeste, los arroyos que brincan sobre el hielo y desaparecen en sumideros borbotantes...

Algún turista se cae de forma manifiestamente poco elegante, mientras Leo y Flavio, los guías, saltan como cabras de un lado a otro, excavan rápidamente escalones en una pendiente especialmente pronunciada, o ponen en evidencia nuestra torpeza al subir ágilmente y con ayuda de los piolets a una aguja de hielo (“*A ver si hay buen camino por aquí...*” anuncian ante el estupor de las matronas de Vic y Manresa. En algunos puntos el hielo aparece liso y transparente como un pequeño estanque, cruzar estos charcos helados produce la sensación de caminar jesucristicamente sobre las aguas.

Finalmente, poco antes de completar nuestra pequeña incursión en el glaciar, nos espera el correspondiente bautismo conmemorativo: en medio del hielo aparece una mesa llena

de vasos que a su vez son llenados con whiskey Seagram Blender's Proud y hielo del glaciar, y nos los van pasando a la concurrencia, junto con alguna chokolatina. César y yo brindamos por el bueno de Francisco Pascasio y la madre que lo trujo, por la Patagonia, y su maravilloso tiempo atmosférico.

Después de dejar los grampones regresamos por el bosquecillo prehistórico. No vemos pájaros carpinteros, pero sí una pareja de caranchos que César consigue fotografiar. Luego nos comemos las galletas que hemos traído, en un banco cerca de la orilla y algo alejados del refugio, para no interferir con nuestro humilde refrigerio en la comilona de los turistas, cuyos ecos brueghelianos llegan hasta nuestros oídos, y porque desde aquí tenemos muy buena vista sobre el glaciar.

De regreso, el barco se pasea con más detenimiento ante el frente del glaciar, aunque siempre a distancia prudencial, que nunca se sabe cuando una de estas enormes columnas de hielo, desde hace años a punto de desprenderse, va a hacerlo avisando dos segundos antes con un crujido explosivo y estremecedor. De nuevo montados sobre las bicicletas, pedaleamos hasta el mirador de pasarelas, que está a pocos kilómetros, aunque a considerable altura: el último tramo hay que pedalear con la rueda delantera a un palmo de la nariz... Una vez arriba nos damos cuenta de que hay que volver a bajar 158 escalones para llegar al último balcón, el más cercano al glaciar. Un cartel nos advierte del peligro que entraña acercarse más al glaciar, con una tenebrosa estadística de turistas traspasados por esquirlas de hielo que saltan en los desprendimientos. Efectivamente se oyen crujidos y estallidos, pero sólo de tarde en tarde se produce un pequeño desprendimiento. El agua pasa del Brazo Rico al Lago Argentino por un pequeño túnel a través del glaciar. Antes no era así: el hielo subía por nuestra orilla formando una barrera infranqueable, creando un dique. El nivel de las aguas del Brazo Rico iba ascendiendo, como en una presa, de ahí lo yermo de sus orillas hasta cierta altura. Cuando la presión de las aguas había aumentado lo suficiente, la barrera de hielo saltaba por los aires, y el agua irrumpía en el Lago Argentino con el ímpetu de la Horda de Oro. Este fenómeno se producía antaño cada cuatro años, pero desde hace pocas décadas que ya no se acumula hielo formando dique. De hecho, el glaciar Perito Moreno parece ser el único que todavía no ha retrocedido...

Subimos un poco por las pasarelas, que junto con las lengas y notros tienen una apariencia de jardín japonés, y nos situamos en uno de los balcones centrales, donde hay un adecuado compromiso entre proximidad al glaciar y amplitud de perspectiva. Esperamos un buen rato, cámara en ristre (como nuestra vecina, una turista nórdica), a que se produzca el gran derrumbe, en vano. Se me acaba la película. Entumecidos y helados decidimos regresar arriba, y cuando estamos subiendo los últimos peldaños, aparecen cuatro cóndores a poca distancia, y simultáneamente un gran estruendo procedente del glaciar sacude el paisaje, de modo que ya no sabemos si mirar hacia los reyes asesinos, huracanes de la cetrería, talismanes negros de la nieve, como los llamaba Neruda, o hacia la nube de nieve y hielo que se eleva desde donde un trocito del glaciar se está desplomando en las aguas entre cañonazos y géiseres.

una curva dilatada, probablemente violada por la tangente en más de una ocasión por vehículos más rápidos que los nuestros, podría justificar de algún modo tanto aviso...

Nos detenemos a la vera del camino, y nos zampamos los fuets que nos quedaban. Mientras masticamos el embutido, aparece un jinete muy mayor, con mono, gorra, y gafas de búho, sobre un caballo que a duras penas puede dominar, responde con un amago de saludo a nuestros *Buenos días*, pasa una cancela como puede, y se pierde en lontananza.

Proseguimos el pedaleo, por un camino bastante aserruchado a veces. Nos cruzamos con un grupito de ornitólogos extranjeros que están encantados con el país. Las estancias que vamos divisando a mayor o menor distancia del camino tienen muy buen aspecto, densos oasis de árboles oscuros y prados recortados en medio del yermo. La entrada de una de ellas es pura estética fronteriza, con rueda de carro y calavera de res incluidas. Al entrar en Lago Roca el entorno se torna más frondoso, con arbustos y árboles a ambos lados del camino. Volvemos a estar en el Parque Nacional. Dejamos atrás un campamento medio escondido entre las frondas, y tras un trayecto breve llegamos finalmente a la Estancia Nibepo Aike.

La jornada no ha sido dura en absoluto, no obstante recorreremos los últimos metros, más que pedaleando, paladeando, de antemano, el inminente derrumbe sobre el prado. El entorno es idílico, y no lo es en exceso, sino sencillamente porque las montañas están donde deben estar, con la altura, coloración e iluminación que corresponde, hay un césped y flores, algunos árboles altos que se mecen con la gravedad de una marquesa enlutada que ha bebido mucho oporto, galpones, establos y almacenes, y una casita blanca y verde, de hojalata y vidrieras, por cuyas paredes se escabullen anaranjados fantasmas de luz perseguidos por las sombras de las coníferas.

Paula, la joven encargada del hotel, abandona el grupo de amigos con los que estaba hace un momento, nos sale al paso, sonriente y acogedora, y nos conmina al desplome inmediato e incondicional: primero, y antes que cualquier otra cosa, descanso. Que sí, que ya le habían avisado de nuestra llegada, y que nuestra habitación estará lista en un periquete. Deshacemos el equívoco: nosotros no íbamos a alquilar ninguna habitación (absolutamente fuera del presupuesto previsto), sólo necesitamos el guía a caballo para llegar hasta y cruzar el paso Zamora, pero si nos podrían dejar un rincón para montar la tienda, es decir, la carpa, lo agradeceríamos... Paula se hace cargo enseguida: hablará con el guardaparques, pues estamos dentro del parque nacional, y acampar fuera de los campamentos no está permitido en principio. Aguardamos tumbados en la hierba, la mirada perdida en las profundidades del cielo, interrumpida por un ocasional parpadeo, hasta que Paula regresa con la buena noticia de que podemos acampar en una pequeña arboleda detrás del galpón del grupo electrógeno, y que podemos usar la ducha de la casa. No nos lo hacemos repetir dos veces, llevamos bicis y bultos al lugar indicado, y nos relevamos en la ducha y en la tarea de ir desempaquetando. Cuando salgo de la ducha, mi comentario acerca de la dicha de haber recuperado mi humanidad provoca sonrisas entre los presentes. Limpiamos y acondicionamos las bicis, actividad que efectuamos demasiadas pocas veces, y que a la luz de los acontecimientos del día siguiente iba a

cobrar una especial significación. Después montamos la tienda y, libres al fin de las tareas del día, nos añadimos al grupito.

Paula es argentina, pero vivió un tiempo en Cataluña, por lo que se alegra al saber que somos de Barcelona. Ella y su marido bosnio Senad llevan la Estancia en lo referente a huéspedes. Se conocieron estando ella de cooperante voluntaria en Bosnia... Mientras probamos el riquísimo pan recién hecho por Senad, junto con una confitura agrídulce de fabricación casera, nos ponen en antecedentes de la conversación en la que estaban enfrascados junto con sus amigos de El Calafate, Javier, Eduardo y Nati: el intento de cierre, por la dirección bonaerense, de una emisora de radio local, y el encierro de los trabajadores en la misma, para no dejar de emitir. La radio cumple un importantísimo papel social: tiene un servicio diario de noticias para la población dispersa a centenares de kilómetros a la redonda y que no disponen de ningún medio de comunicación. Así pueden enterarse de la inminente visita de un familiar, de un nacimiento o de un fallecimiento, y de otras cosas por el estilo. Buenos Aires aduce falta de presupuesto (¡para apenas 26 empleados de esta pequeña emisora de El Calafate, a los que ya deben meses de sueldo!), aunque la verdadera razón parece ser algún locutor un poco incómodo por su costumbre de decir las cosas como son y no como conviene a la voz oficial. La cuestión es que hasta los gendarmes, encargados de impedir el acceso de los trabajadores a los locales, prefirieron llegar demasiado tarde, cuando éstos ya estaban encerrados, y es que todo el mundo en El Calafate es consciente de la importancia de la emisora, frente a la ceguera y corruptela de Buenos Aires. La corrupción a todos los niveles, éste es el problema principal de Argentina, nos señalan, así como la actitud de los jóvenes, dándolo por inevitable, sin el menor espíritu de rebelión e ilusión por cambiar las cosas. Hay mucho desánimo y sensación de inminente desastre, lo que confirmarían los hechos poco tiempo después.

A conversación va por otros derroteros: comento la sensación que tenemos en España de lo menguado del léxico del español medio frente a la riqueza idiomática de los sudamericanos. Ellos tienen exactamente la misma sensación por lo que se refiere a los jóvenes argentinos, respecto a los jóvenes de los demás países del cono sur. Supongo que el empobrecimiento del idioma corre parejo con la desaparición de la cultura oral en pro de la cultura de la imagen y la “cultura” de la televisión (no debería ser así, pero no creo que haya país que se libere de que su televisión sea una herramienta de deconstrucción lingüística).

Llega una furgoneta con un grupo de turistas. Nuestros anfitriones nos indican que podemos unirnos a los visitantes para asistir a una esquila al estilo tradicional. Por supuesto no nos queremos perder el espectáculo, que tiene lugar en un establo compartimentado donde se guardan las ovejas. Un joven gaucho, Sebas, que está en la Estancia desde hace pocos días, procede a darle a la tijera, mientras mantiene inmovilizada a la oveja, y Alex, otro empleado de la Estancia, explica el procedimiento, con gran arte y mucha labia. Algunas turistas, sobre todo argentinas, se compadecen del animal que está siendo despojado de su abrigo de invierno, y los maullidos de enternecimiento llegan a su punto culminante cuando Alex aparece con un corderito de

treinta días en brazos. Todos los asistentes prefieren no ser conscientes del hecho de que dentro de un rato se zamparán a varios coleguillas del joven animal.

Mientras los turistas se van encaminando hacia el quincho o asador, charlamos un poco con Sebas, miramos los aparejos y modernas tijeras automáticas de esquilar, y luego damos una pequeña vuelta por la Estancia en compañía de Javier. Finalmente, mientras los turistas ya se han acomodado en el comedor del quincho, separado del asador propiamente dicho por una vidriera, nos acomodamos sobre sendos troncos junto al inmenso brasero. Ensartados en sendos espetones clavados en vertical, se están dorando los apetitosos cadáveres de dos corderos, bajo la atenta y experimentada vista de “tío”, que así llaman todos familiarmente al artista del asado. Nos tomamos un pisco sauer mientras oscurece tras los cristales a nuestras espaldas, y poco después nos dan pan con un trozo de carne recién asada: ¡de pronto somos sabedores del verdadero significado de la palabra “carne”! ¡De lo sensacional que llega a ser el sabor y ternura de un asado! César y yo nos miramos masticando en silencio, sólo el brillo de nuestra mirada da fe del éxtasis reverente que nos invade (más algunas copas de vino Santa Ana con que acompañamos los bocados), preguntándonos interiormente si acaso va por aquí aquello del “cordero de Dios”, porque desde luego de la divinidad de esta carne no nos cabe la menor duda... Algo más que achispados, y algo más que felices, conseguimos encontrar el camino hasta la tienda, a pesar de la oscuridad y del ligero chispeo con que el cielo de la Patagonia bendice nuestra iniciación en sus secretos más gastronómicos.

3 de diciembre. La catástrofe.

Ha estado lloviendo toda la noche. Cuando empieza a clarear, caen las últimas gotas y el viento hace rugir los álamos y frutales bajo los que estamos instalados. Alguna fruta inmadura se desprende y rebota sobre la carpa. Nos levantamos sobre las 6:00, con la impaciencia de los niños en día de Reyes. El tiempo es un tanto desapacible, frío, pero para nuestros ánimos no es más que vivificante. Recogemos todo el equipaje, desayunamos pan con leche condensada y guardamos la tienda en cuanto está razonablemente seca.

Hemos decidido alquilar tres caballos para nosotros y nuestro equipaje. Nos han dicho que no hay camino hacia el paso Zamora, y la perspectiva de estar un montón de horas empujando las bicicletas ladera arriba y campo a través, resoplando tras el guía, no nos motiva en exceso. Además la cabalgata se nos antoja sumamente aventurera, muy propia del lugar y de intrépidos exploradores.

Hacia las 9:00 Sebas empieza a ensillar los caballos, mientras Senad se dirige a la Estancia vecina para hablar por radioteléfono (a la única hora que al parecer esto es posible) con el dueño de Nibepo Aike, Adolfo, que vive en Río Gallegos, a cuatrocientos kilómetros de allí. Al cabo de un rato está de vuelta, el cambio planes es posible pero con un aumento de tarifa, pasamos de los 40 \$ iniciales por el guía montado a 80 \$ por guía

más cuatro caballos (95 \$ contando el vino de ayer y el derecho de acampada). Aceptamos, pagamos, y prosigue el proceso de carga de las monturas. Hugo, el capataz, ha entrado en escena. Su actitud contrasta vivamente con la del resto del personal de la Estancia: ayer no nos consideró ni siquiera dignos de un saludo, hoy todo son pegas y murmuraciones. Aunque debía ser él quien nos guiara, encomienda la tarea al gaucho Tomás, que apenas conoce el camino, con la recomendación, expresada ante nosotros, de dejarnos tirados al menor problema y regresar con los caballos. Escoge el caballo de carga y procede, con ayuda del guía y de Sebas, a ir fijando los bultos y las bicicletas, que debemos desmontar parcialmente. El animal se muestra un poco nervioso, César y yo nos miramos, pero no nos atrevemos a poner en entredicho la elección del caballo, al fin y al cabo ellos son los profesionales.

Finalmente la carga está fijada, todos montamos, el guía lleva al caballo de carga de las riendas, y nos aprestamos a ponernos en marcha y salir de la Estancia. Ya alzamos la mano para despedirnos de Senad y de Sebas, cuando el caballo pilchero, el caballo de carga, se revuelve de nuevo con un relincho que casi parece un alarido y nos hiela la sangre. El caballo se agita, caracolea, empieza a cocear y a brincar como aquejado del baile de San Vito, los gauchos silban y dan voces para tranquilizarlo, pero el animal se ha vuelto como loco, salta y se arquea, y a cada salto la carga se va desplazando, rebota sobre el lomo con ruido de estropicio, el equino ya ha conseguido meter una pata entre las ruedas, los radios saltan por el aire, cada vez más furioso el animal patalea y provoca la caída del equipaje por la grupa, pisa y aplasta, los crujidos del destrozamiento son terroríficos...

La imagen final es la de la bestia agotada y resoplando, con los ojos desorbitados, temblando, sentada sobre un amasijo de hierros que momentos antes eran nuestras bicicletas, y los restos del equipaje esparcidos varios metros a la redonda.

Nos hemos quedado todos mudos de espanto. César, cuyo caballo aguanta Sebas, desciende y se acerca como un zombi a las ruinas de nuestro viaje. A mi me gustaría hacer otro tanto, pero nadie aguanta mi caballo, y temo que le dé por emular a su desquiciado compañero. Es la segunda vez en los últimos treinta años que me subo a un bicho de esos, y no me gustaría que fuera lo último que hiciera en esta vida. Finalmente me decido y también bajo –mi caballo se mantiene sensatamente tranquilo– y me acerco al lugar del crimen. Entretanto César y los gauchos han liberado al animal de su carga –de lo que queda de ella– y lo primero que pregunta César es si el caballo ha sufrido daño, que no parece ser el caso (aparte del psicológico...). A César no le aguantan las piernas, queda en cuclillas, la mirada perdida. Todo el mundo guarda un respetuoso silencio, las expresiones son de pesadumbre y estupefacción, excepto la del capataz, que al parecer encuentra la situación muy cómica.

Entonces César hace de tripas corazón, se yergue, su mirada, cargada de decepción y determinación a partes iguales, se posa sobre Senad y Hugo. “Nuestro viaje acaba de ser destrozado,” dice con calma, “y ya no puede hacerse nada. La única cuestión es, ¿quién va a hacerse cargo de esto? ¿Quién nos va a pagar las bicicletas?”. Senad asiente, consternado, consciente de que la Estancia, en tanto que se ha hecho cargo de la

expedición, es la última responsable. Sin embargo, el capataz se desentiende, no piensa ni por un momento en asumir su responsabilidad, sin más pone tierra de por medio. “Yo ya dije que no se podían cargar las bicicletas” masculla mientras se aleja. En efecto, fue una de las múltiples protestas que iba murmurando mientras cargaba el caballo de mala gana, cuando ya las estaba asegurando con una cuerda. ¿Cómo es que prosiguió entonces con la carga, cómo autorizó la salida? El problema, por todos los indicios, estribaba más bien en la elección del caballo, que efectuó él mismo (Sebas había empezado a preparar otro caballo para la carga). El caballo ya contaba con antecedentes: cuando apareció Paula, espantada y compasiva, no se explicaba cómo Hugo había escogido este caballo. “¿Es que tú me habrías dejado montar a ‘Mono’?” pregunta a Senad. “¡No! ¡‘Mono’ está loquito...!”

Senad se va para intentar volver a contactar con Adolfo, el dueño de la Estancia, y contarle lo ocurrido. Mientras, César y yo intentamos recuperar todo lo posible del equipaje, y examinamos el alcance de los daños. Las bicicletas son irrecuperables: ambos cuadros presentan abolladuras que constituyen otros tantos puntos por los que una bicicleta sometida a las sollicitaciones del terreno y la carga puede romperse. Horquillas autotrenzadas, portaequipajes convertidos en esculturas posmodernas, manillares que no conducen a nada, platos doblados en ángulo recto, cadenas rotas, y ruedas con formas fuertemente alejadas de la circularidad... la fuerza de las coces y la capacidad de destrozo de la bestia son sencillamente espectaculares. Mi mochila y alforjas también han sufrido descosidos y roturas de cinchas.

Senad vuelve con malas noticias: Adolfo no quiere admitir ninguna responsabilidad. No tenemos más remedio que regresar a El Calafate, e intentar telefonar con él desde allí. Debemos esperar hasta media tarde, momento en que Alex nos podrá llevar. Vamos al quincho, que *las penas con pan son menas*, como dice la canción mexicana. Tío ya está al tanto del percance, nos prepara sendos bocadillos. Intenta distraernos contándonos acerca de su provincia, Corrientes, sobre el calor que hace allí, nos describe las tormentas, con una mímica muy convincente del rayo y de cómo mata ganado y personas. Carne que no se puede aprovechar, no se puede comer (tampoco la del ganado). Lleva asando carne desde los 13 años, ahora tiene 47, sus manos hinchadas y ennegrecidas parecen haber pasado por la parrilla.

César está muy taciturno, pensando en todo lo que se nos viene encima, las discusiones que tendremos con Adolfo. Me sabe mal parecer que intento sacarle hierro al asunto, que intento contemporizar, pero también me sabe mal dejar al pobre Tío con la palabra en la boca.

Senad nos devuelve la suma íntegra de lo que habían cobrado. Paula y él se comportan magníficamente, han estado reunidos con Hugo, intentando hacerle ver que la Estancia ha de asumir la responsabilidad de los accidentes que en ella ocurren por sus caballos. Incluso han llegado a plantearse adelantarnos una suma de sus ahorros, pero conscientes de que Adolfo no se la restituiría, que ya se las ha jugado otras veces, prefieren que sea el dueño el que responda. Tampoco nosotros habríamos aceptado este dinero.

Hace un día magnífico, un poco fresco y ventoso, pero al sol se está muy bien. El paisaje es un híbrido entre Alpes suizos y Highlands escoceses, incluso hay prados con flores donde pacen vacas blanquinegras.

A las 15:30h ayudamos a Alex a cargar la ranchera con la basura, y cargamos también nuestros bultos. Nos despedimos de Paula y Senad, la ranchera se lanza en carrera temeraria por el ripio aserruchado, volando sobre baches y mordiendo la grava en los derrapes. El radiocasette atrona agresivamente: “Te comería la boca/ sin dejarte respirar”, mientras César se golpea ocasionalmente la cabeza con la ventanilla, sumido en el sopor que invariablemente le producen los viajes en vehículos de motor. También hay que decir que gracias a esta capacidad de dormir durante los períodos de inactividad forzosa, César se encuentra descansado y con fuerzas cuando hay que pasar a la acción. Ahora está acumulando energía para vapulear verbalmente a Adolfo llegado el momento. Sólo despierta en una ocasión, cuando pasamos por un puente de tablones, que amenazan con saltar por los aires a nuestro paso.

Una vez en El Calafate, vamos directamente al camping, dejamos el equipaje maltrecho, y luego nos dirigimos al locutorio, donde encontramos a Senad, que nos ha adelantado con la furgoneta de los turistas. Acaba de hablar con Adolfo, que se mantiene en sus trece. César consigue que Senad le pase el teléfono, empieza entonces una larga discusión a través de la línea, durante más de media hora. Adolfo va intentando escudarse tras las más extravagantes excusas: que si lo de llevar carga no era lo inicialmente pactado, que él no había entendido bien lo que por la mañana se le había dicho por la radio, que el capataz no tenía estudios... Con paciencia, firmeza, y un hábil manejo de la retórica, César va desmontando su argumentación, mirándome de vez en cuando, que estoy de pie junto a él, como un mudo apuntador gesticulante (hasta le llego a susurrar algún argumento a nuestro favor, aunque César se basta y se sobra en estas lides verbales). Poco a poco Adolfo se tiene que rendir a la evidencia: él fijó un nuevo precio, así que sabía perfectamente el servicio que se nos iba a proporcionar, y el capataz, su representante en la Estancia y conecedor de los caballos, aceptó que se cargara un caballo que él mismo escogió (a pesar de que, según otras personas en la Estancia, este animal fuera particularmente nervioso), que el accidente ocurrió en el recinto de la Estancia y que por tanto él tenía una responsabilidad que asumir. Entonces quiere saber lo que cuestan nuestras bicicletas. Le reclamamos 1000 \$, sólo por las bicicletas, renunciando de entrada a otros gastos que nos ocasionará el accidente (de transporte y alojamiento), y a daños y perjuicios. Le parece una suma desorbitada, nos propone ir a Río Gallegos donde él mismo nos compraría bicicletas, o comprarlas en Chile que son más baratas, pero empezamos a estar un poco hartos de sus extravagancias y le cortamos en seco. Entonces acepta consultar con su compañía de seguros, y nos dice que vayamos a la policía para hacer una exposición de los hechos y enviársela por fax.

Procedemos de tal guisa (la policía se porta muy correctamente con nosotros, de nuevo me sorprende la ubicuidad del mate, esta vez en boca de una agente en la entrada de la comisaría), y a las 18:30 h estamos de vuelta. Adolfo habla con Senad, y éste se dirige a la agencia de viajes Leutz, que organiza excursiones a Nibepo Aike, para que le den 400

\$ de adelanto sobre la indemnización. Mientras llamamos a nuestras respectivas casas para darles la buena nueva de que un caballo se ha sentado sobre nuestras bicicletas, que es recibida con una mezcla de franca compasión y mal disimulado jolgorio. Senad está de vuelta, con prisas porque Alex tiene que volver a la Estancia, le firmamos un recibo y le damos por escrito los datos de características de nuestras bicicletas, para el informe del seguro. Nos despedimos con un abrazo, no queremos que el percance ni el maniobrero de su jefe empañen la buena impresión que nos hemos causado unos a otros.

Demasiado tarde para realizar la gestión pendiente en gendarmería, de volver a sellarnos la entrada puesto que oficialmente estamos fuera del país, nos dirigimos al hospital, que hace días que se nos duermen los dedos. Sobre todo César está aquejado de esta molestia, desde los duros días a orillas del lago Viedma, que llega a dejarle una mano sin sensibilidad y con poca fuerza. En mi caso se limita a un cosquilleo intermitente. Pero, ¿y las secuelas psicológicas? Puede decirse que aquello fue nuestro *Viedman*: yo todavía me despierto a veces bañado en sudor, y juraría que estaba soñando que pedaleaba en un yermo contra un huracán, y que por más que pedaleara el paisaje retrocedía en lugar de avanzar...

Una enfermera chilena con acento argentino nos toma la presión y el médico, tras examinarnos y hablar con nosotros, nos recomienda reposo y nos receta vitaminas con sales de magnesio. Estamos gratamente sorprendidos: nos han atendido muy rápidamente, y nadie nos ha hecho pagar nada. Si esto es la Seguridad Social argentina, funciona inesperadamente bien, cuanto menos en El Calafate. Aunque también es posible que tras tanta desgracia los hados nos hayan sido propicios, obsequiándonos con una afortunada casualidad.

De nuevo en el camping municipal, nos duchamos, nos ponemos el frac que siempre llevamos con nosotros, y nos vamos a cenar a un tenedor libre, esto es, un restaurante de *buffet* libre de ensaladas y posterior servicio de carnes que va trayendo el camarero: platos de asado, chorizos, morcillas, bife,... Tras la comilona y el litro y medio de cerveza Quilmes que nos bebemos entre los dos, hasta César ha recobrado la sonrisa. Brindamos por el reencuentro con las vacaciones, por que a pesar de todo vamos a disfrutar los días que nos quedan, a sacarle el máximo partido a estar en un mundo tan sorprendente, lleno de contratiempos, infortunios, reveses, contrariedades, desgracias y desengaños, pero también con momentos gozosos.

Regresamos dando eses por la Avenida del Libertador, damos con nuestra tienda (mejor dicho, tropezamos con ella), y nos dormimos instantáneamente. Me despierto de madrugada por la jarana que hay montada cerca de los lavabos: música, gente que va y viene riendo y vociferando, algún coche que entra y sale... Más tarde, cuando las cosas se han calmado un poco, me parece ver la luz intermitente de un coche de policía. Voy un momento al baño y hay unos tipos sentados en una cama al raso. Cuando vuelvo a ir a primera hora de la mañana, están durmiendo tranquilamente en ella.

Día y noche se oye una máquina en la calle principal de la ciudad. Me pregunto qué será.

4 de diciembre. El Gualicho inalcanzable.

El cielo ha saludado la mañana con precipitaciones breves, de riego por aspersión. Poco después las ráfagas de lluvia son reemplazadas por ráfagas de viento.

Estoy un poco molesto conmigo mismo: en el recibo que ayer firmé a Senad rezaba como concepto “indemnización por las bicicletas”. Debería haber sido un poco vivo y hacer que añadiera “parcial” o “primera entrega”. Decidimos hacerle llegar una nota con la copia del recibo diciéndole que rectifique original y copia. Antes dejamos un montón de ropa para lavar en el servicio de lavandería del camping. Pasamos por la agencia Leutz, donde dejamos la libreta de direcciones que Senad se había dejado en el locutorio, y se nos ocurre que sería conveniente tener al menos una fotocopia de la copia del recibo. La chica de la agencia nos dice que ella tiene que irse, pero que le podemos dejar los papeles en un sobre bajo la puerta, que cuando pasara el conductor se encargaría de llevarlo. A continuación llevamos mi mochila al zapatero remendón García, que vive en la calle Buenos Aires. Cuando llegamos al barrio de pequeñas casas detrás de la estación de autobuses, su joven vecina, que barre la escalera como la popular ratoncita, nos informa que el artesano no está y que no regresará hasta la noche. Pasamos por la estación de autobuses para enterarnos de horarios. Puesto que no estamos lejos de la gendarmería, nos dirigimos a ella para regularizar nuestra situación. El Primer Alférez Reynoso se sorprende de volver a vernos, nos hacía cruzando las poco transitadas tierras del paso Zamora. Le explicamos nuestras desventuras, y, tras sellarnos los pasaportes (para que no tengamos problemas para pasar por el puesto de Río Turbio), nos recomienda que hagamos una ampliación de la exposición en la comisaría de policía, para hacer constar de que el importe satisfecho corresponde sólo a una parte de la indemnización. Le agradecemos su simpatía, ayuda y consejo, que nos aprestamos a seguir. Hacemos la ampliación, que remitimos a Adolfo por fax. Luego hacemos la nota para Senad, sacamos fotocopia de todo lo que se nos ocurre (de la nota, copia de recibo, ampliación de la exposición, resguardo del fax, hasta nos sentimos tentados de sentarnos sobre la fotocopidora para enviarle un recuerdo cariñoso a Adolfo), metemos en el sobre lo que es de menester y, de nuevo en la agencia, introducimos no sin cierto esfuerzo el abultado sobre bajo la puerta.

Tenemos el resto del día por delante sin más gestiones, así que decidimos hacer una pequeña excursión hasta la misteriosa Punta Gualicho, en la orilla del lago Argentino, reputada por sus pinturas rupestres de manos (es el clásico procedimiento de apoyarlas en la pared y pintar alrededor de ellas, como suele hacerse en todos los parvularios del mundo) y por el espíritu maligno que allí habita. Equipados con la cámara y con algo para mordisquear y beber, nos ponemos en marcha, atravesando calles de ripio y casas humildes, cruzamos un arroyuelo, seguimos por un camino bordeado por álamos rugientes, hasta que ante nosotros emerge la laguna Nimes. El viento nos zarandea con la insistencia de un perturbado, hasta los pájaros tiene que aplastarse contra el suelo, y cuando alzan el vuelo les cuesta un tremendo esfuerzo mantener el rumbo y no ser

arrastrados hacia Sudáfrica. Únicamente los flamencos se mantienen sobre sus zancos, impertérritos como un espejismo sonrosado.

Nos cruzamos con una pareja de suizos que llevan el mismo gore-tex que yo (aunque sin agujeros en la manga). Tras la pareja de suizos nos encontramos una pareja de cisnes de cuello negro, trazando sendas V en una charca rodeada de flores. Desde la orilla del lago se divisa una isla rocosa, de pequeñas dimensiones. Pasamos junto a una estación meteorológica, donde los anemómetros giran como ventiladores a máxima velocidad, pero no somos capaces de leer los indicadores. Están construyendo una casa solitaria en el lugar donde estamos, aunque no se ven operarios. Aparece un hombre de pelo canoso y aspecto leonino, posiblemente un coetáneo de los moradores originales de Punta Gualicho, al que preguntamos cómo se llega hasta allí. Nos indica que debemos caminar durante unos tres kilómetros a lo largo de la playa, que nos encontraremos un grupito de casas junto a la orilla.

La caminata pronto se nos hace terriblemente pesada, no sólo por el viento, sino por la arena que se obstina en ceder bajo nuestros pies, y la cosa no mejora cuando atravesamos terreno de grava. Cuando por fin divisamos nuestro destino, todavía a gran distancia, estamos tan cansados que no queremos dar ni un paso más en la dichosa playa. Nos alejamos de la orilla, siguiendo una cerca que llega hasta el agua y que nos corta el camino. Ganamos cierta altura y con ello también perspectiva. No hay ningún camino claro desde donde estamos hasta la Punta Gualicho. Extraemos los prismáticos, y decidimos que el lugar ya está visto: no parece tener un especial interés. Y a juzgar por los recientes acontecimientos, está claro que ya hemos trabado traumático conocimiento con el Gualicho, cuando éste poseyó a un caballo llamado Mono hace un día y medio... Nos sentamos al dudoso amparo de un arbusto para comer unas manzanas, y tras descansar seguimos el camino a lo largo de la cerca, creyendo que nos llevará hasta la carretera, pero sin darnos cuenta nos metemos en el terreno del aeropuerto de El Calafate. Doblamos a la derecha para evitar las pistas, y bordeamos el basurero municipal, lleno de gaviotas que picotean en la humeante inmundicia. Completamos nuestro periplo por la escatología urbana pasando junto al cementerio.

Estamos en los arrabales de El Calafate, aunque en definitiva, la ciudad, aparte de la zona inmediata a la principal Avenida del Libertador, parece estar constituida por arrabales toda ella. Un niño de unos cinco años, montado en una bicicleta de adulto -¿cómo hará para subirse a ella?- pasa a nuestro lado, y frena una y otra vez, exhibición de habilidades que sin duda busca nuestro reconocimiento. Un poco más allá pasa un jinete.

Llegados al camping y una vez recogida nuestra ropa limpia descansamos un rato. Pregunto por la máquina cuyo ruido se oye continuamente en toda la ciudad: es la “usina”, me informan, el grupo electrógeno que suministra electricidad a todo el pueblo. Una vez descansados vamos a la agencia Leutz: el conductor ha recogido nuestro sobre, y podemos esperar la respuesta de Senad en el propio camping, donde nos la dejarán hacia media noche. Pasamos de nuevo por la estación de autobuses (día y medio de estancia en El Calafate conduce inevitablemente a repetir la visita a los mismos lugares de interés...), donde sacamos los billetes a Puerto Natales y el *voucher* a las Torres del Paine.

En el camino de vuelta nos demoramos en la *Aldea de los Gnomos*, un conjunto de tiendas de artesanía, donde todas las edificaciones son de madera (al igual que el pavimento, que resuena como la cubierta de un barco). Nos quedamos un rato charlando con la dependiente de la tienda de figuras de elfos, hadas y duendes, una auténtica cueva de las maravillas, abigarrada, llena de ramas, troncos con rostros, y raíces, puentes y pasarelas pobladas por gnomos de todo tipo, edad y condición. Pasamos otro rato hojeando libros sobre Patagonia en una librería. Otra parada obligatoria es una tienda de comestibles donde nos aprovisionamos de alfajores para el día siguiente.

Una vez en el camping nos metemos en el comedor, César escribe en su diario mientras yo como bien que mal la mochila rasgada por el ímpetu del pilchero, y después nos hacemos un arroz a la milanesa en el hornillo, amenizado con trocitos de queso.

No tenemos que esperar mucho: aparece una chica con trenzas, que ya habíamos visto en Nibepo Aike acompañando a turistas, con la respuesta de Senad: un simulacro de recibo, con una numeración algo sospechosa, donde dice que el importe es parte de la indemnización. Nos hace firmar uno de ellos y se lleva el otro (no es autocopiativo). César y yo comentamos entre nosotros la posibilidad de que este recibo, junto con el otro, constituyan la “prueba” de que nos han abonado 800 \$ en total, pero no queremos ser malpensados. Además estamos francamente hartos de toda la cuestión. Tenemos serias dudas de que alguna vez abonen los 600 \$ que faltan en la cuenta cuyo número ha facilitado César, pero desde aquí ya no podemos hacer nada.

Nos ponemos a charlar con los chicos de la administración del camping, Fernando “el gringo” y Alejandro, a quienes contamos nuestras vicisitudes. Tras recibir sus muestras de solidaridad, nos ponemos a hablar sobre la situación en Argentina, que también ellos ven en los colores más tenebrosos. De nuevo el desánimo, la ubicuidad de la corrupción, los sueldos atrasados, la ineficacia de los políticos, que ellos ven causada por una falta de instrucción, a todos los niveles. Según Alejandro, son los frutos de la dictadura militar: toda una generación de universitarios, de personas con formación e inquietudes, fue exterminada por los militares, ametrallados y lanzados al mar.

La conversación finaliza a las 2:00 h de la madrugada, dentro de tres horas y media debemos levantarnos para subirnos al autocar que nos llevará a Chile.

5 de diciembre. Hacia las Torres del Paine.

De algún modo hemos conseguido levantarnos, recoger la tienda, redistribuir el equipaje de modo que en las mochilas llevamos todo lo necesario para el *trekking* y en las alforjas todo lo demás, arrastrarnos hasta la estación de autobuses y subirnos al autocar correcto, al que nos llevará a Puerto Natales. A César le duele bastante una muela, por fortuna (o por previsión) lleva nolutil en su botiquín, y el analgésico pronto le hace suficientemente efecto como para que pueda quedarse dormido. También yo dormito a ratos.

Vamos en el lado izquierdo del autobús, es decir, mirando hacia el este. La pampa se extiende ante nuestra vista, sin más límite que el cielo y el horizonte. Hacia el otro lado, como ya vimos durante todo el viaje de ida, se extienden las estribaciones de los Andes de norte a sur. La pampa es una llanura inmensa, oceánica, con una pelusilla de hierbas y matojos. Pero va cambiando: al cabo de un tiempo desaparecen los matorrales, y el terreno empieza a ondularse, como si se levantara una mar algo más gruesa. De cuando en cuando se divisan pequeños rebaños de ovejas, y también ñandúes, que siempre aparecen en grupos de cuatro, huyendo diligentes al paso del autocar.

Nuestros compañeros de viaje parecen ser mayoritariamente parejas de diferentes nacionalidades, así como un grupo más numeroso de checos, y dos mujeres que parecen chilenas, la más joven de ellas con un tipo agradablemente respingón, que de vez en cuando recorre el pasillo, llenándosele el vestido de ojos.

El terreno vuelve a alisarse, prácticamente sólo hay hierba, aunque de un verde más jugoso. Algo más adelante empieza a llover, el camino se embarra y la ventanilla queda completamente enfangada. Nos detenemos: hay un camión atascado, y apenas sitio para pasar. El conductor del autocar se lo piensa, enciende un cigarrillo, se cala las gafas de sol (que poco servicio le hacen), mete la primera y enseguida la segunda, ¡y adelante! Tengo la sensación de que el autocar no rueda sino navega por el camino, en todo caso el conductor también es un avezado timonel, por lo que conseguimos pasar la barrera de arrecifes sin sufrir daños en el casco.

Poco se ve del entorno, el fango recubre las ventanillas de nuestro lado y ha sumido el autocar en una penumbra que invita al sueño.

Cuando despierto lo hago con la poco agradable visión de construcciones mineras rodeándonos por un lado y otro. Río Turbio no es precisamente una ciudad hermosa. En las afueras, al pie del remonte de una estación de esquí, está la gendarmería, nos toca bajar para el control de pasaportes. Aprovecho para intentar limpiar la ventanilla con un trozo de plástico que he rescatado de una papelería: debido a la altura del autocar, el procedimiento consiste en pegar saltos y restregar rápidamente, como si saludara efusivamente a alguien alejado. Pero pronto abandono: el fango está seco, y no hay manera de limpiarlo. Proseguimos hasta el control chileno. Una pareja de españoles nos espanta con el relato de un control que tuvieron que pasar, donde los aduaneros chilenos se dedicaron a pinchar el equipaje con un punzón, como si hicieran una cata de jamón serrano. Tememos que empiecen a revisar todo el equipaje y perder la conexión con el autobús que nos ha de llevar a Torres del Paine, ya llevamos cierto retraso debido al fango. Por suerte se limitan a examinar el equipaje de mano, y no nos vemos en la tesitura de explicar de nuevo que llevamos sopas y frutos secos (por cierto, el fuet y el queso ya se han acabado)... Una pareja de estadounidenses deben engullir sus bocadillos de jamón antes de poder pasar la frontera.

Seguimos hasta Puerto Natales, donde corremos en busca del local de autobuses Gómez, con todo el equipaje a cuestas. Se hacen cargo de nuestras alforjas, que remitirán a la

Fonda Don Bosco, y aún tenemos tiempo de ir a comprar algunos víveres. Queremos sacar dinero pero los cajeros están inaccesibles en estos momentos. En la misma compañía de autobuses aceptan cambiarnos 100 \$. Subimos al autocar, de parabrisas cuarteado por el impacto de las piedras, y mientras nos alejamos de la ciudad nos preparamos unos bocadillos de paté de vaca. Poco después nos vence de nuevo el sueño.

En algún momento abro los ojos, y la imagen que me golpea la retina me despeja instantáneamente. Estamos atravesando un territorio terriblemente antiguo, en apariencia, limado durante decenas de milenios, valles anchos como mares por los que antaño bajaron glaciares de una estirpe titánica desaparecida hace mucho tiempo. En medio de este paisaje llano, suave, a lo sumo redondo, se alza con la violencia feroz del rayo una cadena montañosa compacta, joven, afilada, y cruel, un manajo hirsuto de cuchillos, sables y lanzas, una mandíbula de monstruo llena de colmillos torcidos, caninos como navajas, incisivos de cobra o de rata apocalíptica, hincándole el diente a un cielo hinchado, que apenas puede mantenerse a una distancia prudencial de la voraz cordillera. Es el macizo del Paine, nuestro próximo destino.

Manadas de guanacos pacen a la vera del camino. Apenas se inmutan por el paso del autocar, tan sólo alzan la cabeza, rumiando hierbas pamperas con sonrisa andina.

A la entrada del parque se detiene el autocar y sube una voluntaria alemana del servicio de guardaparques, con su preceptivo mono verde y el pelo rubio recogido en una cola de caballo. Tras pedir la lista de pasajeros al conductor, nos anuncia que hoy no se cobra la entrada al parque, pues los guardaparques están de huelga.

Aquí dejamos el autocar y subimos a la furgoneta que cubre los últimos kilómetros hasta la hostería. Nos parece un poco caro (3500 \$ chilenos por persona, ida y vuelta más derechos de camping o albergue en alguno de los de su circuito) pero al final aceptamos, pues la alternativa de ir caminando no nos conviene por la hora que es: debemos llegar al campamento al pie de las Torres antes de que anochezca. La furgoneta se pone en marcha, y a menos de un kilómetro debe superar una prueba difícil: atravesar un puente colgante, el puente Kusanovic, de fabricación británica, entre cuyos pilares y el vehículo apenas hay un centímetro de margen. Con la lentitud del que desactiva una bomba, la furgoneta consigue pasar y se lanza a la carrera por un camino que sube y baja y vuelve a subir, y que finalmente va a dar a la hostería, que es una especie de albergue de cinco estrellas. Aquí todos se bajan, César y yo un poco acomplejados por las descomunales mochilas que llevan todos, aunque las nuestras van bien cargadas. Somos los únicos en enfilear el sendero hacia el Campamento Chileno y el Campamento Torres. Tras cruzar el puente colgante sobre el río Ascensio, cuyo valle vamos a seguir, el camino empieza a ascender y ascender. Las cotas de nivel se apretujan y nuestras piernas lo notan, para colmo el viento sopla con fuerza, y no precisamente empujando desde atrás, para variar. Durante los primeros 45 minutos no hacemos más que subir la empinadísima cuesta, y acabamos bastante agotados. Nos paramos a beber un poco, y luego proseguimos la marcha, ahora ya más horizontal y fácil, atravesando morrenas (*acarreos* según la terminología local), hasta el comienzo del bosque y prácticamente tocando el río, donde está el Campamento Chileno. Nos anima el hecho de haber tardado 1h 10' en llegar hasta

aquí, cuando las indicaciones señalaban 2h. El sendero sigue a lo largo del río, atravesando el bosque cuyos árboles llegan a mojar los pies en el agua, y resulta ser un auténtico rompepiernas, con sus continuos altibajos, y troncos y raíces que hay que sortear. La orilla opuesta es espectacular, con sus laderas de estratos plegados, auténticos acordeones de la orogénesis, y las finas cascadas que caen desde palas de nieve colgadas prácticamente de las nubes.

Tras una hora más de marcha llegamos finalmente al Campamento Torres. Antes de entrar en el bosque que alberga el campamento, se atraviesa un acarreo que lleva hasta el mirador. Las nubes se apartan un poco y algo dejan ver de las puntas de las Torres. Lo poco que se ve nos llena de ansia para el día siguiente. Estamos convencidos que una vez más nos acompañará la suerte por lo que a meteorología se refiere. Montamos la tienda en una parcela al lado de la caseta de guardaparques, de tejado fuertemente inclinado, preparamos la cena, y nos vamos pronto a dormir, cuando empieza a chispear.

6 de diciembre. Jornada de reflexión.

Son las 16:00 h de este día de la Constitución. Todavía estamos en la tienda. No, no es que nos hagamos los remolones... A primera hora de la mañana me despierta un sonido, como si alguien vertiera arena sobre la tienda. ¡Ayayay! pienso, este sonido es un viejo conocido: es el sonido de la nieve cayendo sobre la tienda. Toda la noche y durante la mañana siguiente ha estado cayendo aguanieve, de vez en cuando un pequeño alud se desprende de las ramas y cae con ruido de almohadón sobre la carpa. El cielo está blanco, y no se ve nada de las montañas.

Decidimos quedarnos todo el día en la tienda: no tiene sentido regresar para luego volver aquí, si queremos ver las Torres. Posiblemente mejore el tiempo, y así sólo habremos perdido un día (de todos modos vamos adelantados sobre el plan previsto).

César tiene un flemón, el carrillo hinchado, y le duele la muela. Escribimos en nuestros diarios, aunque es sumamente incómodo hacerlo en posición yacente, pero poco más podemos hacer, aparte de dormir (nos hemos convertido en auténticas marmotas de los Andes). Tenemos las espaldas doloridas de tanto estar echados. Por otro lado, debemos ser cuidadosos y no tocar las paredes, pues algo de agua empieza a filtrarse.

Para consolarnos vamos dando algún tiento a nuestros víveres. Es curioso, pero aquí, en lo más profundo de la Patagonia, me pongo a pensar en Berlín, en la ciudad que con un tiempo así despliega sus calles relucientes en las que se refleja el brillo de farolas prematuras, y uno pensaría en meterse en una librería, en un cine, o en un café. O bien en estar sencillamente en el acogedor y diminuto piso donde viví dos años atrás, bebiendo

cacao caliente. Ese piso que ya no existe tal y como lo conocí... ¡Estoy poniéndome melancólico, cuando el pobre César, más que con dolores del alma, tiene que lidiar con dolores de muelas!

El nolotil va haciendo su efecto, y hacia las 18:00 parece que además aclara el cielo. Media hora después estamos en camino, subiendo por una catarata inmóvil de piedras hacia el mirador. Nos encontramos con algunas personas que bajan, también arriba habrá algún excursionista. En el último tramo, después de un bosquecillo, hay nieve que sepulta piedras y rocas. Unas peñas grandes y espaciadas nos indican que ya estamos próximos. Tras media hora de ascensión llegamos al mirador, y el escenario nos sorprende, con las nubes que rompen calladas sobre las cumbres, caracoleando y evolucionando como a cámara rápida. Juegan a la danza de los velos con las cimas de las Torres, desvelando ora aquel pico, ora aquella pared. Nos han dejado solos, somos los últimos en marchar. De vez en cuando el viento arranca una nube de nieve que se abate furiosa sobre nosotros, como si la montaña quisiera echarnos. Comprendemos la indirecta y empezamos a bajar.

De vuelta en el campamento, preparo la cena. César tiene 8 décimas de fiebre. Si mañana no está mejor cargaré yo con su mochila, pienso. Los acontecimientos, empero, dictarán un guión muy diferente. Es bastante tarde cuando finalmente nos vamos a dormir.

7 de diciembre. Towers of Pain!

Empieza a clarear, y la luz anuncia que hará un día hermoso. Son las 5:00 h. Despierto a César, cogemos las cámaras, galletas y agua, las metemos en mi mochila, e iniciamos la ascensión.

Llevamos dos tercios de la subida cuando el sol empieza a tocar la punta de las Torres. Estoy sin resuello, así que le digo a César que coja la delantera, que ya nos veremos arriba, y así no se perderá la primera luz sobre los picos.

Al final tampoco son muchos minutos de diferencia, pero cuando llego César ya está disparando fotos como un poseo y extasiándose como un místico. No es para menos, el pequeño circo de montañas que rodea la laguna oscura al pie del mirador es algo más que espectacular. El paisaje ha cambiado radicalmente desde ayer: el torbellino de nubes deshechas y ventiscas ha sido reemplazado por una serenidad olímpica, las paredes se alzan como un templo en el cielo inmaculado, es tan grande el silencio que casi se oye la luz derramándose por las cumbres.

Acalorado por la subida, me he quitado el gore-tex y el forro polar, pero pronto me los debo poner de nuevo, estoy cogiendo frío. De hecho, empiezo a encontrarme muy mal. Aspiro profundamente, este aire necesariamente debe tener propiedades curativas, y por un segundo creo que en efecto ya estoy mejor. César tiene la mejilla inflada, la marmota andina se ha convertido en (medio) hámster, aunque ahora no le duele, y así aparecemos en la foto conmemorativa que nos hacemos con el disparador automático: César

intentando sonreír a pesar de la hinchazón, y yo con una cara amarillenta no sólo por la luz del alba.

Voy a peor, así que empezamos a bajar. Debo pararme de vez en cuando, me duele la zona del riñón izquierdo, aunque la localización es un poco difusa, durante un momento llego a creer que es apendicitis. Llegados al campamento me precipito al lavabo, a ver si se me pasa. En cuanto me incorporo, un pinchazo brutal me dobla por la mitad. Cuando consigo salir, es para trastabillar hasta donde había estado la tienda, que César ya ha recogido, caigo retorciéndome sobre el plástico de la base, es un dolor horroroso y no sé cómo doblarme, en que postura ponerme para paliarlo siquiera mínimamente.

César consigue hacerme tragar un nolotil, luego aporrea la puerta del guardaparques pero es inútil, no hay nadie.

No tenemos más remedio que regresar andando. César recoge todo, se cerciora de que puedo caminar, echamos a andar, yo con mi mochila sensiblemente aligerada, que aún así poco después me quita César para cargársela por delante. Me encuentro fatal, con ganas de vomitar, y en algún momento me alivio en este sentido, como una gárgola de Notre Dame en día de tormenta. César se alarma por la tonalidad rosácea del vómito, pero yo me encuentro bastante mejor después, la náusea ha desaparecido, el malestar se ha reducido a un pinchazo agudo pero relativamente soportable. Está claro que tengo un ataque de piedra en el riñón, un cólico renal. Meses atrás había tenido arenilla, pequeñas molestias, pero nada comparable a semejante atrocidad...

Con todo, el día sigue apacible, el bosque lleno de luz que se filtra entre las pequeñas hojas de las lengas o ñires, algún arroyo que baja por la ladera y que debemos cruzar sobre troncos caídos.

Llegados al Campamento Chileno me encuentro suficientemente bien como para seguir por mi pie. Lástima que cinco minutos después vuelvo a estar retorciéndome en el estrecho camino que atraviesa el *acarreo*, el ataque de piedra ha vuelto, irónicamente en un lugar donde no hay otra cosa que piedras. Los primeros excursionistas que pasan se espantan al verme así, piensan que tengo algo roto, cuando César les aclara la situación me ofrecen algún analgésico y me recomiendan beber mucha agua. Les agradecemos el interés, pero César ya me ha dado otro nolotil. El dolor es sencillamente desesperante, tan tenaz e implacable que me parece ante todo muy injusto. César está en cuclillas junto a mí, me palmea el hombro, me acaricia la espalda como a un niño o a un cachorro, nada más puede hacer, pero este gesto me conforta infinitamente: sé que no estoy solo, que puedo contar con él. Esta sensación me da nuevas fuerzas, y además el segundo nolotil empieza a hacer efecto, así que me incorporo de nuevo, César vuelve a cargar las dos mochilas como un jabato, y nos ponemos en marcha.

Tras una pequeña ascensión viene la empinada bajada que lleva prácticamente hasta la hostería. Los caminantes que se dirigen a las Torres empiezan a ser numerosos. Atrás dejamos el cruce con el camino que bordea el macizo por el sur, el sendero de los Cuernos, que habíamos planeado seguir inicialmente pero que habíamos descartado ya el

día anterior por el estado en que se encontraba César. Finalmente llegamos a la hostería, vamos directamente a la recepción para preguntar por el servicio médico, y nos encontramos con la sorpresa que no hay siquiera una enfermería, ni un triste botiquín.

Puesto que me encuentro muchísimo mejor (después nos enteramos que haber bebido agua y haber estado caminando han favorecido que se movieran las piedras) decidimos sentarnos en el exterior de la hostería y esperar hasta las 15:00 h, que es cuando pasa la furgoneta que lleva a la parada de los autocares, a la entrada del parque. Las siguientes cuatro horas son de relajación total, tumbados al sol en un banco, comiendo (y yo sobre todo bebiendo), y descansando. César aprovecha para desplegar la tienda y dejar que se seque al sol. El riñón sigue haciendo notar su presencia, pero no me da más sustos. Me tomo un voltarén para las posibles inflamaciones.

La hostería nos parece de gran lujo, comparada con los albergues o campamentos que solemos utilizar. Ante nosotros hay una gran extensión de hierba corta, de vez en cuando retumba el valle, pasan gauchos gritando y silbando, guiando una reata de caballos al galope. También hay bastantes aves, debido a las lagunas cercanas. Una abeja negra, con las patas rojas, visita una florecilla junto a nuestro banco.

Cuando subimos al minibús nos reencontramos a los escaladores catalanes con los que habíamos coincidido en El Chaltén. Tampoco han tenido demasiada suerte en el Paine, aunque algo han podido hacer. Una vez en la Guardería Laguna Amarga, ellos siguen hacia Puerto Natales, pero nosotros hemos decidido ir hasta Pudeto, un refugio junto al cual está el embarcadero del ferry que realiza un trayecto sobre el lago Pehoe, para vislumbrar por lo menos los Cuernos del Paine. Debemos esperar una hora hasta el autocar que nos llevará a este lago. Me acerco hasta el puente Kusanovic para hacer algunas fotos, el río Paine está lleno de aves acuáticas, cada una con su pareja (aunque no sean ovinos). Se lo cuento a César cuando vuelvo, y mientras él se aleja, cámara terciada y sin seguro, me tumbo en la hierba, cerca de un grupo de vascos que viajan en camión.

Aparece un guanaco solitario, muy cerca, me incorporo y me pregunto si César lo habrá visto. Efectivamente, aparece detrás del animal, esgrimiendo la cámara, como un cazador aborigen patagón, pasando sobre los matorrales a lo Nijinski. Ambos desaparecen tras una loma.

Llega finalmente el bus, con el mismo conductor que nos había traído a la ida, y que me da la sensación de haber visto anteriormente en algún sitio. Le llama la atención la mejilla hinchada de César, y éste hace un gesto resignado de asentimiento.

El camino hacia Pudeto es una maravilla, alegre, lleno de subidas y bajadas y curvas rumbosas, entre colinas peladas e innumerables lagunas, y cuantiosos rebaños de guanacos a los que apenas perturba el paso del bus. Lamentamos no poder hacerlo en bicicleta. A la derecha, el macizo del Paine va ocultando poco a poco las Torres, para, con igual sentido de lo solemne, ir desvelando los Cuernos.

En el embarcadero debemos esperar media hora hasta que llega el ferry. Ahora que me encuentro prácticamente restablecido, es César quien vuelve a ser martirizado por su muela. Pero no está dispuesto a que le amargue el disfrute del paisaje sensacional que nos rodea.

Zarpa el ferry *Hielos Patagónicos*, donde sólo hemos tenido que pagar el viaje de ida ya que no nos bajaremos en el albergue Pehoe. Subimos a cubierta, a pesar del viento, para beber con los ojos a grandes tragos el impresionante escenario que se despliega ante nosotros. De nuevo es el contraste, esta vez entre la laguna, con pequeñas elevaciones de escasa vegetación en las orillas, suaves aunque con mucho relieve, y la desmesurada masa rocosa que se alza detrás, los Cuernos con sus paredes claras y sus cimas negras, una orografía a lo Caspar David Friedrich, sólo falta una luna redonda. También hacia el oeste, aunque no tan abrumadora, hay una vista de gran belleza, eclipsada por las moles que se alzan ante nosotros, pero no por ello menos hermosa: montañas nevadas, dorándose en la luz del atardecer, que parecen islas en el hielo, un archipiélago de ensoñaciones.

Poco antes de Pehoe nos dan una taza de chocolate caliente o de café. Esperamos en cubierta mientras unos pasajeros bajan y otros suben. Nos gustaría quedarnos, subir por la mañana por el valle del Francés, pero no estamos para muchas más aventuras. El cambio de perspectiva durante el viaje de vuelta nos obliga a seguir haciendo fotos, a seguir arrebatados ante tanto paisaje. Así vemos una pequeña cascada entre las lagunas que no habíamos visto antes, baja pero caudalosa, con su nube de espuma llena de luz.

El autocar nos lleva de vuelta a Puerto Natales. El viaje se le hace muy largo a César, a causa de su insidioso flemón. Una chica se ha sentado sobre la caja de cambios y habla animadamente con el conductor. En medio de la nada hay una tienda de comestibles y *souvenirs*, donde hacemos una parada de diez minutos para estirar las piernas. Vemos a nuestros primeros y únicos patagones: dos figuras caricaturizadas de tamaño natural, al modo de las que hacen publicidad de tabaco en el Viejo Oeste americano.

En cuanto llegamos a Puerto Natales, lo primero que hacemos es buscar una farmacia donde puedan atender a César. Nos recomiendan la farmacia Puerto Natales, y la recomendación es más que acertada, pues el farmacéutico también ejerce de practicante, y resulta ser muy eficiente, completamente merecedor de su bata blanca y su estetoscopio. Le inyecta antibiótico a César, me dice a mí que siga bebiendo y tomando analgésico y antiinflamatorio, y nos dice de regresar mañana para inyectarle otra dosis a César.

A continuación nos ponemos a buscar la pensión en la que supuestamente trabaja la hija de doña María, la dueña de la Fonda Don Bosco donde habíamos pernoctado unas dos semanas atrás, y que está en un lugar más céntrico. Se supone que nuestras alforjas han sido llevadas allí. Pero en la dirección que tenemos no parece haber movimiento. En una fonda vecina nos informan que desde hace un par de días ya no trabaja allí. Así que vamos andando hasta la Fonda Don Bosco, en las afueras, y allí nos reciben madre e hija. “Pero, ¿no traen ustedes las bicicletas?” preguntan...

Por fin podemos ducharnos, y sin más dilación nos metemos por fin en nuestras camas. El sueño nos encuentra de inmediato, escondidos bajo cinco mantas de plomo.

8 de diciembre. Hacia Punta Arenas.

Nos levantamos bien entrado el día. De hecho, yo me despierto temprano, pero no tengo ninguna prisa en abandonar el lecho, la lisura de las sábanas bajo las cuales puedo estirar, abrir y cerrar las piernas, mover los pies sin restricciones. Además César está durmiendo lo que parece un sueño reparador, así que me pongo a leer el libro de Casimiro Ferrari, la gesta de la conquista de la pared oeste del Cerro Torre. Están excavando un habitáculo en la nieve donde guardar los víveres en el campamento de aproximación cuando a mi lado se oyen rugidos y maullidos de desperezamiento, César vuelve a la vida, y tiene bastante mejor aspecto. Después de ducharnos y de desayunar con dos técnicos que se hospedan en la fonda y que han venido de Punta Arenas a examinar unas calles para su asfaltado, nos dirigimos de nuevo a la farmacia, para que César reciba su segunda dosis de antibiótico. La farmacia también es perfumería, droguería y juguetería, muñecas entre desmaquilladores y tiritas, abalorios de plástico rutilante detrás del detergente, brillantina en armoniosa vecindad con la pintura para exteriores, por lo que no es de extrañar que haya bastantes clientes, y seguro que todos encontrarán lo que buscan.

Tenemos el resto de la mañana para callejear por el pueblo. Vemos repetidas referencias al Milodón (se llaman así un restaurante, un hotel, una agencia de viajes, etc.), un mamífero primitivo, algo así como un perezoso gigante. Se puede visitar desde Puerto Natales una cueva cercana, en el Seno Última Esperanza, donde se hallaron restos fósiles del animal. Son precisamente unos restos de la piel de un espécimen de este antiguo perezoso, en posesión de la familia desde un par de generaciones, los que dan pie a Bruce Chatwin para viajar primero a estas tierras y escribir después uno de los clásicos de la literatura de viajes, *En la Patagonia*. Chatwin sigue los pasos al primo de su abuela, un marino llamado Charley Milward, que es quien se hizo con el veloso pedazo de cuero, en el transcurso de su periplo por la Patagonia. Pero la propuesta de la excursión a la cueva no nos llega a seducir lo suficiente.

Buscamos el restaurante de Don Chicho, para cumplir nuestro cometido de entregarle las fotos, y efectivamente llegamos a dar con el local, pero Don Chicho no está en estos momentos, como nos hace saber su nieto desde la puerta. La guía del Lonely Planet recomienda la visita del museo local sobre Patagonia, y allí nos dirigimos, para encontrarnos que está cerrado. Esta sucesión de fracasos no nos desanima, y vamos a la gendarmería próxima para hacer una gestión pendiente: es posible que un destacamento de gendarmes chilenos todavía nos esté aguardando al otro lado del paso Zamora, y queremos avisar que no nos ha sido posible pasar por ahí. Cuesta un poco hacernos comprender, empezando porque los primeros gendarmes que nos atienden ni saben donde está el paso Zamora, pero finalmente se esclarecen nuestras pretensiones, y entonces nos

aclaran que nuestra gestión era innecesaria, que no debemos preocuparnos ya que al pasar la frontera en cualquier punto los demás puestos ya son notificados. Impresionados por esta muestra de la competencia aduanera chilena, nos despedimos de los amables gendarmes y vamos al locutorio, donde intento llamar a Antonio para contarle nuestras vicisitudes, pero la comunicación es muy entrecortada. Mientras, César escribe un e-mail a gente de su trabajo, familiares y amigos, enumerando nuestras desgracias, que es algo que siempre reconforta a los demás. Tenemos algunos problemas para enviarlo, y cuando finalmente lo conseguimos se nos ha hecho un poco tarde.

Vamos a la fonda a recoger nuestro equipaje, pagamos y nos despedimos de la entrañable doña María. Su hija nos acerca a la parada del autobús para que podamos dejar el equipaje en la consigna, antes de volver al restaurante de Don Chicho para entregarle de una vez las dichas fotos. Por fin conocemos en persona a este legendario personaje, que desde luego está a la altura de su leyenda. Está comiendo con su nieto, pero nos hace entrar en el quincho, desierto a estas horas, para prepararnos algo de comer. No tenemos ni media hora antes de que salga el autobús, pero para nuestro anfitrión es tiempo más que suficiente. Don Chicho es un hombre expansivo, comunicativo y arrollador. En un momento tiene preparado el *arado*, una sartén enorme para hacer asado. Mientras arroja la carne sobre la plancha caliente y nos pone unas cervezas, vamos mirando detenidamente el abigarrado quincho lleno de fotos de clientes de todo el mundo. También nosotros nos hacemos una foto con él. Después, y mientras termina de hacerse la carne, jugamos al juego del gancho y la argolla, de su invención: se trata de arrojar una argolla, que cuelga de una cuerda del techo, propinándole un impulso pendular, y conseguir que se quede prendida de un gancho que hay en la pared opuesta al tirador. Don Chicho nos hace una demostración, para mostrarnos que es posible hacerlo. César, siempre dispuesto a probar cosas nuevas, lo intenta un par de veces, pero como mucho consigue que la argolla golpee y rebote contra la argolla con sonido metálico. Después lo intento yo, con muy poca fe, y por algún inexplicable milagro lo consigo al tercer y último intento. Picado en su amor propio, César vuelve a probar, y también él lo consigue, afortunadamente. Don Chicho nos enseña las variantes: tirar con la otra mano, tirar de espaldas, tirar con los ojos cerrados (como los monjes zen que, con los ojos vendados, disparan flechas que dan en el blanco), ... A todo esto el cordero con papas ya está listo, acompañamos con pan y chimichurri, deglutimos a toda prisa sin hacer justicia a la excelencia de la carne. Mientras, Don Chicho llama a un taxi, al que poco después subimos mientras nos limpiamos la boca con la servilleta. Don Chicho ha puesto el sobrante de carne y algo de pan en una bandeja de plástico que nos entrega mientras se despide efusivamente. El taxi vuela rápido por las calles, avisando por radio a la compañía de autobuses que estamos en camino. Apenas llegamos al autobús que ya está a punto de partir (sospechamos que incluso nos han tenido que esperar).

Saliendo de Puerto Natales, César quiere coger la cámara para hacer una foto desde el autobús, y al abrir la bandeja del equipaje se le cae la guía del Lonely Planet sobre la nariz del pasajero que estaba dormitando debajo, provocando su lógico sobresalto y la hilaridad de los otros pasajeros, más contenida en nosotros que nos deshacemos en disculpas (el truco acrobático de reírse con la cara seria, como sacudidos por un terremoto interior).

Durante el viaje, mientras atravesamos un paisaje llano que invita el sueño, el riñón vuelve a manifestarse, aunque sin llegar al extremo del día anterior. Me tomo un analgésico, con la determinación de ir a un hospital en cuanto lleguemos a Punta Arenas.

A media tarde entramos por la larga avenida de la ciudad magallánica, reconocemos sus poéticas pintadas y sus esculturas heroicas. Cuando llegamos a la parada somos recogidos por Ani, la mujer de Christian, del albergue “The Blue House”. Es un *backpacker's hostel*, esto es, un albergue de mochileros, donde compartes habitación con perfectos desconocidos. Una mujer de Singapur, en nuestro caso. Christian, Ani, y su hiperactiva hija Marian de 4 años nos llevan a la Clínica Magallanes, que es particular, y donde soy bastante bien atendido. Me inyectan un antiinflamatorio por vía intravenosa y me hacen un análisis de sangre para confirmar que se trata de un cólico renal. El médico me recomienda caminar y beber mucha agua, y que no estará de más beber alguna que otra cerveza.

Regresamos en un taxi colectivo: automóviles negros con numeración, que van haciendo un recorrido como una línea de autobús, en los que la gente sube y baja según el trayecto que quiera hacer. Cuando ve a gente parada, el conductor indica con un gesto el número de plazas libres. Impresiona ver a estos vehículos cuando corren por la calle en grupos de cinco o seis. Hasta diez hemos llegado a contar, avanzando, negros y relucientes, por la ancha calzada a una velocidad respetable no exenta de elegancia.

En el albergue nos calentamos y cenamos las sobras de Don Chicho, y luego volvemos a salir para llamar por teléfono. Judit está en París con Xavi, y ambos no pueden reprimir las risotadas y comentarios cáusticos cuando César les hace una detallada relación de nuestras desventuras. Desde fuera de la cabina soy capaz de oír sus poco discretas manifestaciones de jolgorio.

En el camino de vuelta vemos a una jauría de perros que persiguen a cuatro motoristas, ladrando y lanzando dentelladas al aire, y que luego, menos violentos pero más libidinosos, corretean entre las piernas de un tropel de chicas, husmeando y jadeando. Nos acostamos procurando que el linóleo del suelo cruja lo menos posible, para no despertar a nuestra vecina, que duerme en la litera de al lado.

9 de diciembre. Pingüinos.

A primera hora de la mañana ha desaparecido la mujer de Singapur y su equipaje. Nos levantamos a las 7:30 h, y una hora más tarde estamos en camino hacia las pingüineras del Seno Otway. Juan, el padre de Christian, nos lleva en su colectivo, uno de los vehículos de su flota. Vamos siguiendo la carretera asfaltada del norte, en una mañana calma y plateada. El agua del estrecho de Magallanes está muy lisa, como la sábana bajera de una cama de agua. Al otro lado del estrecho, Tierra de Fuego, azul por la distancia. Poco después de un puesto de gendarmes abandonamos el asfalto por una pista de ripio a la izquierda. Paramos un momento para ver de cerca un grupito de ñandúes,

paseando sus plumeros por la estepa. Después pasamos junto a la mina Peket, una de las mayores explotaciones de carbón a cielo abierto del mundo. Por fin aparecen las pingüíneras, paramos, César y yo pagamos la entrada, y mientras Juan se queda charlando con viejos conocidos, echamos a andar por un sendero delimitado con cuerdas. Hace bastante frío y viento, pero se soporta bien gracias al sol de la mañana. Nos acercamos hasta una plataforma de observación, junto a la orilla de lo que técnicamente ya son aguas del Pacífico.

Los pingüinos son tan pequeños como patosos y divertidos. Tienen una muy curiosa forma de encaminarse muy decididos en una dirección, detenerse de repente como si les asaltaran tremendas dudas existenciales, sacudírselas de encima estremeciéndose y agitando brevemente las alas, y cambiar de parecer y de dirección.

El viento parece venir directamente de la Antártica, las nubes son enormes y de movimientos caprichosos, impredecibles, cuando sale el sol toda la planicie de hierba resplandece como si fuera de acero. Nos acercamos a una pequeña torre de madera ubicada cerca de los nidos subterráneos de los pingüinos, pero poco movimiento hay allí ahora. Sólo de vez en cuando se ve a un pequeño grupo de pingüinos en procesión, entre llamaradas de hierba. Regresamos al coche, pasando por un lugar donde emergen rocas como puntas de iceberg.

La modorra nos invade durante el viaje de vuelta, dormitamos hasta las afueras de la ciudad. Juan para en una estación de servicio para rellenar el depósito de gas. Su coche puede utilizar ambos combustibles, gasolina y gas ciudad, y las estaciones de servicio disponen de mangueras con válvulas especiales para rellenar los correspondientes depósitos. El combustible gaseoso es mucho más económico que la gasolina, en poco tiempo se amortizan las modificaciones necesarias en el vehículo, por lo que muchos usuarios (prácticamente todos los colectivos) han adoptado este sistema (pueden ponerse en marcha con gasolina y seguir con gas, o hacerlo todo con gas). Y si te cortan el gas, siempre puedes enchufar el horno o el calentador al depósito del coche...

Al pasar delante del cementerio, que da a la avenida, le comento a Juan que la entrada al mismo es sin duda una de las construcciones más notables de la ciudad. Me da la razón, y nos explica que es donativo de una antigua prostituta de gran lujo, de principios del siglo XX, una tal Sara Braun. Era una mujer impresionante, que elevaba su oficio a la categoría de arte, para acceder a sus favores –durante toda una noche, eso sí- había que aportar nada menos que un lingote de oro. Su fama llegaba allende el océano, y hasta desde la lejana Europa acudían hombres ansiosos, retorciéndose el bigote, el bolsillo del chaleco lastrado con el peso del consabido lingote. Aún así debían guardar turno, que muy alta era la demanda, y además la hermosa Sara no recibía cada día (o cada noche) sino que se tomaba sus descansos. Pero la espera bien valía la pena: Sara curaba tanto la impotencia como la eyaculación precoz, proporcionaba una última primavera a octa- y nonagenarios, e iniciaba a jovencitos temblorosos de una forma no traumática (sus futuras esposas solían agradecer las lecciones aprendidas). De vez en cuando Sara ejercía la caridad: se detenía junto a un pordiosero, un marinero, un minero o un empleado de la industria conservera, cruzaba unas palabras con él, se lo llevaba a su suntuosa casa, lo metía en la

bañera, y después se encerraba con él en sus aposentos durante uno o dos días, sin cobrarle nada, y sus adinerados clientes rabiando en la entrada. A pesar de ello, con la edad se sintió en el deber de destinar parte de su fortuna a alguna obra benéfica, por lo que sufragó los gastos de construcción de la entrada al camposanto municipal, una monumental construcción estilo decó, que uno esperaría más ver en Berlín o en Nueva York que en Punta Arenas. Lástima tan sólo que no señalara el monumento con una inscripción a la manera de su clásica predecesora, la griega Friné (la que se salvó de ser condenada a muerte por una falsa acusación de impiedad cuando su abogado, como último recurso, la despojó de su clámide ante los jueces diciendo “*¡No vamos a condenar a la belleza!*”), que hizo esculpir en la estatua de Zeus que donó a la ciudad el mensaje “A la intemperancia de los atenienses”.

Juan nos deja delante de la casa-museo de los Braun-Menéndez, donde no encontramos referencia alguna de la extraordinaria Sara. De hecho, la mansión señorial es un museo de historia de la ciudad, vinculada en parte a la historia de la familia, que cubre desde los pobladores indígenas y las primeras exploraciones del estrecho de Magallanes hasta la industrialización y modernización de la urbe, pasando por tumultuosos episodios con crueles militares insurrectos, inmigraciones desde los más remotos países europeos, enfermedades devastadoras, el gran negocio de la lana, y otras notas de sociedad. La verdad es que impresiona ver aquí, en el extremo austral, tanta lujosa ornamentación europea: arte nouveau en el techo del comedor, el salón del billar con un cuadro provocativo para solaz de los caballeros, otra sala con un cuadro de la señora de la casa firmado por Julio Romero de Torres, el cuarto de baño anexo al dormitorio con todos los adelantos higiénico-cosméticos de las primeras décadas del siglo XX... Para visitar la parte noble es necesario calzarse unas babuchas que proporcionan a la entrada, para proteger el parquet. También puede visitarse el semisótano, donde están las dependencias del servicio, más funcionales, la caldera (órgano vital de la casa, por el largo invierno patagónico), la cocina, los cuartos de jardineros y criadas (en uno de ellos hay un maniquí de escaparate vestido con cofia y delantal, en postura de desfile de modelos, si así se las gastaban las criadas uno puede imaginarse muy bien al señor Menéndez intentando propasarse en la sala del billar bajo el cuadro provocativo).

Después de callejear un poco y comprarnos algo de comer (algunos comercios abren a primera hora de la tarde del domingo) nos acercamos hasta The Blue House, donde nos asamos los bifes chochillos que nos acabamos de comprar, pero no son ninguna maravilla. La sala del albergue está bastante llena de jóvenes viajeros apalancados frente al televisor, viendo las mismas series que ven en sus países de origen.

Volvemos a salir. Punta Arenas es una ciudad curiosa, no muy grande, de hecho más bien pequeña, de calles anchas que recuerdan un poco al EEUU más humilde, coches y rancheras y otros vehículos muy tronados, de vez en cuando negras hordas de taxis colectivos que pasan como tiburones institucionalizados, casas diminutas de ecléctica arquitectura, árboles tupidos y recortados con formas vagamente cilíndricas, manojos de centenares de cables que cruzan la calzada, corren a lo largo de la acera, o se apiñan en un pobre poste que no da abasto, papeles y plásticos que los vientos patagónicos han traído quién sabe de que lejana procedencia...

En algún momento, hartos de callejear, decidimos ir al cine. Hay dos cines un Punta Arenas, a unos diez minutos uno de otro, y con el mismo programa de dos películas, pero justamente desfasado: no nos extrañaría nada que un empleado de los cines llevara a paso ligero las cintas de una sala a la otra... El cine en el que entramos está en la plaza principal, en la Casa de España, y es un antiguo teatro, con un puesto de golosinas y revistas, y sala de juegos en el *foyer*, un ambiente que retrotrae a la España de los años cincuenta. La sala es una auténtica joya, con frescos en el techo y paredes, de temas desvaídos pero presumiblemente heroicos y patagónicos, excepto encima del escenario, donde se ven a unos niños cogidos de la mano, avanzando contra un fondo azul cielo. Las lámparas asemejan paraguas blancos abiertos e invertidos. Vemos *Ni una palabra*, con Michael Douglas, en V.O.S.E., y cuando concluye hacemos ademán de levantarnos pero vemos que nadie más abandona la sala, por lo que colegimos que se trata de un programa doble y nos quedamos a ver la segunda película: *Dracula 2000*, de Wes Craven (en el subtítulo se actualiza: *Drácula 2001...*).

Al atardecer, cuando salimos del cine, subimos hasta el mirador que domina la ciudad, azul a esta hora y con sus incipientes luces vespertinas, el Estrecho, y más allá Tierra de Fuego, gris oscuro, sus hogueras rojas acalladas para siempre.

César se queda viendo la tele, yo me acuesto y me duermo enseguida, para despertarme poco después por un concierto de alegres susurros: tenemos nuevas vecinas de litera, dos jovencitas belgas, y sus otras dos compañeras acaban de entrar, al parecer se habían separado y están celebrando efusivamente el reencuentro. Vuelvo a dormirme con una sonrisa: ¡Ay!

10 de diciembre. Punta Arenas de punta a punta.

Lo primero que percibo al abrir los ojos es que nuestras hermosas vecinas Thais y Joke duermen como ángeles rubicundos, vestidas sólo con un pantaloncito: es lo que se adivina por lo que no velan las sábanas. ¡Cuánta frescura, cuánta ternura! Tengo ganas de ponerme a cantar... Deduzco que mi expresión no es demasiado babosa, porque cuando una de ellas se despierta y se topa con mi mirada, me da los buenos días con una sonrisa sin atisbo de repugnancia.

Después de desayunar nos dirigimos a la oficina de LAN Chile, con la idea de conseguir un billete para regresar antes de lo previsto. Entre unas cosas y otras nos hemos adelantado varios días, y tampoco tenemos forma de rellenarlos. Hemos estudiado la posibilidad de hacer una excursión a Ushuaia, pero sólo hay un vuelo, el martes, con poco tiempo de estancia, y si además perdemos el de vuelta o por motivos meteorológicos se retrasa, lo cual no es improbable en estas latitudes, perderíamos el vuelo de regreso a Europa, lo cual no nos seduce. Así que vamos a intentar cambiar el billete.

En la agencia hay un gran gentío. Puesto que ahora empieza la estación calurosa austral, hay mucha gente que se va de vacaciones. Nos encontramos a viejos conocidos: los dos escaladores catalanes, que también se vuelven a casa. Cuando nos toca el turno nos informan que con la tarifa que hemos cogido no es posible hacer ningún cambio. Alegamos razones de fuerza mayor: el cólico renal puede volver a atacar en cualquier momento, y nos gustaría que nos pillara en terreno conocido. Quieren pruebas de lo que decimos. Vamos al albergue y regresamos con el informe del hospital, que es fotocopiado, y remitido a Santiago. Nos prometen que nos dirán alguna cosa, pero que desde luego hoy no saldremos.

No tenemos más remedio que volver a callejear para matar el tiempo. Nos bifurcamos, cada uno por su lado. Entro en alguna librería para mirar libros de temática patagónica y fueguina. Me acerco al mar, husmeo en tiendas de *souvenirs*, me detengo a admirar la patiocorta estatua de O'Higgins, que mira desafiante hacia el estrecho. De vuelta hacia el albergue azul paso por un supermercado, compro cerveza (¡por prescripción médica!), pan, y un embutido que responde al nombre de “arrollado huaco omañaca”, a pesar de lo cual no parece excesivamente peligroso.

Comemos en el albergue, y después nos acercamos de nuevo a la agencia. Allí nos salen con la curiosa nueva de que los billetes sólo los puede cambiar la agencia de viajes que nos proporcionó los billetes. Pero a esta hora, la agencia Orixà ya está cerrada. Queremos llamar a la librería Altaír por si Sandra, nuestra agente, todavía anda por ahí, pero obviamente no tenemos el teléfono. Lo conseguimos en un locutorio a través de internet, llamamos pero ella ya se ido. César le escribe entonces un mensaje, con la esperanza de que lo lea por la mañana y esgrima su varita mágica.

Volvemos a separarnos, yo me voy a otra librería, donde me compro un libro sobre los *onas*, y César se va a telefonar a Judit. Después nos reencontramos y nos vamos juntos, como viejos amigos, a una *schopería*, de nombre “Ana Arikí”, a tomar una cerveza y una salchicha. No me extrañaría que la denominación de este tipo de locales fuera alemana, un “Schopen” es una medida de volumen (de cerveza, sin ir más lejos) en el idioma de Goethe y Otto. Una muestra más del origen heterogéneo de los pobladores de esta ciudad (también abundan los nombres de origen eslavo).

La orilla del Estrecho, una playa triste de cantos rodados, no es alcanzable en todos los puntos, el acceso se ve a menudo interrumpido por instalaciones militares o portuarias. El punto más oriental al que llegamos es un gimnasio al lado del puerto (“una copia en cemento del Partenón”, según el libro de Chatwin, la descripción es acertada). La ciudad sigue hacia el suroeste, pero ya estamos un poco cansados de patear calles.

Regresamos sin prisas, más tarde habrá asado, ya le hemos pagado nuestra parte a Christian. Nos apoltronamos entre los demás televidentes. Pero la pequeña Marian no nos deja atontarnos demasiado frente a la pantalla: continuamente nos encasqueta sus peluches en las manos, para que los vigilemos, mientras guarda otros en la nevera. Cada vez que regresa, el peluche que nos ha confiado ha decidido esconderse, noticia que recibe con sorpresa muy bien fingida, y entonces inicia sus pesquisas, rebuscando entre

los adormilados mochileros hebreos, norteamericanos o belgas, hasta que da con él, escondido justamente bajo nuestro sillón, qué casualidad. A todo eso no deja de parlotear, y de vez en cuando le da un ataque como al diablo de tasmania, salta sobre un sillón, desaparece por una puerta, vuelve a aparecer por otra, resbala y se da un batacazo, se incorpora de un brinco proclamando con sonrisa torcida que no se ha hecho nada, y así, durante horas, un duende infatigable, un auténtico portento de energía concentrada en un minúsculo cuerpecito...

Juan ha preparado una plancha de gas en el patio para hacer el asado, a su lado hay una montaña de cordero para unos 30 comensales. Finalmente nos sentamos a la mesa, con Hiro, japonés como su nombre indica, y una pareja de españoles, Jorge y Maite. Hiro nos explica que le gustaría volver ya mismo al Japón, pero que el billete, de American Airlines, es para dentro de unas cuantas semanas. Podría volver con las aerolíneas japonesas, pero el billete es muy caro, y su madre no quiere enviarle dinero: “Hijo mío, quédate un tiempo más”, dice. ¡Esto es una madre! En cuanto a los españoles, trabajan para una multinacional americana en Buenos Aires, y ahora están de vacaciones. Han hecho el trekking largo alrededor del macizo del Paine, durante siete días. Hasta las 2:00 de la madrugada estamos contándonos la vida y cambiando impresiones...

11 de diciembre. Todavía en Punta Arenas.

Nos despertamos y levantamos a las 6:00 h para intentar contactar con nuestra agente en Barcelona. Por cierto, volvemos a estar solos en la habitación.

Con una notable falta de previsión nos encontramos sin tarjeta telefónica y con que a estas horas obviamente los locutorios están cerrados. No nos queda otra alternativa que ir andando hasta una estación de servicio que está en las afueras, al lado del cementerio. Las calles están desiertas a esta hora, la ciudad todavía duerme. Una luz dorada y fresca se derrama por las fachadas y los jardines.

Llegamos a la estación de servicio, conseguimos comprar una tarjeta telefónica, y logramos hablar con Sandra. Ha leído el mensaje, en efecto, pero ella nada puede hacer, todo depende de la buena voluntad de LAN Chile, y ésta no existe para pasajeros de tarifa reducida. Aunque la chica de la agencia que nos atiende nos muestra su solidaridad, para su supervisora, con aspecto y aires de pija, un cólico renal no es una causa de fuerza mayor. Había pensado en fingir un ataque en la agencia, pero conozco mis limitaciones histriónicas. Así que nos limitamos a confirmar el vuelo para el día siguiente.

Hay que llenar el día, y antes de volver a recorrer las mismas calles nos dirigimos a la agencia “Vientos del Sur” para hacer una excursión fuera de la ciudad. Compramos unos billetes para “Andino”, una estación de esquí situada en las colinas detrás de la ciudad, y desde donde al parecer hay muy buena vista. Vamos en una furgoneta con otros cuatro pasajeros, dos jóvenes huéspedes del “Blue House” y un matrimonio mayor. La furgoneta salta por las irregulares calles del extrarradio como un guanaco perseguido por un tábano, lo que no impide a César, una vez más y superándose a sí mismo, dar alguna cabezadita

(y algún cabezazo a la ventanilla). El camino de ripio pasa por un terreno bastante yermo y con cochambre de arrabal, para luego subir por un camino boscoso hasta la estación de esquí. En esta época no hay nieve, lo cual no impide que el telesilla funcione a ratos, bien para subir a posibles turistas (ninguno se decide) como para subir a los propios operarios de mantenimiento y su material. Se puede hacer un recorrido de unas dos horas, a pie, siguiendo un sendero que atraviesa el bosque y conduce a las alturas. A juzgar por los troncos esbeltos, y la forma de apelotonarse de los árboles, como una multitud de adolescentes al paso de su ídolo, el bosque es muy joven. El día es luminoso, pequeños claros ahuecan el bosque a lo largo del sendero, pájaros saltan en la espesura, minúsculos autómatas que abren y cierran sus abanicos bien engrasados, hay árboles que se inclinan sobre nosotros acariciándonos con sus barbas de líquenes. Conforme subimos de cota (el sendero a veces es muy empinado, la inclinación del suelo y la de nuestros cuerpos casi convergen) los árboles se van achaparrando, cerca de la cima apenas nos llegan al pecho, crecen en horizontal bajo la disciplina implacable del viento. El suelo es pantanoso, esponjoso, elástico, en algunas zonas es como caminar sobre colchones embebidos en sidra.

Arriba, en la cima, hay antenas que cantan y un mirador. Voy quemando el último carrete, ahora que he conseguido, después de muchos intentos, perder la tapa del objetivo de la cámara. Cerca del mirador está el telesilla, fuera de época en estos días de primavera-verano. El mirador realmente está bien situado, desde aquí se despliega una vista que hay que ir mirando poco a poco: Tierra de Fuego, que parece más cercana que desde abajo, en la orilla, la orografía accidentada del estrecho, lleno de bahías, ensenadas, cabos y lenguas de tierra, a nuestro alrededor los Andes convertidos en colinas boscosas, y a nuestros pies la ciudad, con todo su ajeteo enmudecido por la distancia y la altura.

Ahora el sendero empieza a bajar, siguiendo en algún punto la pendiente suicida de una pista negra, internándose después en el bosque. Un matrimonio (quizá una pareja de hecho) de aves rapaces nos sobresaltan con sus chillidos de pastoriza balcánica, parecen pero que muy enfadadas por nuestra intrusión. Un poco más adelante, la señalización relativa a senderos aptos para bicicletas de montaña nos recuerda nuestra dolorosa pérdida.

Antes de lo que esperábamos estamos de vuelta en la entrada. Por un altavoz suena discretamente la música de Queen y Asia, Bagdad Café y otras. Compramos sendos helados y nos tumbamos al sol, amodorrados por la música y el vientecillo, y el ocasional chirrido del telesilla.

Una hora después nos recoge la furgoneta y nos deja delante del “Blue House”.

César se queda en el albergue mientras me voy de visita al cementerio. La tarde es extraordinariamente luminosa. La luz que incide sobre las fachadas pone de manifiesto su naturaleza ligeramente abollada de chapa metálica. Atravieso una zona residencial, casitas con pequeños jardines, Punta Arenas muestra una vez más el origen variopinto de sus habitantes. Sorprenden algunas edificaciones de estilo decó, muy puro y a la vez popular. Hay acuartelamientos por doquier, desde el los arcabuceros enmascarados del

tercio magallánico de guardacostas, hasta el de los infantes solemnes del escuadrón O'Higgins de la gendarmería de marina, pasando por el de los lanceros andinos de operaciones especiales. Paso por detrás del estadio vecino al cementerio, donde a medianoche vienen los difuntos a jugar, me acerco al monumento al puestero, donde casi siempre hay un niño montado sobre el caballo que el pastor lleva de las riendas (la silla del corcel está toda pulida...).

El cementerio es ciertamente, y no me cansaré de repetirlo, lo más sorprendente y digno de verse en Punta Arenas. En la zona inmediata a la entrada monumental habitan las familias principales, en sus panteones majestuosos, un muestrario de estilos que va desde el neoclásico más riguroso hasta el decó más futurista, con su aspecto de aparatos de radio de los años 30. He visitado bastantes cementerios, pero nunca había visto caminos bordeados por cipreses recortados de tal guisa, con formas cónicas redondeadas. Como un parque aristocrático de fantasía dentro del cementerio. Hay una parte del camposanto dedicada a los niños, con tumbas que parecen cunas, rodeadas de vallas de colores y flores. Muchos panteones tienen nombres eslavos. Una inscripción invita al visitante a detenerse y reflexionar: su hijo no se ha matado, se ha dormido (*Nos reencontraremos. Papá y mamá*).

Al salir hay mucha gente aguardando, en este momento llega un cortejo fúnebre, un coche blanco acompañado de un gentío de luto a pie. Unas calles más adelante aparece otro cortejo, esta vez el coche funerario es negro.

De vuelta en el albergue meriendo con César y charlamos un rato con Juan, que nos explica cómo llegó fortuitamente a convertirse en el ángel guardián – ama de llaves – proveedor – gestor local de un grupo de científicos rusos, que en agradecimiento, le embutieron en un traje térmico como de astronauta y lo llevaron de excursión por la Antártida.

Salimos para llamar a Adolfo y ver como van las gestiones con la compañía de seguros, ilusos de nosotros. Justamente no está en estos momentos, así que nos vamos a hacer tiempo en una exposición de comics, compro y me hago dedicar uno, mientras César se compra la banda sonora propia de otro cómic (supongo que habrá que leerlo mientras suena dicha música...). Después me compro un helado de moka buenísimo, reintentamos la llamada con Adolfo, que naturalmente sigue sin estar, y regresamos al albergue.

Ya es de noche cuando salimos de nuevo para la cena de despedida. Juan nos ha recomendado el restaurante del “Club Deportivo Chile”, no está en los circuitos turísticos lo que parece cierta garantía de autenticidad. Efectivamente se come muy bien, el lomo de pobre es nuestro adiós a la carne patagónica (o quizá un hasta la vista...). Mientras cenamos el televisor va explicando las vicisitudes de un grupo de voluntarios chilenos que han ido a instalar agua corriente en un pueblecito tibetano. Aunque el camarero va de uniforme, el ambiente es muy familiar, los comensales hablan entre ellos y también con nosotros. Aparece Juan, se alegra de que hayamos seguido su recomendación, y después de los postres regresamos todos juntos en su coche. Es nuestra última noche en Magallanes. Nuestra última noche en Patagonia.

12 de diciembre. Vuelta a casa.

Patagonia está triste porque nos vamos: el alba apenas consigue abrirse un hueco en el cielo encapotado. Después de desayunar nos acercamos al centro para intentar una última llamada a Adolfo. No está, así que dejamos recado: que pensamos en él, con mucho cariño.

César regresa al albergue, le molesta el estómago (¡será la emoción de que por fin nos vamos!). Yo todavía callejeo un poco, me compro un parche con el escudo de Magallanes, que quizá cosa algún día a alguna prenda. También compro un par de botellas de vino chileno como recuerdo *bebestible*. De vuelta en el Blue House se me ocurre que nos podríamos hacer una foto de grupo con los anfitriones, con la cámara de César, pues mis carretes ya están agotados. Falta la mujer de Juan y el sobrino Claudio, que siempre están trabajando. Marian tiene que aparecer con su sempiterno oso de peluche a cuestas, recién salido del frigorífico. Me despido de la belga Joke, ellas todavía se quedarán un par de días. Muchos de los huéspedes se van hoy, otros vendrán, y siempre habrá un grupo de israelitas.

Christian nos lleva al aeropuerto, junto con nuestros compañeros de excursión a “Andino” de la víspera, Daniel y Will, dos ingleses (el primero de madre española), que todavía irán a Australia y después a Asia. Viajan durante meses, como muchos de los que nos hemos encontrado en el albergue. En esto, y en nuestra proveya edad, César y yo éramos excepción en el “Blue House” (aunque también hay quien nos ha intentado consolar con historias de un ciclista de pelo cano que siempre lideraba su grupo, mientras que los otros más jóvenes apenas podían seguirle...).

Llegamos al aeropuerto, descargamos y nos despedimos de Christian, con promesas de recomendación. No dejo de preguntarme cómo funcionará el negocio familiar dentro de unos años. Con el empuje de esta familia, no me extrañaría que para entonces fueran dueños de un complejo turístico. Con Marian directora de un hotel de superlujo....

Hay cola para el facturar el equipaje. Embarcamos después por la única puerta de embarque del aeropuerto. Es curiosa la palabra *embarcar*, como si el avión fuera un barco al que le han crecido alas. También hay un capitán, y chalecos salvavidas. ¿Cómo se ve este hecho a la luz del darwinismo? La pregunta es pertinente, ya que la expedición de Charles Darwin pasó por estas mismas tierras. Aunque el avión tiene motores, parece evidente que el avión desciende con mayor probabilidad de los elegantes clípers y otros veleros audaces, que de los pesados buques de vapor. Es perfectamente concebible ver las alas del avión como una paulatina modificación de las velas cuadas del palo mayor y de la mesana, y los alerones de popa seguro que tienen su origen en la vela cangreja... También creo que no debería haberme bebido un par de cervezas antes de salir.

Nos han dado asientos consecutivos, en pasillo. Por lo menos puedo estirar la pierna izquierda, cuya rodilla me tiene martirizado.

En Santiago cambiamos los pesos chilenos remanentes, en una oficina del propio aeropuerto, mientras hacemos tiempo para el vuelo transoceánico. Quién nos habría dicho a la ida que a la vuelta viajaríamos tan ligeros de equipaje.

No hablamos mucho durante el viaje de vuelta. Estamos más bien taciturnos, monosilábicos, melancólicos, barbudos y cansados. El vuelo se nos hace largo y pesado, intentamos dormir todo lo posible hasta que el cuerpo se rebela airadamente contra la tortura postural. Ya hemos visto todas las películas que exhiben en el avión, incluso aquellas que en otras circunstancias jamás se nos ocurriría ver. También me he leído ya el libro sobre los aborígenes patagones y fueguinos que traía en el equipaje de mano. El icono del avión que aparece en pantalla aún está ubicado en algún lugar sobre el Atlántico. Empiezo a dudar de que realmente nos estemos desplazando, que nos movamos de sitio, está todo tan quieto ahí fuera.

Se me han cerrado brevemente los ojos, cuando los vuelvo a abrir estamos empezando a descender sobre Madrid. Es media tarde, aún tardaremos en llegar a casa porque el vuelo de conexión a Barcelona sale más tarde de lo previsto. Son los primeros indicios de la mezquina batalla cotidiana, de los pequeños y molestos percances que amenizan el día a día. Después de tantas vivencias, y tan intensas... No es de extrañar que no estemos precisamente alegres. Aunque luego pensamos en el reencuentro con los seres queridos, después de tres semanas que han pasado como tres días y que han pesado como tres meses. Pensamos en cómo los extrañamos, después de haber interpuesto medio planeta entre ellos y nosotros, y cómo nos escucharán pacientemente todo lo que tengamos que contarles y enseñarles, y cómo nos pondrán al día y nos ayudarán a reintegrarnos a nuestra vida diaria, después de tan sensacional paréntesis.

Mientras embarcamos en el avión que nos llevará de un saltito a Barcelona, donde nos recogerá Judit, César y yo nos miramos, y ahora sí aflora la sonrisa tras las barbas, sabedores de que Patagonia no se acaba con este viaje.

Epílogo.

Poco tiempo después de nuestro regreso estalló en toda su crudeza la crisis económica y social argentina. Corralitos financieros, disturbios, asaltos a supermercados, economía de trueque y subsistencia, manifestaciones y caceroladas, en semana y media cinco presidentes: el resultado del mangoneo y la corrupción, del enriquecimiento a la sombra del poder, que han esquilado un país rico y con un gran potencial humano (a pesar de las críticas de autosuficiencia, de señoritismo y de cierta hidalguía de boquilla respecto a los demás países latinoamericanos, defectos que los propios argentinos son los primeros en reconocer, a pesar de las palabras del presidente uruguayo, no todos ni mucho menos son “una manga de ladrones”, aunque sí los que han tenido ocasión de hundir las zarpas

en las arcas del estado). Quedan así en nada, oscurecidos, los esfuerzos diarios de tantas buenas gentes, de tantas personas competentes, desde el gaucho Denis a Paula y Senad, desde Tío hasta el alférez primero Reynoso, desde Luís, Ivo o Marcela hasta Fernando el gringo y Alejandro, desde Sebas o Alex hasta los guías Flavio y Paula, en definitiva, de prácticamente todos los que nos hemos ido encontrando. Personas cuyo trabajo ha enriquecido a unos pocos, los que siempre salen a flote, los que han podido sacar su dinero a tiempo gracias al acceso a información privilegiada o a los canales poco ortodoxos... Naturalmente, con semejante escenario Adolfo se ha eclipsado completamente, a pesar de tener la magnífica excusa de la situación que está atravesando su país no ha tenido ni siquiera la decencia de disculparse, de manifestar su malestar por no poder compensarnos y que confía en poder hacerlo algún día, aunque todos sepamos que tal día jamás llegará.

Qué duda cabe que uno de los mayores placeres post-viaje consiste en revivir los momentos vividos y mostrarlos a familiares y amigos en maratónicas –a menudo despiadadas e inhumanas- sesiones de visionado de fotos. César y Judit tienen amplia experiencia en hacer pases de diapositivas, y hay que decir que saben dosificar sabiamente la cantidad de fotos a mostrar. Hicimos un pase con amigos comunes y cena incluida en su comedor minimalista, y hay que decir que nadie se durmió audiblemente durante la sesión. Por mi parte, he hecho una selección de un centenar de fotografías que he escaneado, y de vez en cuando acecho en los pasillos con el portátil bajo el brazo a la caza de alguna víctima desprevenida... Aprovechando una oferta del laboratorio fotográfico donde he llevado todos mis carretes a revelar, he hecho ampliar tres de ellas que ahora cuelgan en una pared de mi despacho. Son ventanas a través de las cuales es posible evadirse cuando el trabajo agobia: se mira fijamente y ¡hop! ya estoy en el macizo del Paine, o en el Parque Nacional de los Glaciares. Y para concluir el tema fotográfico, añadiré que hace un par de meses enviamos copias de algunas fotos a unos cuantos protagonistas de estas crónicas de viaje.

Como suele suceder, uno empieza a leer sobre determinados lugares del planeta una vez los ha visitado, y no antes como sería preceptivo. En mi caso, unos meses después del viaje, encontré casualmente el libro de Bruce Chatwin (1940-1989), *En la Patagonia*, lo compré y lo leí, y no puedo dejar de recomendar su amena lectura. El itinerario de Chatwin es obviamente más amplio que el nuestro (estuvo mucho más tiempo de viaje), aunque hay alguna descripción muy reconocible de paisaje, y también hay algunos puntos de coincidencia, como por ejemplo la magallánica ciudad de Punta Arenas. El libro de Chatwin es ante todo una galería de personajes, a cual más estrambótico, y que encajan perfectamente con el tipo de personas que se ven atraídas o que son engendradas por un lugar remoto y duro como éste. En el libro, por cierto, hay también una referencia a “La Tempestad” de Shakespeare, por cuanto el autor defiende la tesis del origen patagónico del semihumano monstruo Calibán. Tenía alguna referencia sobre este libro desde antes del viaje, y recuerdo en particular que alguno de los aludidos en este libro estaba disgustado con el autor, por alguna interpretación demasiado libre que éste había hecho de las historias que le relataron. Sí que es verdad que hay autores faltos de escrúpulos que se toman la libertad de mejorar la realidad... ¡caiga el oprobio sobre ellos!

Apéndices.

Estadística de las cinco jornadas ciclistas.

Fecha	Hora de salida - llegada	Trayecto	Distancia	Distancia acumulada	Tiempo de pedaleo	Velocidad máxima
24.11	15:00/21:00	El Calafate - Torrentera	70.58 km	70.58 km	4h 45'	64.3 km/h
25.11	6:50/19:00	Torrentera – Ea. Punta del Lago	78.24 km	148.82 km	7h 11'	37.8 km/h
26.11	6:40/18:00	Ea. Pta. Lago – El Chaltén	77.46 km	226.28 km	8h 33'	28.0 km/h
30.11	12:15/19:40	El Calafate – Bahía Escondida	70.40 km	296.68 km	5h 7'	40.3 km/h
02.12	8:00/16:00	Bahía Escondida – Nibepo Aike	61.00 km	357.68 km	7h 32'	41.2 km/h